# DEL ARTE DE LA GUERRA



NICOLÁS MAQUIAVELO

El libro *Del arte de la guerra*, redactado por Maquiavelo en torno a 1520, contiene y desarrolla, siguiendo el típico esquema formal del tratado renacentista dialogado, las reflexiones del gran autor florentino sobre la milicia y la guerra. A lo largo de los siete capítulos en los que está dividido, se van afrontando y desgranando de forma homogénea aspectos como el del reclutamiento, la relación infantería/caballería y la instrucción y adiestramiento de los soldados, el orden de combate, la moral del combatiente, el reconocimiento y la observación del campo enemigo, el acuartelamiento y el régimen disciplinario y, por último, los sistemas de fortificación y defensa. Aun siendo excesivamente crítico con el arte militar de su tiempo y demasiado idealizador con respecto al antiguo, y pese a la validez puramente especulativa que puede atribuirse a la mayoría de sus propuestas, *Del arte de la guerra* es una genial exhibición de teorización política y militar que, por su concepción, planteó en su época el problema de la socialización de la *virtú*, lo que es lo mismo que decir las cualidades políticas que hacen del soldado un ciudadano democrático.




Nicolás Maquiavelo

# Del arte de la guerra

**ePub r1.0**

**NoTanMalo** 13.9.16

**EDICIÓN DIGITAL**

Título original: *Dell’arte della guerra*
Nicolás Maquiavelo, 1520
Traducción: Luis Navarro
Notas: Miguel Saralegui
Retoque de cubierta: Numenor
Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2
Edición digital: epublibre, 2016
Conversión a pdf: FS, 2018



# Nota de traducción

La presente traducción se basa en la edición *Opere*, Florencia, Tipografía Cenniniana, 1873, L. Passerini i Pietro Fanfani editores.

Para la comprensión y aclaración de algunos pasajes, nos hemos servido de N. Machiavelli, *L'arte della guerra* [comentario de D. Fachard] en *L'arte della guerra. Scritti politici minori* [coord. J.-J. Marchand], Edizione Nazionale delle Opere di N. M., Roma, Salerno, 2001 (en adelante, Fachard); de N. Machiavelli, *Dell'arte della guerra* en N. Machiavelli, *Discorsis sopra la prima deca di Tito Livio, Dell'arte della guerra e altre opere* [ed. de R. Rinaldi], Utet, Turín, 2006 (en adelante, Rinaldi) y N. Maquiavelo, *El arte de la guerra* [ed. de Manuel Carrera Díaz], Madrid, Tecnos, 2003 (en adelante, Carrera). Todas las referencias se refieren al comentario al pasaje. De cualquier otra referencia, se escribirán sus datos completos en nota.

# PRÓLOGO[1] DE NICOLÁS MAQUIAVELO, CIUDADANO Y SECRETARIO FLORENTINO, A LORENZO STROZZI[2], PATRICIO FLORENTINO

Han opinado, Lorenzo, y opinan muchos, que no hay nada tan desemejante, y que tanto difiera como la vida civil y la militar; y se ve con frecuencia a los que se dedican al ejercicio de las armas cambiar inmediatamente de traje, usos, costumbres y hasta de voz y de aspecto, por parecerle que no cuadran bien los modales del paisano a quien está pronto y dispuesto a cometer todo género de violencias: no en rigor convienen los hábitos y costumbres civiles a quienes los juzgan afeminados e impropios de su profesión, como tampoco que muestren la presencia y el lenguaje ordinarios los que, con las barbas y los juramentos, quieren intimidar a los demás hombres. Lo que ocurre en nuestros días justifica esta opinión; pero examinadas las instituciones antiguas[3], no se encontrarán cosas más unidas, más conformes y que se estimen tanto entre sí como estas dos profesiones; porque cuanto se establece para el bien común de los hombres, cuanto se ordena para inspirar el temor y el respeto a Dios y a las leyes, sería inútil si no existiera una fuerza pública destinada a hacerlo respetar, cuya fuerza, bien organizada, y a veces sin buena organización, mantiene las instituciones. Por el contrario, sin este apoyo en la milicia, el mejor régimen político y social se derrumba, como las habitaciones de un magnífico y regio palacio, resplandecientes

de oro y pedrería, cuando carecen de techo o de defensa contra la lluvia[4].

Las disposiciones tomadas con la mayor diligencia en los antiguos reinos y repúblicas para mantener a los hombres fieles, pacíficos y temerosos de Dios, eran doblemente obligatorias a los militares; porque, ¿en qué hombres ha de procurar la patria mayor fidelidad sino en aquellos que le han prometido morir por ella? ¿Quién debe querer más la paz sino el que de la guerra puede recibir mayor daño? ¿Quién ha de temer más a Dios sino el que, arrostrando diariamente infinitos peligros, necesita más de su ayuda?

Esta necesidad, bien apreciada por los legisladores y por los militares, ocasionaba que todos los hombres elogiasen la vida del soldado y procuraran cuidadosamente seguirla e imitarla. Pero corrompida la disciplina militar y olvidadas casi por completo las antiguas reglas, han aparecido estas funestas opiniones que hacen odiar la milicia y evitar toda clase de relaciones con quienes la ejercen.

Juzgando, por lo que he visto y leído, que no es imposible restablecer las antiguas instituciones militares y devolverles en cierto modo su pasada virtud[5], he determinado, a fin de hacer algo en este tiempo de mi forzosa inacción, escribir para los amantes de la Antigüedad lo que yo sepa del arte de la guerra; y aunque sea atrevimiento tratar de una profesión que no practico, no creo incurrir en error al ocupar teóricamente un puesto que otros, con mayor presunción, han ocupado prácticamente; porque las equivocaciones en que yo incurra escribiendo, sin daño de nadie pueden ser corregidas; pero las que de hecho cometen otros, sólo se conocen por la ruina de los imperios[6].

A vos toca, Lorenzo, apreciar mi trabajo y juzgar si merece alabanza o censura. Os lo dedico, no sólo en prueba de gratitud

por los beneficios que me habéis hecho, ya que en mi situación no puedo daros otra, sino también por ser costumbre honrar esta clase de trabajos con los nombres de quienes brillan por su nobleza, riquezas, ingenio y liberalidad, siendo así que en nobleza y riqueza no muchos os igualan; en ingenio, pocos, y en liberalidad, ninguno.

# LIBRO PRIMERO

Elogio de Cosme Rucellai. — Sus célebres jardines. — Los antiguos, y especialmente los romanos, son dignos de imitación más en las cosas rudas que en las delicadas. — Los soldados de oficio y las compañías de aventureros son indignos y peligrosos para la libertad de los Estados. — Ejemplo de Francisco Sforza y de su padre. — En las repúblicas y en los reinos bien organizados, no se permite el ejercicio de las armas como única profesión. — Así sucedió en Roma antes de los Gracos; después, la milicia se convirtió en oficio e instrumento de tiranía. — Los ejércitos permanentes, no sólo son perjudiciales a las repúblicas, sino también a los reinos. — Los ejércitos pretorianos fueron la ruina del Imperio romano. — Inconvenientes de tener hombres de armas en tiempo de paz. — Desaprobación de tomar a sueldo capitanes extranjeros. — Elección de los soldados: deben ser hombres de la propia nacionalidad. — Defectos de los voluntarios extranjeros. — Los soldados de infantería deben elegirse entre los campesinos y los de caballería, entre los habitantes de las ciudades. — A qué edad deben entrar al servicio. — Defensa de las milicias nacionales. — Los venecianos y el rey de Francia toman a sueldo tropas extranjeras, y de aquí su debilidad. — Pueden ser buenos soldados hombres de todos los oficios y condiciones. — Deben ser ágiles, fuertes y acostumbrados a las fatigas. — Procedimiento de los cónsules romanos para elegir las tropas que formaban las legiones. — Es preferible la milicia numerosa a la escasa. — Qué debe hacerse para que no ocasione confusión y desorden en el país. — Elección de hombres para la caballería.

Creo permitido alabar a un hombre después de muerto sin que en la alabanza haya motivo ni sospecha de adulación, y por ello no titubeo en elogiar a nuestro Cosme Rucellai[7], cuyo recuerdo me hace siempre verter lágrimas. Poseía cuantas dotes puede desear un buen amigo de sus amigos y la patria de sus hijos, porque no tuvo cosa suya, incluso la vida, que no pusiera voluntariamente a disposición de sus amigos, ni creo temiera acometer empresa alguna, por atrevida que fuese, si comprendía que era útil a su patria.

Confieso ingenuamente no haber encontrado entre tantos hombres como he conocido y tratado ninguno tan entusiasta por los grandes hechos y los actos magníficos. El único pesar que, al morir, expresaba a sus amigos, era el de haber nacido para perder la vida joven aún, dentro de su casa, sin gloria, sin haber podido, como deseaba, prestar algún notable servicio y sabiendo que sólo podría decirse de él: «Ha muerto un buen amigo». Esto no quita para que yo y algunos que como yo lo conocían, podamos dar fe, si no de obras que no pudo ejecutar, de sus brillantes cualidades.

No le fue ciertamente la fortuna tan enemiga que le impidiera dejar algún pequeño recuerdo de la agudeza de su ingenio, bien demostrada en algunos escritos suyos, entre ellos varias poesías eróticas, composiciones que entretuvieron su juventud, no por estar enamorado, sino por ocupar el tiempo, hasta que la fortuna alentara su espíritu a más elevados pensamientos. Nótanse en estos escritos la feliz expresión de las ideas y la fama que hubiese adquirido como poeta, si la poesía fuera el definitivo objeto de sus estudios.

Privado por la muerte de tan querido amigo, el único consuelo que para mí tiene esta desgracia es conservar su memoria recordando sus actos, la agudeza de sus dichos o la solidez de sus razonamientos. Lo más reciente que puedo citar de él es la discusión que mantuvo con el señor Fabrizio Colonna[8] no ha mucho tiempo, dentro de sus jardines, en la cual, Colonna trató ampliamente de cosas de guerra, preguntándole de ellas Cosme con gran tino y prudencia. Yo y otros amigos presenciamos la conversación, y voy a narrarla para que éstos recuerden nuevamente el talento y las virtudes de Cosme, y los que no asistieron a ella lo lamenten y aprovechen los útiles consejos que, no sólo relativos al arte militar, sino también a la vida civil, dio uno de los hombres más sabios de

esta época.

Al volver Fabrizio Colonna de Lombardía, donde había estado militando con mucha gloria suya al servicio del rey católico[9], determinó, al llegar a Florencia, descansar algunos días en esta ciudad, para visitar a su excelencia el duque y ver a algunos caballeros con quienes tenía antigua amistad.

Ocurrió entonces a Cosme convidarlo a su casa, no tanto para mostrarse galante como para hablar con él largamente y oír y aprender las opiniones sobre varios asuntos de un hombre tan autorizado, dedicando un día a razonar sobre las materias que más preocupaban su ánimo.

Aceptada la invitación, acudió Fabrizio y lo recibió Cosme acompañado de algunos de sus más fieles amigos, entre los cuales estaban Zanobi Buondelmonti, Bautista de la Palla y Luis Alamanni, jóvenes todos y aficionados a los mismos estudios que Rucellai. Sus excelentes dotes no necesitan elogio, porque todos los días y a todas horas las ponen de manifiesto. Fabrizio fue honrado con las mayores distinciones que, dada la época y el sitio, se le podían conceder.

Terminada la comida, levantada la mesa, gozados los placeres del festín, que entre hombres grandes y de elevados pensamientos duran poco, siendo el día largo y grande el calor, creyó Cosme a propósito para satisfacer mejor su deseo conducir a los invitados, con excusa de librarse del calor, a la parte más retirada y umbrosa de su jardín[10]. Llegados al sitio y sentados unos sobre la hierba, que en aquel lugar es fresquísima, otros en sillas puestas a la sombra de corpulentos árboles, elogió Fabrizio tan delicioso lugar, mirando a los árboles con suma atención, porque no reconocía algunos de ellos. Comprendiolo Cosme y le dijo: «Os llama la atención no conocer algunos de estos árboles; no os admire, porque son de los que eran más apreciados en la Antigüedad que buscados hoy día». Díjoles su

nombre, y que su abuelo Bernardo se había dedicado especialmente a cultivarlos.

«Imaginando estaba lo que me decís —respondió Fabrizio —, y el sitio y la afición de vuestro abuelo me recuerdan que algunos príncipes del reino de Nápoles la tuvieron también de cultivar estos árboles». Calló después un momento, como titubeando de si debía proseguir, y añadió después: «Si no temiera ofender, diría mi opinión; y en verdad no lo temo, hablando con amigos, y no para calumniar, sino para discutir las cosas. ¡Cuánto mejor hubieran hecho nuestros antepasados, que en paz estén, procurando la imitación de los antiguos en las cosas rudas y fuertes, y no en el lujo y la molicie; en lo que hacían a la luz del sol, y no en lo realizado a la sombra, tomando lecciones de la Antigüedad verdadera y perfecta, no de la falsa y corrompida! Porque desde que los romanos se aficionaron a los placeres, empezó la ruina de mi patria[11]».

A lo cual respondió Cosme… Mas para evitar el fastidio de repetir tantas veces *éste dijo, aquél replicó*, pondré solamente los nombres de los interlocutores.

COSME —Precisamente os referís al asunto en que yo deseaba oíros, y os ruego que habléis con entera libertad, porque de igual modo os preguntaré, y si en mis preguntas o respuestas excuso o acuso a alguno, no será con el propósito de excusar o acusar, sino para saber de vos la verdad.

FABRIZIO —Y yo os diré de muy buen grado cuanto sepa respecto a vuestras preguntas, dejando a vuestro juicio el apreciar si es o no es cierto. Las escucharé con gusto, porque me serán tan útiles como a vos puedan serlo mis respuestas, pues muchas veces quien sabe interrogar le hace a uno descubrir muchas cosas y recordar muchas otras que, sin las preguntas, no acudirían a la imaginación.

COSME —Refiriéndome a lo que antes habéis dicho de que

mi abuelo y los vuestros hubieran hecho mejor cuidándose de imitar a los antiguos más en las cosas rudas que en las delicadas, excusaré al mío, y vos cuidaréis de excusar a los vuestros. No creo que hubiera en su tiempo quien detestara más que él la molicie ni amara más la vida austera que alabáis; pero comprendió la imposiblidad para él y sus hijos de practicarla por haber nacido en siglo tan corrompido que, a quien quisiera apartarse de sus costumbres, todos lo hubieran infamado y vilipendiado; de igual suerte que se tendría por loco al que, desnudo y al sol en el rigor del verano, se revolcase sobre la arena o en los meses más fríos del invierno sobre la nieve, como lo hacía Diógenes; o por ridículo y hasta por fiera a quien, como los espartanos, criase a sus hijos en el campo, haciéndoles dormir al sereno, estar con la cabeza desnuda y los pies descalzos y bañarse en agua fría para fortalecerlos contra las inclemencias, y para que amaran menos la vida y temieran menos la muerte. Si ahora se viese a alguno alimentarse de legumbres y despreciar el oro, como lo hacía Fabrizio[12], pocos lo elogiaran y ninguno lo imitara. Así pues, mi abuelo, temiendo chocar con las actuales costumbres, sólo imitó las antiguas en lo que podía causar menos admiración[13].

FABRIZIO —Lo excusáis muy bien, y seguramente decís la verdad; pero no me refería tanto a las costumbres rudas y austeras como a las más humanas y conformes con nuestro actual modo de vivir, que fácilmente pudiera restablecer cualquier ciudadano constituido en autoridad. No me apartaré de mis romanos para citar ejemplos. Quien examine con atención su vida y la organización de su república, verá muchas cosas que pueden revivir en una civilización donde queden algunos elementos sanos.

COSME —¿En qué cosas querríais imitar a los antiguos?

FABRIZIO —En honrar y premiar la virtud, no despreciar la

pobreza, estimar el régimen y la disciplina militares, obligar a los ciudadanos a amarse unos a otros, y a no vivir divididos en sectas[14]; preferir los asuntos públicos a los intereses privados, y en otras cosas semejantes que son compatibles con los actuales tiempos. No es difícil persuadirse de la utilidad de tales reformas, cuando seriamente se piensa en ellas, ni establecerlas apelando a los medios oportunos, porque su utilidad es tan manifiesta que todos los hombres la comprenden. Quien tales cosas hiciera, plantaría árboles a cuya sombra se podría vivir más feliz y contento que en esta que ahora nos defiende de los rayos del sol.

COSME —Nada replicaré a lo que acabáis de decir, dejándolo a la consideración de los que fácilmente pueden juzgarlo; y para esclarecer mis dudas, insistiré en preguntaros, ya que acusáis a vuestros contemporáneos de no imitar a los antiguos en las grandes e importantes acciones: ¿por qué censuráis que no les parezcan, y al mismo tiempo en la guerra, que es vuestra profesión y tenéis fama de excelente, nada habéis hecho, que se sepa, para imitar los procedimientos antiguos, ni siquiera, asemejarlos?

FABRIZIO —Llegáis al punto en que os esperaba, porque mis palabras merecían esa pregunta y la estaba deseando. Podría contestar a vuestra demanda con una fácil excusa; mas para vuestra satisfacción y la mía, y puesto que el tiempo lo permite, trataré detenidamente el asunto. Siempre que los hombres quieren hacer alguna cosa, deben prepararse hábilmente para que, llegada la ocasión, puedan realizarla: cuando las preparaciones se hacen cautamente, no se conocen, y a nadie se puede acusar de negligencia si no ha llegado la oportunidad de ejecutar la empresa; pero, al llegar, descúbrese en seguida si no está bien dispuesto o si no había pensado en tal cosa. Como yo no he tenido ocasión alguna para demostrar mis propósitos de

restablecer la antigua disciplina en la milicia, ni vos, ni nadie puede culparme de no haberlo hecho. Creo que esto baste para contestar a vuestra pregunta[15].

COSME —Bastaría si estuviera seguro de que la ocasión no se ha presentado.

FABRIZIO —Sé que podéis dudarlo, y deseo hablar largamente si tenéis paciencia para escucharme, diciendo cuáles son los preparativos indispensables, cuáles las ocasiones oportunas, cuáles las dificultades que hacen fracasar estos intentos e impiden que la ocasión llegue, y cómo la realización de tales empresas es, aunque parezca contradictorio, facilísima y dificilísima.

COSME —No podéis hacer nada más grato para mí y para los que nos acompañan, y si el hablar no os cansa, menos nos cansará oíros. Como el discurso será, sin duda, largo, pido ayuda a mis amigos con vuestra licencia, y ellos y yo os pedimos no toméis a mal que alguna vez os interrumpamos con preguntas acaso inoportunas.

FABRIZIO —Al contrario, celebraré mucho que vos, Cosme, y estos jóvenes me preguntéis cuanto queráis, porque vuestra juventud os aficiona, sin duda, a los asuntos militares, y esta afición contribuirá a que deis crédito a lo que os diga. Los que tienen ya el cabello blanco y la sangre fría, unos son enemigos de la guerra, y otros, incorregibles, por creer que los tiempos y no las malas costumbres son los que obligan a los hombres a vivir como viven. Preguntadme, pues, todos, sin temor alguno. Lo deseo, porque mientras preguntéis yo descanso, y porque no quiero dejar ni sombra de duda en vuestro entendimiento.

»Empezaré por lo que me habéis dicho de que, en la guerra, que es mi profesión, no había usado ningún procedimiento antiguo. A esto contestaré que la guerra es un arte con el cual ningún hombre en ningún tiempo puede vivir, como particular,

honradamente, y que corresponde ejercitarlo a las repúblicas y los reinos[16]. Ninguno de éstos, cuando está bien organizado, consiente a sus ciudadanos o súbditos guerrear por su cuenta, ni ningún hombre de bien ejerció el arte militar como oficio privado. En efecto: no se puede considerar hombre bueno a quien se dedique a una profesión que exige, para serle constantemente útil, la rapiña, el fraude, la violencia y muchas condiciones que necesariamente lo hacen malo. Los que tienen por oficio la guerra, grandes o pequeños, no pueden ser de otra manera, porque la paz los empobrece y arruina. De aquí la necesidad para ellos de impedir la paz o adquirir en la guerra los recursos necesarios para vivir en épocas tranquilas. Ninguno de ambos propósitos lo abriga un hombre de bien; porque la necesidad de medios de vida en todo tiempo produce los robos, las violencias, los asesinatos que tales soldados ejecutan, lo mismo contra los enemigos que contra los amigos. Sus jefes, por no querer la paz, procuran por todos los medios alargar las guerras, y si a pesar de ello la paz se acuerda, sucede con frecuencia que, privados de sus sueldos y de su modo de vivir, descaradamente enarbolan bandera de aventureros y saquean sin piedad algunas provincias.

»¿No recordáis cuando, habiendo quedado sin sueldo muchos soldados en Italia por la terminación de las guerras, formaron partidas que se llamaron compañías y se dedicaron a saquear pueblos y comarcas sin que nadie lo pudiera impedir[17]? ¿No habéis leído que cuando terminó la guerra entre Cartago y Roma, los soldados cartagineses, a las órdenes de Matho y Spendio, dos jefes tumultuosamente elegidos por ellos, mantuvieron contra Cartago una guerra mucho más peligrosa para sus ciudadanos que la sostenida por éstos contra Roma? En el tiempo de nuestros padres, Francisco Sforza, para poder vivir decorosamente en tiempo de paz, engañó a los milaneses, a cuyo sueldo estaba, les privó de la libertad y llegó a ser su príncipe.

»Como éstos han sido todos los demás soldados de Italia que practicaban la milicia por oficio, y si no han llegado todos pérfidamente a ser duques de Milán, sin tan elevadas miras, han cometido las mismas maldades. Sforza, el padre de Francisco, obligó a la reina Juana a echarse en brazos del rey de Aragón, porque repentinamente la abandonó con todas sus tropas, dejándola desarmada en medio de sus enemigos, por el deseo de que le diera más dinero o de quitarle su reino. Con iguales procedimientos procuró Bracio apoderarse del reino de Nápoles, y lo hubiera conseguido de no ser derrotado y muerto en Aquila[18]. El origen de tales desórdenes es convertir el ejercicio de las armas en una profesión a sueldo. Ya conocéis el proverbio que apoya estas opiniones mías: *La guerra hace al ladrón, y la paz lo ahorca*. Porque los que no saben vivir de otro modo, ni encuentran quien los mantenga, ni tienen la virtud de acomodarse a vida pobre, pero honrada, acuden por necesidad a robar en los caminos, y la justicia se ve obligada a ahorcarlos.

COSME —Presentáis la profesión de las armas casi como despreciable, y yo la había imaginado la más excelente y honrosa; de modo que si no la encontráis mejor, quedaré descontento, porque, siendo verdad lo que decís, ignoro de dónde procede la gloria de César, Pompeyo, Escipión, Marcelo, y tantos otros capitanes romanos a quienes la fama celebra como dioses.

FABRIZIO —No he explicado aún todo lo que me había propuesto, que son dos cosas: una, que el hombre de bien no puede tener el ejercicio de las armas como oficio, y otra, que en una república o un reino bien organizado no se permite a los ciudadanos o súbditos militar por su cuenta. Ya he dicho cuanto me ocurría de lo primero; réstame hablar de lo segundo, y al hacerlo, responderé a vuestra pregunta. Pompeyo, César y todos los capitanes romanos posteriores a las guerras púnicas

lograron fama de valientes, pero no de buenos, y los anteriores a ellos la conquistaron de valientes y de buenos, por cuanto éstos no ejercieron la guerra como su única profesión, y aquéllos sí. Mientras en la república fueron puras las costumbres, ningún ciudadano, por poderoso que fuera, se valió del ejercicio de las armas durante la paz para violar las leyes, expoliar las provincias, ejecutar actos de usurpación y tiranía contra la patria y someterlo todo a su voluntad; ni ninguno, incluso los de más humilde condición, pensó violar los juramentos, unir su suerte a la de personas privadas, no temer al Senado ni contribuir a cualquier acto de tiranía para asegurar en todo tiempo su vida de soldado. Los generales, satisfechos del triunfo, volvían gustosos a la vida privada, y los soldados dejaban las armas con mayor placer que las tomaban, dedicándose a las ocupaciones ordinarias, que aseguraban su subsistencia, sin que nadie intentara vivir con el oficio de soldado y el producto de las guerras.

»Ejemplo evidente de lo que digo es, en cuanto a los ciudadanos poderosos, el de Atilio Régulo[19] que, siendo general del ejército romano en África y teniendo casi vencidos a los cartagineses, pidió permiso al Senado para volver a su casa a cuidar de sus fincas, que estropeaban los labradores. Resulta, pues, más claro que el sol, que si Régulo tuviera el guerrear por oficio y hubiese pensado utilizar esta profesión en su provecho, pudiendo disponer de las riquezas de tantas provincias, no pidiera permiso para volver a cultivar sus haciendas, que en su mano estaba ganar cada día más de lo que pudieran valer éstas.

»Pero como los hombres buenos que no tienen la guerra por oficio tampoco quieren de ella más que los trabajos, los peligros y la gloria, cuando su ambición de vencer está satisfecha, desean volver a su casa y dedicarse a sus habituales ocupaciones. Lo mismo que los capitanes hacían, según parece, los soldados,

quienes voluntariamente dejaban el servicio de las armas; de suerte que, si no estaban en campaña, deseaban ir a ella, y si lo estaban, ser licenciados.

»Esto sucedía en muchas ocasiones, y se comprende, viendo que entre los principales privilegios que concedía el pueblo romano a sus ciudadanos, uno era no servir en el ejército contra su voluntad. Resulta, pues, que mientras hubo buen régimen en Roma, esto es, hasta los Gracos[20], ningún soldado tomó el ejercicio de las armas por oficio, siendo muy pocos los malos, y severamente castigados. En una nación bien organizada se procurará hacer el estudio del arte militar durante la paz, y ejercitarlo en la guerra por necesidad y para adquirir gloria; pero sólo cuando el gobierno lo ordene, como acontecía en Roma. Cualquier otro fin que se proponga un ciudadano no es bueno, y el Estado en que dominen otros principios carecerá de buen régimen[21].

COSME —Cuanto habéis dicho me satisface por completo, y me agrada también vuestra deducción en lo que toca a las repúblicas; pero no en lo que se refiere a las monarquías, pues creo que los reyes desearán rodearse de personas que profesen exclusivamente el arte de la guerra.

FABRIZIO —Al contrario; un reino bien organizado debe evitar a toda costa este orden de cosas, solamente a propósito para corromper al rey y proporcionar agentes a la tiranía. Y no me pongáis por ejemplo ninguno de los reinos actuales, porque negaré que haya alguno bien constituido[22]. Los que tienen buen régimen no dan poder absoluto al rey, sino en el mando de los ejércitos, único caso en que son precisas las determinaciones rápidas y la unidad de acción. En los demás nada puede hacer, sino aconsejado, y los que le aconsejan temerán que tenga a su lado quien en tiempo de paz desee la guerra, por no poder vivir sin ella. Quiero ser en esto un poco más extenso, sin fijarme en

un reino perfectamente organizado, sino en cualquiera de los que hoy existen[23]. Aun en éstos, el rey debe temer a los que exclusivamente profesan el arte de la guerra. El nervio de los ejércitos es indudablemente la infantería, y si el rey no la organiza de modo que en tiempo de paz vuelvan los soldados contentos a sus casas y a sus ordinarias ocupaciones, necesariamente está perdido, pues la infantería más peligrosa es la formada por gente cuyo oficio es la guerra. Ella obliga a guerrear constantemente, o exige ser pagada en todo tiempo, o expone al que la tiene a perder el reino. Estar siempre en guerra no es posible, ni tampoco pagarla siempre; luego por precisión, el que se vale de ella corre el riesgo de perder sus Estados. Los romanos, como he dicho, mientras fueron buenos y sabios nunca consintieron que los ciudadanos tuvieran por única ocupación el ejercicio de las armas, no porque no pudiesen mantenerlos en todo tiempo, pues casi constantemente tenían guerras, sino por evitar el daño que pudiera causar el oficio de soldado. El tiempo de servicio no variaba, pero sí los hombres; y tenían estas cosas tan bien dispuestas, que el personal de las legiones renovaba cada quince años. Hacían servir a los hombres en la flor de la edad, de los diez y ocho a los treinta y cinco años, cuando las piernas, los brazos y los ojos gozan de igual vigor, y no esperaban a que el soldado empezase a menguar en fuerzas y a crecer en malicia, como sucedió en las épocas de corrupción.

»Octavio Augusto primero, y después Tiberio[24], atendiendo más a su poder personal que al bien público, empezaron a desarmar al pueblo romano para dominarlo más fácilmente, y a mantener de continuo los ejércitos en las fronteras del imperio. Por no juzgar bastantes estas medidas para tener sujetos a su voluntad al pueblo y el Senado, organizaron un ejército llamado Pretoriano, acampado siempre junto a las murallas de Roma, y dominando la ciudad como una fortaleza. La facilidad con que

se permitió desde entonces a los ciudadanos destinados a los ejércitos dedicarse a la milicia como oficio, produjo la insolencia de los soldados, que tan temible llegó a ser para el Senado y tan dañosa para los emperadores. Consecuencia de ello fue que muchos de estos soldados perecieran en luchas intestinas, que dieran o quitaran la dignidad imperial a su arbitrio, y que en algunas ocasiones hubiese a la vez varios emperadores nombrados por los diferentes ejércitos, lo cual ocasionó primero la división y después, la ruina del imperio.

»Debe, pues, el rey, si quiere vivir seguro, formar su infantería con hombres que en tiempo de guerra acudan de buen grado a pelear, y en el de paz, con mayor gusto vuelvan a sus casas, lo cual sucederá siempre que fíen su subsistencia en otra clase de trabajo. Conviene, pues, que, al terminar la lucha, los grandes señores se dediquen a gobernar a sus vasallos, los gentileshombres, a cultivar sus propiedades, y los soldados, a sus peculiares oficios, y que todos hagan voluntariamente la guerra para obtener la paz y no procuren turbar ésta por conseguir aquélla.

COSME —Vuestro razonamiento me parece exacto; pero, contradiciendo lo que yo había pensado hasta ahora, conservo aún algunas dudas, porque veo bastantes señores y gentileshombres vivir en la paz con el producto de sus cualidades militares, como muchos iguales a vos, que cobran sueldo de los príncipes o repúblicas; veo que lo mismo sucede a casi todos los hombres de armas y a muchos soldados que guardan ciudades y fortalezas, y creo, por tanto, que, aun en la paz, encuentran en la profesión de las armas medios de subsistir.

FABRIZIO —Paréceme que no opinaréis que haya en las épocas pacíficas medios de mantener a cuantos intervienen en la guerra, pues aunque no hubiese en contra de esta opinión

otras razones, bastaría para refutarla tener en cuenta el corto número de soldados que se emplean en las guarniciones. ¿Qué proporción hay entre la infantería ocupada en la guerra y la que se dedica a guarniciones? Las mismas ciudades necesitan para su guarda muchas más tropa en tiempo de guerra que en el de paz, y hay que añadir la que en mucho mayor número sale a campaña, innecesaria en las épocas tranquilas. Respecto a las que quedan guardando los Estados, a pesar de ser pocas, el papa Julio y vosotros, los florentinos, habéis demostrado a todo el mundo cuánto hay que temer a los que tienen por único oficio la milicia, pues por su insolencia los quitasteis de vuestras guarniciones, reemplazándolos por suizos, nacidos y educados en el respeto de las leyes y elegidos conforme a las reglas citadas. No digáis, pues, que en la paz hay medios para mantener a todos los militares.

»La cuestión de que los hombres de armas conserven todo su sueldo en tiempo de paz, es más difícil de resolver. Sin embargo, bien pensado, la respuesta es sencilla, pues el sistema de mantener en estos casos a los hombres de armas no es bueno, sino pernicioso. Tienen por oficio la guerra, y si fueran en gran número en los Estados que los conservan, causarían grandes perturbaciones; pero siendo pocos e imposibilitados de formar ejército ellos solos, les es casi imposible causar perjuicios graves. No obstante, los han producido algunas veces, como ya lo dije hablando de Francisco Sforza, de su padre, y de Bracio de Perusa. Por tanto, la costumbre de mantener hombres de armas no la apruebo, por ser perniciosa y poder ocasionar grandes inconvenientes.

COSME —¿Prescindiríais de ellos? O, en caso de tenerlos, ¿cómo los tendríais?

FABRIZIO —En forma de milicia ciudadana, no conforme a la que tiene el rey de Francia, tan peligrosa y mala como la

nuestra, sino semejante a la de los antiguos, que organizaban la caballería con súbditos suyos, y, hecha la paz, enviaban a los soldados a sus casas, a ocuparse en sus oficios, según explicaré detenidamente más adelante. Si ahora esta parte del ejército tiene por oficio la milicia aun en tiempo de paz, es por efecto de la corrupción de las instituciones militares.

»En cuanto a los sueldos que me dan y también reciben otros generales, digo que es una costumbre muy perniciosa, y que en una república bien organizada no deben darse, nombrando los generales entre sus ciudadanos en tiempo de guerra, y licenciándolos en el de paz, para que vuelvan a sus ocupaciones habituales. Tampoco un rey prudente debe dar tales sueldos, o darlos sólo en premio de grandes hechos, o en el caso de querer valerse de los servicios de un hombre en la paz y en la guerra. Y ya que me habéis puesto por ejemplo, diré que jamás he ejercido el arte militar como profesión, pues la mía se limita a gobernar a mis súbditos y defenderlos, para lo que debo amar la paz y saber hacer la guerra, estimándome y premiándome mi rey, no sólo por mi competencia en la guerra, sino por lo que le aconsejo en la paz. A ningún rey que sea sabio y prudente y quiera gobernar bien, le conviene tener junto a sí otra clase de personas, porque si son demasiado amantes de la paz o de la guerra, le harán cometer errores.

»Por ahora no me propongo deciros más de este asunto. Si lo dicho no os convence, debéis buscar quien mejor que yo lo haga. Ya habréis empezado a conocer cuán difícil es acomodar los antiguos procedimientos a las guerras actuales[25]; las precauciones que a los hombres prudentes conviene adoptar y las circunstancias que para plantearlos pueden aprovecharse. Comprenderéis más fácilmente estas cosas, si no os molesta mi discurso, al comparar, como voy a hacerlo, algunas de las instituciones antiguas con las modernas.

COSME —Si antes de oíros deseábamos hablar de estos asuntos, lo que acabáis de decir redobla, seguramente, nuestro deseo. Muy agradecidos a lo que ya nos habéis enseñado, os rogamos que continuéis.

FABRIZIO —Puesto que os place, empezaré tratando esta materia desde el principio, para facilitar su comprensión con amplias explicaciones. El fin que se propone quien hace la guerra, es combatir con toda clase de enemigos en campo abierto y ganar batallas. Para conseguir esto, es preciso organizar un ejército; y para crear un ejército se necesita encontrar hombres, armarlos, ordenarlos, adiestrarlos, ejercitarlos en grandes y pequeñas agrupaciones, saberlos acampar y enseñarles a resistir al enemigo a pie firme o caminando. Todo esto constituye el arte de la guerra campal, que es la más necesaria y la más honrosa. A quien sepa vencer al enemigo en una batalla, se le perdonarán los demás errores que cometa en la dirección de la campaña; pero quien no sepa hacerlo, aunque en todo lo demás del ejercicio de las armas sea excelente, no terminará una guerra con honor. Una batalla ganada borra todas las malas operaciones que hayas hecho, y si la pierdes, es inútil todo lo realizado antes de darla.

»Como lo primero que se necesita es reunir hombres, hay que empezar por el reclutamiento, que llamaré *elección*, por darle nombre más digno, y conforme al que tenía en la Antigüedad. Los que han escrito acerca del arte de la guerra, dicen que deben elegirse hombres de comarcas templadas para que tengan valor y prudencia, porque las cálidas los producen prudentes, pero no valerosos, y las frías, animosos, pero imprudentes. Este precepto sería bueno para un rey de todo el mundo, y que, por tanto, pudiera sacar soldados de donde quisiera. La regla de fácil aplicación consiste en que las repúblicas o los reinos saquen los soldados de su propio país, sea cálido, frío o templado, porque ejemplos antiquísimos

demuestran que en todas partes el ejercicio hace buenos soldados y, donde la naturaleza no los produce, los forma el trabajo, que, para esto, vale más que la naturaleza. Si se eligen fuera del país, no deben llamarse elegidos, porque esta palabra significa tornar los mejores de una provincia y poder obligar a ir al ejército a los que quieran y a los que no quieran. No hay, pues, medio alguno de elegir sino en las comarcas sometidas a tu autoridad, porque de países que no sean tuyos no puedes llevarte a quien quieras, sino tan sólo aceptar a los que quieran ir contigo.

COSME —Sin embargo, entre estos últimos se puede tornar a unos y dejar a otros, y a esto también debe llamarse elección.

FABRIZIO —Verdad es en cierto modo lo que decís; pero tened en cuenta los defectos de este género de elección, pues a veces ocurre que no lo es. En primer lugar, no son tus súbditos los que se alistan voluntariamente; lejos de ser los mejores, suelen ser los peores de cada provincia, pues los más escandalosos, vagos, desenfrenados, irreligiosos, desobedientes a sus padres, blasfemos, jugadores y llenos de toda clase de vicios, son los que quieren dedicarse al oficio de soldado, y las costumbres de tales hombres no pueden ser más dañosas a una verdadera y buena milicia. Cuando se ofrecen más de los que necesitas, puedes elegir entre ellos; pero siendo la masa mala, la elección no será buena. Muchas veces sucede que los alistados no son tantos como tú necesitas, y te ves obligado a tomarlos todos, en cuyo caso no hay elección posible; lo que haces es asoldar infantería. De esta mala manera se organizan los ejércitos en Italia y en otras partes, excepto en Alemania, porque el alistamiento no se hace por obediencia al príncipe, sino por voluntad del que quiere servir en la milicia. Juzgad ahora si es posible establecer la antigua disciplina en ejércitos formados de esta manera y con tales hombres.

COSME —¿Qué convendría hacer en este caso?

FABRIZIO —Lo que ya he dicho, elegir los soldados entre los súbditos y por virtud del mandato del príncipe.

COSME —Y en los así elegidos, ¿podría establecerse la antigua disciplina?

FABRIZIO —Bien sabéis que sí, cuando quien los mande sea su príncipe o señor, tratándose de una monarquía, o un ciudadano nombrado general, si es en una república. De otra suerte, es muy difícil hacer algo provechoso.

COSME —¿Por qué?

FABRIZIO —Os lo diré oportunamente. Conste por ahora que no hay otro procedimiento para organizar bien un ejército.

COSME —Debiendo hacerse la elección para la milicia en el propio país, ¿dónde será mejor ejecutarla, en las ciudades o en los campos?

FABRIZIO —Cuantos han escrito de estas materias dicen ser mejor hacerla en los campos, porque los campesinos están avezados a las fatigas y a las inclemencias del tiempo, acostumbrados a vivir al sol y no a la sombra, a manejar el hierro, cavar un foso, llevar peso, y ser en general menos inclinados a la astucia y a la malicia. Mi opinión es que, habiendo dos clases de soldados, unos a pie y otros a caballo, los primeros deben ser elegidos en los campos, y los segundos, en las ciudades.

COSME —¿De qué edad los reclutaréis?

FABRIZIO —Según los casos. Para organizar un ejército donde no lo haya, es preciso reclutar a todos los hombres aptos y en edad para ser soldados, a fin de poderlos instruir como diré más adelante; pero haciendo la elección donde hay ya ejército organizado, y sólo para el reemplazo, los tomaría de diez y siete años, pues los de mayor edad estarán ya reclutados.

COSME —¿Queréis, pues, una organización semejante a la que tenemos los florentinos[26]?

FABRIZIO —Justamente. Pero armada, mandada, ejercitada y ordenada como no sé si lo está entre vosotros.

COSME —Luego, ¿elogiáis nuestra organización militar?

FABRIZIO —¿Por qué he de censurarla?

COSME —Pues muchos sabios la han censurado.

FABRIZIO —Lo que decís de que los sabios censuran vuestra organización militar, es contradictorio. Se puede tener reputación de sabio y equivocarse.

COSME —Los deplorables resultados que dio siempre nos ha hecho formar esa mala opinión.

FABRIZIO —Cuidad no sea la falta vuestra en vez de ser suya. Acaso lo sepáis antes de terminar nuestra conversación.

COSME —Tendré mucho gusto en ello. Pero antes os diré de qué la acusan para que podáis defenderla más fácilmente. Aseguran que, o es inútil y confiando en ella nos exponemos a perder el Estado, o es valerosa, y quien la mande podrá, en tal caso, usurpar el poder. En prueba de ello alegan que los romanos, por tener ejércitos propios, perdieron la libertad; que los venecianos, para librarse de obedecer a uno de sus conciudadanos, se valen de ejércitos extranjeros, y que el rey de Francia ha desarmado a sus pueblos para poderlos gobernar más fácilmente. Pero más que este peligro temo el de su inutilidad, acerca de la cual se aducen principalmente dos razones: una, que los soldados son inexpertos, y otra, que sirven a la fuerza, pues, según dicen, a cierta edad no es posible habituarse a la milicia, y nada bueno se hace a la fuerza.

FABRIZIO —Los que alegan las razones que acabáis de exponer son hombres de cortas miras, y voy a demostrarlo claramente. En cuanto a la inutilidad, aseguro que no hay

milicia más útil que la propia, y no se puede organizar milicia propia sino del modo que he referido. Como esto no se discute, no quiero perder tiempo en demostrarlo, pues todos los ejemplos de la historia antigua están en nuestro favor. A los argumentos de la inexperiencia y de la fuerza contestaré ser cierto que la inexperiencia no aumenta el valor, y la fuerza produce el descontento; pero los soldados bien armados, bien ejercitados y bien organizados, adquieren pronto la experiencia y el valor, según lo veréis demostrado más adelante. Respecto a la fuerza, tened en cuenta que los llamados por orden del príncipe a empuñar las armas, no van al servicio, ni completamente obligados, ni por su espontánea voluntad, porque esto último tendría los inconvenientes, ya expresados, de no haber elección ni el número suficiente de voluntarios. Por otra parte, como el empleo de excesiva fuerza para el reclutamiento produciría muy mal resultado, se debe adoptar un término medio entre la violencia y la libertad, y que el recluta acuda a las filas por obediencia a las órdenes del soberano, y porque tema más su indignación que los trabajos de la vida militar. De esta suerte resultará una mezcla de fuerza y voluntad que no ha de tener las malas consecuencias del descontento.

»No quiero decir que un ejército así organizado no pueda ser vencido, porque muchas veces lo fueron los ejércitos romanos, y vencido fue el de Aníbal, lo cual demuestra que no se puede formar un ejército con la esperanza de que sea invencible. Vuestros sabios no deben, pues, juzgar inútil una organización militar porque el ejército sea vencido alguna vez, sino creer que lo mismo pudo ser vencedor y aplicarse a remediar las faltas que produjeron la derrota. Cuando las averigüen, verán que no consisten en defectos del sistema sino en no haberlo planteado bien.

»En cuanto a que esta organización de la milicia facilite a su

jefe usurpar el poder, respondo que los ciudadanos o súbditos, al empuñar las armas por virtud de las leyes y de la constitución, jamás causan daño, y siempre serán útiles, conservándose los Estados mayor tiempo con ejércitos de esta clase que sin ellos. Con sus ciudadanos armados vivió libre Roma durante cuatrocientos años, y Esparta, ochocientos. Muchos otros Estados, que los tenían sin armas, apenas han durado cuarenta años. Las naciones necesitan ejércitos y, cuando no los tienen propios, toman a sueldo los extranjeros, los cuales, mucho más pronto que los propios, perjudican al bien público, por corromperse más fácilmente, por estar más dispuestos a apoyar la ambición de un ciudadano poderoso y por ser materia a propósito cuando se trata de oprimir a hombres desarmados. Además, el peligro es mayor en los Estados con dos enemigos que con uno, y los que se valen de ejércitos extranjeros temen a la vez a los extranjeros tomados a sueldo y a los ciudadanos, como lo prueba lo antes dicho de Francisco Sforza; mientras los que tienen ejércitos propios sólo temen a los ciudadanos. Prescindiendo de otras muchas razones, alegaré la de que todos los fundadores de repúblicas o reinos han confiado siempre su defensa a los mismos habitantes.

»Si los venecianos hubieran sido tan sabios en esto como en sus demás instituciones, habrían conquistado el mundo; siendo tanto más reprensibles cuanto que sus primeros legisladores les pusieron las armas en las manos. No tenían posesiones continentales, y organizaron fuerzas de mar, donde con sus propios ciudadanos hicieron valerosamente las guerras, engrandeciendo la patria. Cuando después se vieron precisados a guerrear en tierra para defender a Vicenza, en vez de dar el mando en jefe a uno de sus conciudadanos, tomaron a sueldo al marqués de Mantua[27], determinación funesta que atajó sus aspiraciones de ampliar sus dominios. Si lo hicieron por creer que no sabrían pelear en tierra como en el mar, era creencia

errónea, pues es más fácil a un general de marina, llamado a luchar con el agua, el viento y los hombres, ser general en tierra, donde sólo se combate con los hombres, que a un general del ejército mandar los barcos de guerra. Los romanos, que sabían combatir en tierra y no en el mar, cuando tuvieron guerras con los cartagineses, tan poderosos en la mar, no tomaron a sueldo marinos griegos ni españoles, sino encargaron este cuidado a los mismos ciudadanos que militaban en tierra, y vencieron. Si los venecianos obraron así porque no se apoderase del poder algún conciudadano que mandara el ejército, su temor era infundado, pues, además de las razones antes expuestas, hay la de que, si ninguno de los puestos al frente de sus fuerzas marítimas jamás intentó tiranizar una ciudad como Venecia, rodeada del mar, menos pudiera hacerlo el general de un ejército terrestre. Debieron juzgar que no son los ciudadanos armados quienes originan las tiranías, sino las malas instituciones y los malos gobiernos, y donde el gobierno es bueno no hay motivo para temer las armas en manos de los ciudadanos. Tomaron, pues, una determinación imprudente y perjudicialísima a su poder y a su gloria.

»En cuanto al error que comete el rey de Francia no teniendo a su pueblo organizado para la guerra, que es el otro ejemplo aducido, no hay persona desapasionada que no lo juzgue uno de los vicios de organización de aquel reino, y la causa principal de su debilidad.

»Pero esta digresión es demasiado larga, y acaso me haya apartado del asunto. La he hecho para responderos y demostrar que no se puede fundar la seguridad sino en ejércitos propios, y éstos han de organizarse por medio de milicias nacionales, única manera buena de tener fuerza armada en un Estado y de establecer la disciplina militar. Examinando atentamente las instituciones de los primeros reyes de Roma, y en especial las de Servio Tulio, se advierte que la organización por clases es una

milicia para poner rápidamente en pie de guerra un ejército que defienda el Estado.

»Volviendo a nuestro asunto, digo que la recluta para el reemplazo de un ejército ya organizado la haría de hombres de diez y siete años, y para un ejército que se forme de nuevo los elegiría desde los diez y siete a los cuarenta, a fin de poder servirme de ellos inmediatamente.

COSME —Tendríais en cuenta los distintos oficios al hacer la elección.

FABRIZIO —Los aludidos escritores los tienen, porque no quieren pajareros, pescadores, cocineros, rufianes, ni, en general, los que se dedican a ocupaciones de puro solaz, prefiriendo, además de los labradores, a los herreros, carpinteros, herradores, carniceros, cazadores y de otros idénticos oficios. Yo no estableceré diferencia entre los oficios en cuanto al valor real de los hombres, sino en cuanto a la utilidad que se puede obtener de ellos; y por esta razón, los campesinos, habituados a los trabajos de la tierra, son los mejores por ser la ocupación que más se adapta a las faenas del ejército. Después conviene tener bastantes herreros, carpinteros, herradores y canteros, porque en muchas circunstancias necesita el ejército operarios de estos oficios, y los soldados que los prestan son, por tanto, de doble aprovechamiento.

COSME —¿En qué se conocen los hombres que son o no buenos para el servicio militar?

FABRIZIO —Habiendo dicho ya algo de la elección de reclutas para reemplazar las bajas naturales de un ejército organizado, me referiré ahora a la organización de una milicia nueva para formar después con ella un ejército. Digo, pues, que las buenas condiciones del que hayas de elegir para soldado se conocen, o por experiencia, si ha ejecutado alguna acción notable, o por

conjeturas. Las pruebas de valor no cabe apreciarlas en hombres elegidos de nuevo y que nunca han militado, que son casi la totalidad o todos los reclutados para formar un ejército nuevo. Faltando, pues, la experiencia en este caso, es necesario acudir a las conjeturas, que se forman atendiendo a la edad, el oficio y la constitución física del recluta. Ya hemos hablado de las dos primeras condiciones; falta decir algo de la tercera. Algunos, entre ellos Pirro, han dicho que el soldado debe ser de elevada estatura. César opina que esta condición se suple con la agilidad del cuerpo, la cual puede apreciarse por la conformación y la gallardía del soldado. Dicen los que han escrito de esta materia que conviene tengan los ojos vivos y animados, el cuello nervioso, el pecho ancho, los brazos musculosos, los dedos largos, poco vientre, las caderas robustas, piernas y pies delgados, condiciones todas que hacen a los hombres ágiles y fuertes, las dos principales cualidades de un soldado. Se cuidará especialmente de que sus costumbres sean honradas; de lo contrario, lo que se elige es un instrumento de escándalo y un principio de corrupción. No habrá quien crea que un hombre disoluto y embrutecido por los vicios es capaz de alguna virtud laudable.

»No creo superfluo, sino necesario, para que comprendáis mejor la importancia del reclutamiento, decir cómo los cónsules romanos, al empezar el ejercicio de su cargo, elegían los soldados para las legiones romanas. Las continuas guerras hacían que en estos reclutamientos entrasen soldados veteranos y bisoños, pudiéndose aplicar la experiencia a los viejos y las conjeturas a los nuevos. Se debe advertir que estas levas se hacen, o para emplear inmediatamente a los reclutas en una guerra, o para ejercitarlos y aprovechar sus servicios en tiempo oportuno. No me refiero ni hablaré más que de estos últimos, porque mi intento es explicar cómo debe organizarse un ejército en un país donde no haya milicia, y, por tanto, donde no

cabe formar inmediatamente un ejército, pues donde hay la costumbre de formarlos por mandato del soberano, los reclutas pueden ir en seguida a campaña, como sucedía en Roma y como lo practican hoy los suizos. En el reclutamiento de esta especie entran soldados bisoños y veteranos, y mezclados los nuevos y los viejos, forman un cuerpo de tropas unido y bueno. Sin embargo, cuando los emperadores empezaron a tener constantemente los ejércitos acampados, nombraban maestros para enseñar el ejercicio de las armas a los soldados bisoños, que llamaban *tirones,* como se ve en la vida del emperador Maximino; cosa que se hacía, mientras Roma fue libre, no en el ejército, sino dentro de la ciudad, y esta costumbre de los ejercicios militares para educar a los jóvenes producía que, al ser elegidos para ir a la guerra, tan adiestrados estaban en los simulacros de maniobras militares, que fácilmente se acomodaban a las operaciones de las campañas. Los emperadores abolieron estos ejercicios, y se vieron obligados a reemplazarlos del modo explicado.

»Llegamos a la forma del reclutamiento romano. Los cónsules, encargados de todo lo concerniente a la guerra, queriendo organizar los ejércitos, al empezar a desempeñar su cargo (porque era costumbre que cada uno de ellos tuviera dos legiones formadas exclusivamente de romanos, que eran el nervio de sus tropas) nombraban veinticuatro tribunos militares, adjudicando seis a cada legión, los cuales hacían en ella el oficio de los que hoy llamamos condestables. Reunían después a todos los ciudadanos romanos aptos para llevar las armas, y colocaban separadamente los tribunos de cada legión. En seguida se sorteaban las tribus para determinar en cuál debía empezar la elección; en ella escogían cuatro de los mejores, uno por el tribuno de la primera legión; de los tres restantes, otro por el tribuno de la segunda; de los dos que quedaban, otro por el tribuno de la tercera, y el último correspondía a la cuarta

legión. Después se escogían otros cuatro, el primero por el tribuno de la segunda legión, el segundo por el de la tercera, el tercero por el de la cuarta, y el cuarto iba a la legión primera. Después se escogían otros cuatro, el primero para la legión tercera, el segundo para la cuarta, el tercero para la primera, y el cuarto para la segunda. Así continuaba la elección hasta completar las legiones. Como antes decimos, este sistema de reclutamiento podía practicarse para enviar inmediatamente los soldados a la guerra, pues muchos de los elegidos eran prácticos en la guerra verdadera, y todos ejercitados en la simulada, cabiendo hacer la elección por conjeturas y por experiencia. Pero donde haya de organizarse una milicia de nuevo y ejercitarla a fin de que pueda operar en tiempo oportuno, la elección de los hombres sólo puede hacerse por conjeturas basadas en la edad y en el aspecto de las personas.

COSME —Creo exacto cuanto decís; mas antes de que paséis a otro asunto, deseo preguntaros acerca de una cosa que he recordado al oíros asegurar que, donde no hay costumbre de tener milicias, la elección de los hombres para el ejército se hace por conjeturas. En muchas partes he oído censurar nuestra milicia, sobre todo por lo numerosa, sosteniendo algunos que debía formarse de menos gente, lo cual tendría las ventajas de ser más escogidos y mejores los soldados, no se causarían tantas molestias a los habitantes, y podría darse a los elegidos algún sueldo, mediante el cual servirían más satisfechos y obedientes. Deseo oír vuestra opinión en este punto: si preferís la milicia en grandes o en pequeñas proporciones, y el procedimiento que para elegirla emplearíais en uno u otro caso.

FABRIZIO —La milicia numerosa es, sin duda, más segura y útil; mejor dicho, en ninguna parte se formará buena milicia si no es muy numerosa, y fácilmente refutaré los argumentos alegados en contra de esta opinión. En primer lugar, no por elegir pocos donde la población es numerosa, como en Toscana,

la elección es más selecta y mejores los escogidos, porque si a ella se aplica la experiencia, se tropezará con que es aplicable a muy pocos, por ser pocos los que han estado en la guerra y poquísimos los que en ella han tenido ocasión de probar su valor, por el cual merecieran ser elegidos con preferencia a los demás; de suerte que quien elige tiene que prescindir de la experiencia y fiarse de las conjeturas. En este caso quisiera saber a qué regla debo atenerme, si me presentan veinte jóvenes de buena presencia, para escoger a unos y desechar a otros. Todo el mundo convendrá en que lo menos expuesto a equivocaciones, ya que no cabe elegir entre ellos, es armar y ejercitar a los veinte, reservándose preferir a los de más ingenio y valor cuando la práctica de los ejercicios lo demuestre. De modo que, bien mirado, es un error reclutar pocos por tenerlos mejores.

»En cuanto a lo de causar menos molestias a los habitantes, digo que la milicia, sea o no numerosa, no molesta a los ciudadanos, porque no les priva de atender a sus ocupaciones ni les liga de modo que no puedan hacer lo que necesiten, consistiendo su obligación en reunirse los días festivos para ejercitarse, lo cual no perjudica al país ni a los habitantes, y hasta sirve de grata distracción a los jóvenes, que en vez de vagar en dichos días, pasándolos en entretenimientos poco dignos, irán a los ejercicios militares, deleitándose con el hermoso espectáculo del manejo de las armas, siempre agradable a la juventud.

»Respecto a que siendo la milicia nacional escasa podría ser pagada, y así estaría más satisfecha y obediente, respondo que no hay milicia posible con tan pocos hombres como los que constantemente pueden ser pagados, si la paga ha de satisfacerles; por ejemplo, si se forma una milicia de cinco mil infantes, para dar a éstos un sueldo que les satisfaga, se necesitarán por lo menos diez mil ducados mensuales. En primer lugar, este número de infantes no basta para formar un

buen ejército, y la paga es un gasto insoportable para un Estado. Además, resultaría insuficiente para tener a los soldados contentos y obligados a servir en todo caso; de modo que, haciendo esto, gastaríais demasiado, tendríais poca fuerza armada y nunca la necesaria para defenderos o para realizar alguna empresa. Si aumentáis el sueldo o la milicia, mayor será la imposibilidad de pagarla; y si disminuís la paga o reducís el número de hombres, mayor el descontento de éstos y su inutilidad. Por tanto, los que defienden una milicia nacional pagada en tiempo de paz y cuando los milicianos están en sus casas, defienden una cosa inútil e imposible. La paga es indispensable cuando se les lleva a la guerra. En suma, si la organización de la milicia nacional produce algunas molestias en tiempo de paz, lo que no creo, en cambio ocasiona todos los bienes consiguientes a una fuerza bien ordenada en un Estado, sin la cual no hay seguridad para ninguna cosa.

»Afirmo, pues, que quien quiera una milicia poco numerosa por poderla pagar o por cualquiera otra de las razones que habéis expuesto, comete un error. Confirmando mi opinión, cada día disminuirá, por la multitud de impedimentos con que tropiezan los hombres, el número de los alistados, de suerte que el de milicianos quedará reducido a casi ninguno. En cambio, si la milicia es numerosa, podéis a vuestra elección valeros de pocos o de muchos, y debiendo serviros como fuerza efectiva y como reputación, mayor será una y otra cuantos más milicianos haya. Añádese a esto que, siendo el objeto de la milicia tener a los hombres ejercitados, si los alistados son pocos y el país extenso, distan tanto unos de otros, que no pueden, sin grandes molestias y perjuicio, reunirse para los ejercicios y, sin los ejercicios, la milicia es inútil, como oportunamente probaré.

COSME —Basta lo que habéis dicho para contestar a mi pregunta; pero ahora deseo que aclaréis otra duda mía. Dicen algunos que la multitud armada produce confusión, escándalo y

desorden en el país.

FABRIZIO —Ésta es otra opinión equivocada, según voy a demostrar. Los ciudadanos armados pueden causar desórdenes de dos modos: o promoviéndolos entre sí, o contra los desarmados. Ambas cosas se evitan fácilmente, cuando la misma milicia no las remedia, como sucede respecto a las perturbaciones en su seno; y sostengo que el dar armas y jefes al pueblo no fomenta, sino impide los desórdenes. Si el país donde ha de ordenarse la milicia es tan poco belicoso que carece de hombres acostumbrados al manejo de las armas y tan unido que no hay en él jefes ni bandos, la milicia lo hará más fuerte contra los extranjeros, pero no creará la desunión, porque en los pueblos bien regidos, los hombres respetan las leyes, lo mismo armados que desarmados. Jamás ocasionan perturbaciones si no las producen los jefes que les dais, y ya diré los medios de evitar este peligro.

»Pero si el país donde vais a organizar la milicia es belicoso y está dividido en bandos, la constitución de la fuerza armada sirve para restablecer el orden; porque, sin ella, tenían armas y jefes, pero armas inútiles para la guerra y jefes promovedores de escándalos, mientras la organización de la milicia les da armas convenientes para guerrear y capitanes dispuestos a sofocar los desórdenes. Si antes de establecerla, los ciudadanos ofendidos acudían al jefe de su bando, quien, para mantener su reputación, les alentaba a la venganza, no a la paz, lo contrario hará el jefe de la fuerza pública, quitando motivos a los desórdenes y procurando la unión. De tal suerte, allí donde los habitantes están unidos, pero son afeminados, pierden esta mala cualidad y mantienen la unión, y donde viven en confusión y desorden, se ordenan y tranquilizan, resultando en provecho de la patria el valor que empleaban en luchas intestinas. En cuanto al peligro de que los ciudadanos armados opriman a los que no lo están, se debe tener en cuenta que sólo podrían hacerlo mediante los

jefes que les gobiernan. Para que estos jefes no puedan promover desórdenes, es necesario cuidar de que no adquieran gran prestigio con sus tropas. El prestigio se alcanza, o naturalmente, o por algún suceso accidental. Para contrarrestar el primero, conviene que el nacido en una localidad no sea jefe de la milicia organizada en ella, sino en otra donde no tenga motivos de particular interés. Respecto a los sucesos accidentales, deben arreglarse las cosas de modo que anualmente sean trasladados los jefes de un mando a otro, porque la continuada autoridad sobre los mismos hombres produce entre el que manda y los que obedecen tanta unión, que fácilmente puede convertirse en perjuicio del príncipe.

»El imperio de los asirios y el de los romanos ofrecen ejemplos de lo útiles que han sido estas traslaciones de jefes donde se han practicado, y lo dañoso de no hacerlas. El imperio asirio vivió mil años sin desórdenes ni guerras civiles, por la costumbre de trasladar anualmente de un mando a otro a los generales que estaban al frente de las tropas. Muy al contrario, en el Imperio romano, extinguida la familia de César, promoviéronse tantas guerras civiles entre los generales de los ejércitos y tantas conspiraciones de éstos contra los emperadores, por tener constantemente los mismos generales al frente de las tropas. Si entre los primeros emperadores, algunos de los que ejercieron el poder con justa fama, como Adriano, Marco Aurelio, Severo y otros, hubieran tenido la previsión de establecer estos cambios de mando de generales, habrían dado, sin duda, al imperio mayores condiciones de estabilidad y de duración, porque los generales hubiesen tenido menos medios para promover desórdenes, los emperadores menos motivos para temerles, y el Senado, no habiendo derecho de sucesión en la dignidad imperial, mayor influencia por la facultad de elegir emperadores, siendo las elecciones más acertadas. Pero ni los buenos ni los malos ejemplos destruyen las malas costumbres

engendradas por la ignorancia o la pereza de los hombres.

COSME —No sé si mis preguntas os obligan a apartaros del asunto, porque del sistema de elección hemos pasado a otro orden de ideas, y, si ya no me hubiese excusado, creería merecer alguna reprensión.

FABRIZIO —De ningún modo. Todas estas explicaciones eran indispensables para hablar de la milicia. Censurada por muchos, debía empezar refutando las censuras, puesto que ha de ser la base del reclutamiento o elección de soldados. Antes de pasar a otro punto, diré algo acerca de la elección de los hombres para la caballería. Los romanos la organizaban con los ciudadanos más ricos, teniendo en cuenta los años y la calidad de las personas, y elegían trescientos por legión, de modo que en un ejército consular, la caballería no pasaba de seiscientos hombres.

COSME —¿Organizaríais milicia de caballería para que se ejercitara durante la paz y sirviera en la guerra?

FABRIZIO —Es indispensable, y no se puede obrar de otra manera cuando se quiere tener ejército propio, y no servirse de los que tienen el arte de la guerra por único oficio.

COSME —¿Cómo la elegiríais?

FABRIZIO —Imitaría a los romanos, escogiendo los más ricos, dándoles jefes, como ahora se les dan, armándolos y ejercitándolos.

COSME —¿Creéis que se les debería dar algún sueldo?

FABRIZIO —Sí; pero sólo la cantidad necesaria para mantener el caballo, porque si los soldados tuvieran la obligación de alimentarlo, podrían quejarse de esta carga. Es, por tanto, necesario pagarles el caballo y el gasto que ocasiona.

COSME —¿Qué número de soldados de caballería tendríais, y cómo los armaríais?

Fabrizio —Ésta ya es otra cuestión que trataré cuando os haya dicho cómo debe armarse la infantería y prepararse para combatir.

# Libro segundo

Armas usadas en la Antigüedad. — Infantería romana armada a la ligera o vélites; honda, ballesta, dardo, rodela. — Infantería con armas pesadas; celada, coraza, grebas, brazales, escudo, espada, puñal, pilo. — La pica no la usaban o la usaban poco. — Los griegos fiaban más en las picas y los romanos en la espada y el escudo. — Armas de caballería romana, escudo, espada y lanza. — Armamentos de nuestra época introducidos por los tudescos y los suizos. — Peto de hierro; lanza o pica; alabarda; arcabuz. — Comparación entre las armas de los romanos y las de los tudescos. — Ventajas de aquéllas. — Ejemplos. — Cómo el conde de Carmañola, en tiempo de Felipe Visconti, venció a los suizos. — Infantería española de Gonzalo de Córdoba y tudesca de monseñor Aubigny. — Debe escogerse lo mejor de las armas romanas y de las tudescas. — La caballería moderna es preferible a la antigua. — La infantería es más útil que la caballería. — Ejemplo de Tigranes y de sus *catafrattes*. — Caballería de los partos. — En qué y cómo la infantería es superior a la caballería. — Ejercicios militares en la Antigüedad: para hacer a los soldados ágiles, diestros y fuertes: para aprender a manejar las armas: ejercicio del palo, del arco y de la honda. — Ejercicios que el autor propone; de la ballesta; del arco; de la escopeta; de la natación. — Ejercicios de la caballería en la Antigüedad. — Ejercicios de los jurados en algunas ciudades de Poniente. — Modo de organizar un ejército. — Brigadas de diez batallones que el autor propone y describe. — Qué entiende el autor por escuderos u hombres con escudos, picas ordinarias, vélites ordinarios, picas extraordinarias, y vélites extraordinarios. — Capitán general, condestables, centuriones, decuriones, banderas y trompetas. — Ejercicios de brigada y de batallón. — Simulacros de batallas. — La buena organización y no los hombres valientes es lo que hace un ejército valeroso. — Cómo se mantienen las filas en los ejercicios de batallón. — Tres clases principales de formación: la cuadrada, la cornuda y la con plaza en el centro. — Dos modos de organizar la formación cuadrada. — Para reorganizar las filas rotas, conviene señalar puestos fijos a los soldados y usar contraseñas. — Contraseñas de la bandera, de los cabos y de los soldados. — Cómo cambia un batallón rápidamente para convertir los flancos o la retaguardia en frente y éste en flancos o retaguardia. — Formación cornuda de los batallones: cómo se convierte en formación con plaza en medio. — Formación a manera de cruz, usada por los suizos. — Cómo han de ejercitarse los piqueros y los vélites extraordinarios. — Carros que debe tener cada pabellón. — Utilidad de haber

muchos decuriones, de la bandera y de la música. — Por qué en tiempo del autor estaba en tanta decadencia el ejercicio de las armas. — La caballería moderna es tan fuerte como la antigua, si no más. — Cómo debernos armar a la caballería ligera y a los hombres de armas.

FABRIZIO —Una vez elegidos los soldados, lo necesario en mi opinión es armarlos, y para ello me parece lo más conveniente estudiar las armas que usaban los antiguos y escoger de ellas las mejores. Dividían los romanos su infantería, atendiendo al armamento, en pesada y ligera. Los hombres armados a la ligera llamábanse vélites, y esta denominación comprendía a los combatientes con hondas, ballestas y dardos, llevando por defensa casco y rodela. Combatían fuera de filas y a alguna distancia de la infantería pesada, que llevaba por armas celadas cuyos extremos caían hasta los hombros, coraza con falda o bandas que llegaban hasta las rodillas y las piernas y brazos cubiertos con grebas y brazales. Llevaban escudo largo como de dos *brazos* y uno de ancho, cercado de hierro en la parte superior, para resistir los golpes, y en la inferior, para que no se estropeara al chocar contra el suelo. Como armas ofensivas usaban espada de brazo y medio de largo suspendida al costado izquierdo, y en la cintura, a la derecha, un puñal. Con la diestra empuñaban un dardo llamado *pilo*, que, al empezar el combate, arrojaban contra el enemigo. Tales eran las armas con las cuales los romanos conquistaron el mundo.

»Algunos escritores antiguos añaden a las citadas una pica en forma de venablo llevada en la mano, pero no sé cómo podrían manejar tan pesada arma usando escudo, porque éste impediría hacerlo con ambas manos, y con una poco podía hacerse de provecho, dado el peso de la pica. Además, combatir con pica en formación cerrada es inútil, si no está el que la lleva en primera fila, donde hay espacio para extenderla, cosa imposible en las demás filas. Y como en la formación de los batallones, según diré al tratar de ella, debe procurarse estrechar las filas, por ser esto menos malo que espaciarlas, cosa

evidentemente peligrosísima, toda arma que tenga más de dos brazos de largo, en la estrechez de las filas es inútil, porque si la empuñáis con ambas manos, para que no os estorbe el escudo, no podéis ofender al enemigo que tenéis encima, y si la usáis con una mano, para valeros del escudo, habéis de hacerlo por la mitad del asta, y la parte posterior, tropezando con los que están a vuestra espalda, impedirá el manejo del arma.

»Para persuadiros de que los romanos no usaron tales picas o las usaron muy poco, leed en la historia de Tito Livio la descripción de las batallas y veréis que rarísima vez se mencionan las picas, pues casi siempre dice que, lanzados los pilos, ponían mano a las espadas. Prescindo, pues, de la pica y me atengo a la espada como arma ofensiva de los romanos, y al escudo y las demás citadas, como defensivas.

»No usaban los griegos tan pesadas armas de defensa como los romanos; fiaban más para la ofensiva en la pica que en la espada, especialmente las falanges de Macedonia, armadas con picas de diez brazos de largo, llamadas *sarisses*, con las cuales rompían las filas enemigas, sin perder el orden de formación de la falange. Aunque algunos escritores dicen que también usaban escudo, no creo, por las razones expuestas, que pudieran valerse a la vez de ambas armas. Además, en la narración de la batalla que dio Paulo Emilio contra el rey de Macedonia Perseo, no recuerdo que se diga nada de escudos sino solamente de sarisses o picas y de lo mucho que estas armas dificultaron la victoria a los romanos. Creo, pues, que la falange macedónica estaría organizada como lo está hoy un batallón suizo, que fía a las picas todo su esfuerzo y poder.

»Además de las armas, llevaba la infantería romana penachos, adorno que da a los ejércitos un aspecto bello para los amigos y atemorizador para los enemigos. En los primeros tiempos de Roma, la caballería no usaba más armas defensivas

que un escudo redondo y un casco que cubría la cabeza; el resto del cuerpo estaba indefenso. Las ofensivas eran la espada y una pica larga y delgada herrada únicamente en uno de sus extremos. Esta pica impedía al soldado mantener firme el escudo y en la lucha se quebraba, quedando el jinete desarmado y expuesto a los golpes del enemigo. Andando el tiempo, la caballería fue armada como la infantería, pero con el escudo más pequeño y cuadrado y la pica más gruesa y herrada en los dos extremos; de modo que, al quebrarse, podía defenderse el jinete con el trozo que le quedaba en la mano. Con esas armas, repito, la infantería y la caballería romanas conquistaron el mundo, y, por los resultados, debe creerse que nunca ha habido ejércitos mejor armados. De ello da fe diferentes veces Tito Livio en su historia cuando compara los ejércitos romanos con los de sus enemigos, diciendo: «Pero los romanos, por su valor, por la clase de sus armas y por la disciplina eran superiores». A causa de esta superioridad he hablado con más extensión de las armas de los vencedores que de las de los vencidos.

»Réstame hacerlo de las armas actuales.

»Lleva la infantería para su defensa peto de hierro, y para ofender, una lanza de nueve brazos de largo que llaman pica, y una espada al costado izquierdo, más redondeada que aguda en la punta. Éste es el modo ordinario de armar a la infantería actualmente, siendo pocos los que llevan defendidos la espalda y los brazos y ninguno la cabeza. Estos pocos, en vez de pica, usan alabarda, cuya asta, como sabéis, es de tres brazos de largo y el hierro tiene forma de hacha. Entre ellos van los escopeteros, quienes con sus disparos hacen el mismo efecto que antiguamente los honderos y ballesteros. Esta manera de armar los ejércitos la han puesto en práctica los alemanes, y, sobre todo, los suizos, que siendo pobres y queriendo ser libres, se veían obligados a luchar contra la ambición de los príncipes de Alemania, bastante ricos para mantener caballería, cosa

imposible a ellos por su pobreza. Peleando a pie y queriendo defenderse del enemigo a caballo, tuvieron que acudir al sistema militar de los antiguos y apelar a armas que los defendieran del ímpetu de la caballería. Esta necesidad les ha hecho mantener o restablecer la antigua organización militar, sin la cual la infantería es completamente inútil, y adoptar la pica como arma utilísima, no sólo para resistir a la caballería, sino para vencerla. Tal organización y tal clase de armas han dado a los tudescos tanta audacia, que quince o veinte mil de ellos no temen atacar a la caballería más numerosa, como lo han probado repetidas veces en los últimos veinticinco años, siendo tan evidentes los ejemplos de las ventajas de esta organización y de estas armas, que, después de la venida del rey Carlos VIII a Italia, todas las naciones las han copiado y los ejércitos españoles han adquirido, por este medio, grandísima reputación.

COSME —¿Qué armamento os parece mejor, el de los tudescos o el de los antiguos romanos?

FABRIZIO —El romano, sin duda alguna. Explicaré lo bueno y lo malo de cada uno de ellos. La infantería tudesca, conforme está armada, puede resistir y vencer a la caballería, y, por no llevar armas pesadas, camina más fácilmente y con mayor rapidez se forma en batalla; en cambio, al carecer de armas defensivas, está más expuesta de cerca y de lejos a los golpes del enemigo, es inútil para los sitios de plazas fuertes y resulta vencida en los combates donde el enemigo oponga tenaz resistencia. Los romanos resistían y vencían la caballería como los tudescos y, por cubrirse el cuerpo con armas defensivas, librábanse bien de lejos y de cerca de los golpes del enemigo. A causa de sus escudos, era su choque más violento, rechazando mejor el del contrario, y en los combates cuerpo a cuerpo valía mucho más su espada que la pica de los alemanes, quienes llevan también esta arma; pero, como no usan escudo, resulta ineficaz. Teniendo aquéllos la cabeza cubierta con casco y pudiéndola

cubrir además con el escudo sin gran riesgo, asaltaban las fortalezas. El único inconveniente de su armamento era el peso y la fatiga de llevarlo, pero lo soportaban acostumbrando el cuerpo a esta molestia y a sufrir los trabajos más rudos. Bien sabéis que la costumbre aminora o destruye los inconvenientes de hacer las cosas.

»No se debe olvidar que la infantería tendrá que combatir, o con otra infantería o con caballería, y siempre será inútil la que no pueda resistir a la caballería, o, pudiendo, tema pelear con otra infantería mejor armada y mejor ordenada. Ahora bien: si comparáis la infantería tudesca y la romana, encontraréis en la primera aptitud, como hemos dicho, para resistir a la caballería y gran desventaja si tiene que combatir con infantería organizada como ella y armada como la romana. Habrá, pues, entre ambas la diferencia de que los romanos podrían vencer a la infantería y a la caballería, y los tudescos, sólo a la caballería.

COSME —Deseo que probéis vuestra opinión con algún ejemplo para comprenderla mejor.

FABRIZIO —Repetidamente encontraréis en nuestra historia casos en que la infantería romana ha vencido numerosa caballería, y nunca fue vencida por otra infantería a causa de la insuficiencia de sus armas o superioridad de las del enemigo; pues si sus armas hubieran sido imperfectas, ocurriese necesariamente una de dos cosas: o encontrar otras tropas mejor armadas, en cuyo caso no adelantaran en sus conquistas, o adoptar el armamento extranjero, renunciando al suyo. No hicieron ninguna de ambas cosas, luego el suyo era superior a todos.

»No ha sucedido esto a la infantería tudesca, porque se le ha visto dar mal resultado algunas veces que combatió con infantería tan tenaz y disciplinada como ella, sucediendo así a causa del mejor armamento de los enemigos. Atacado Felipe

Visconti, duque de Milán, por diez y ocho mil suizos, envió contra ellos al conde de Carmañola, que era entonces el general de su ejército. Fue éste a su encuentro con seis mil caballos y poca infantería; dioles batalla, y lo derrotaron con grandes pérdidas. Carmañola, que era hombre hábil, conoció en seguida la superioridad de las armas enemigas para combatir contra la caballería y la inferioridad de los caballos contra infantería tan bien ordenada. Reunió entonces todas sus tropas, fue de nuevo contra los suizos, y, cuando estuvo cerca de ellos, dio orden de desmontar a sus hombres de armas. Combatiendo a pie, mataron a todos los enemigos, a excepción de unos tres mil, que, al verse perdidos, arrojaron las armas y se rindieron.

COSME —¿Cuál fue la causa de tan gran desventaja?

FABRIZIO —Os la he dicho hace poco; pero si no la habéis comprendido, la repetiré. La infantería tudesca, desarmada para la defensa, según lo he manifestado, tiene para ofender la pica y la espada. Con tales armas y su acostumbrado orden de batalla ataca a los enemigos; pero si éstos, cubiertos con armaduras, como lo estaban los hombres de armas que Carmañola hizo apear, se arrojan sobre los contrarios espada en mano, cual se lanzaron contra los suizos, una vez vencida la dificultad de alcanzarlos y de entrar en sus filas, combaten con completa seguridad, porque en la lucha cuerpo a cuerpo el tudesco no puede valerse de la pica, demasiado larga en tales casos, y necesita echar mano a la espada, recurso inútil en un hombre sin armadura contra otro que se defiende con ella. Comparando las ventajas e inconvenientes de ambos sistemas, se verá que el soldado sin armas defensivas está perdido cuando el enemigo ha resistido el primer choque, librándose de las puntas de las picas, cosa no difícil cuando va cubierto de hierro. Los batallones avanzan hasta que necesariamente chocan, llegando al combate personal, y aunque algunos caen muertos o derribados por las picas, los que quedan en pie son bastantes para alcanzar la

victoria. Por ello venció Carmañola a los suizos causándoles tan terribles pérdidas, y sufriendo él muy pocas.

COSME —Considerad que los de Carmañola eran hombres de armas, y aunque combatieran a pie, iban cubiertos de hierro, lo cual ocasionó su victoria. Creo, pues, que para obtener igual éxito sería preciso una infantería armada de igual modo.

FABRIZIO —No creeréis tal cosa si recordáis lo que he dicho de cómo iban armados los romanos, porque un soldado de infantería que lleva a la cabeza un casco de hierro, defendido el pecho con la coraza y el escudo, y cubiertos también los brazos y las piernas, está en mejor disposición para contrarrestar el ataque de las picas y meterse en las filas enemigas que un hombre de armas a pie. Citaré al efecto un ejemplo moderno. Pasó de Sicilia al reino de Nápoles infantería española para unirse a Gonzalo de Córdoba[28], sitiado en Barletta por los franceses. Salió a su encuentro monseñor de Aubigny[29] con sus hombres de armas y unos cuatro mil infantes tudescos. Vinieron a las manos, y los tudescos con sus picas bajas abrieron las filas de los españoles; pero valiéndose éstos de sus broqueles y de la agilidad de sus cuerpos, se metieron entre los tudescos para combatirlos con la espada, mataron a casi todos ellos y alcanzaron la victoria. Todo el mundo sabe cuántos tudescos murieron en la batalla de Rávena por la misma causa; es decir, porque los españoles se acercaron hasta poder combatir con la espada a la infantería alemana, y habrían acabado con ella si la caballería francesa no hubiera acudido en su auxilio; lo cual no impidió a los españoles cerrar filas y retirarse a lugar seguro. En conclusión: la buena infantería debe saber y poder rechazar lo mismo las tropas de a pie que las de a caballo, cosa que, según he repetido varias veces, depende del armamento y la organización.

COSME —Decid, pues, cómo la armaríais.

FABRIZIO —Adoptaría las armas romanas y las tudescas para que la mitad fueran armados como los romanos, y la otra mitad, como los alemanes; por ejemplo: de seis mil infantes, tendría tres mil armados con escudos a la romana, dos mil con picas, y mil arcabuceros a la tudesca. Pondría las picas al frente de los batallones donde más temiera el ataque de la caballería y me serviría de los armados con escudos y espadas para sostener a los de las picas y asegurar la victoria, como lo probaré más adelante. Un cuerpo de infantería así organizado, sería, a mi entender, superior a todos los que hoy existen.

COSME —Respecto a la infantería, basta lo dicho; ahora deseamos saber cuál armamento conceptuáis mejor para la caballería: el actual, o el antiguo.

FABRIZIO —Creo que en estos tiempos se va más seguro a caballo con las sillas de arzones y los estribos, no usados en la Antigüedad. Creo que nuestros jinetes están mejor armados y que con más dificultad se resiste hoy el choque de un escuadrón de hombres de armas, que se resistía antiguamente el de la caballería romana. A pesar de ello, opino que ahora no se debe apreciar tanto la caballería como se estimaba en la Antigüedad, pues, según antes he dicho, muchas veces ha sido vencida por la infantería, y lo será siempre que esta fuerza tenga las armas y la organización que he referido. Disponía el rey de Armenia, Tigranes, contra el ejército romano que mandaba Lúculo, de ciento cincuenta mil hombres de caballería; muchos de ellos, llamados *catafrattes*, estaban armados como nuestros hombres de armas. El ejército romano constaba de unos seis mil jinetes y veinticinco mil infantes, por lo cual dijo Tigranes al ver al enemigo: «Esa caballería sólo es bastante para una embajada». Sin embargo, al llegar a las manos, el ejército del rey fue vencido, y el historiador que describe esta batalla considera a los catafrattes como inútiles, pues dice que, llevando la cara cubierta, apenas podían ver y ofender al enemigo, y el peso de

sus armas les impedía, una vez caídos, levantarse y valerse de sus personas.

»Las repúblicas o los reinos que prefirieron la caballería a la infantería, siempre han sido débiles y han estado expuestas a toda clase de contratiempos, como sucede a Italia en nuestros días, invadida, robada y arruinada por los extranjeros en castigo del pecado de no cuidarse de su infantería y de ser casi todos sus soldados de caballería. Debe tenerse caballería, pero como elemento secundario, y no el principal del ejército. Es utilísima y necesaria para las descubiertas, para las correrías y devastaciones del país enemigo, para tener en continua alarma a los oponentes e interceptarles las provisiones; pero en las batallas campales, que son las operaciones principales de la guerra y el fin con que se organizan los ejércitos, su mejor servicio es la persecución del enemigo, una vez derrotado, siendo en todo lo demás muy inferior a la infantería.

COSME —Me asaltan dos dudas: una nace de saber que los partos hacían la guerra sólo con caballería, y, sin embargo, se dividieron la dominación del mundo con los romanos; otra, cómo puede resistir la infantería a la caballería, y de qué proviene la fuerza de ésta y la debilidad de aquélla.

FABRIZIO —He dicho, o al menos he querido deciros, que mis explicaciones sobre el arte militar no traspasaban los límites de Europa. Siendo así, no me creería obligado a razonar lo ocurrido en Asia; sin embargo, diré que el ejército de los partos era completamente distinto del de los romanos. Todo él estaba formado de caballería, y combatía confusa y desordenadamente y con la mayor inestabilidad. Los romanos iban casi todos a pie y peleaban uniendo sus filas y concentrando las fuerzas. Unos u otros vencieron, según fuera espacioso o estrecho el terreno en que operaban. El primero era favorable a los partos, el segundo, a los romanos. En aquél demostraron los partos la superioridad

de su organización militar en correspondencia a la región que defendían, la cual era extensísima, distante más de mil millas del mar, cruzada por varios ríos apartados unos de otros dos o tres jornadas, casi despoblada, de suerte que un ejército romano, pesado y lento en las marchas por su armamento y organización, no podía caminar sin grave daño, mientras los defensores del país iban a caballo y recorrían con la mayor facilidad largas distancias, estando hoy en un sitio y al día siguiente a cincuenta millas de él. Así se comprende que los partos, sólo con caballería, pudiesen destruir el ejército de Craso y poner en grave riesgo el de Marco Antonio.

»Pero, como os he dicho, no es mi propósito tratar de las fuerzas militares fuera de Europa, sino de la organización de los ejércitos romanos y griegos, y de la que actualmente tienen los alemanes.

»Vengamos ahora a vuestra segunda duda. Deseáis saber qué causas o qué condición natural hace a la infantería superior a la caballería. En primer lugar, los caballos no pueden andar, como los hombres, por todas partes; los movimientos de la caballería en las maniobras son más tardíos que los de la infantería, pues si, avanzando, es preciso retroceder, o retirándose avanzar, o moverse estando parados, o en marcha detenerse de pronto, los caballos no lo hacen con tanta exactitud y precisión como los infantes. Una fuerza de caballería desordenada por el choque del enemigo, con dificultad vuelve a ordenarse, aunque el ataque haya sido infructuoso, y esto sucede rara vez a la infantería. También ocurre con frecuencia que un hombre valeroso monta un caballo cobarde, y un soldado tímido va sobre un caballo valiente. Esta disparidad de ánimo entre el hombre y el caballo contribuye al desorden.

»No debe admirar a nadie que un pelotón de infantería

resista el empuje de la caballería, porque el caballo es un animal sensato, conoce el peligro y no se expone a él voluntariamente. Si se tiene en cuenta la fuerza que le hace avanzar y la que le obliga a retroceder, verase que ésta es mayor que aquélla; porque si las espuelas lo excitan a correr, el aspecto de las picas y las espadas le detiene. Por ello hay muchos ejemplos antiguos y modernos de permanecer seguro e invencible un pelotón de infantería atacado por caballería. Si se arguye que la impetuosidad con que corre el caballo hace su choque más terrible para quien se exponga a recibirlo y obliga al animal a no cuidarse tanto de las picas como de las espuelas, contestaré que, cuando el caballo vea que corre a chocar con las puntas de las picas, espontáneamente refrenará la carrera y, al sentir que le pinchan, se parará en firme o volverá a la izquierda o a la derecha del obstáculo que encuentra. Si queréis hacer la prueba, obligadle a correr contra un muro; rara vez sucederá, aunque vaya al galope, que choque con él. Cuando César tuvo que combatir con los helvecios en la Galia, se apeó e hizo apearse a toda su caballería, y ordenó apartar los caballos del campo de la lucha, como cosa más a propósito para huir que para combatir.

»A pesar de estos inconvenientes, propios de la caballería, el jefe que mande un cuerpo de infantería debe escoger caminos inaccesibles a los caballos, y rara vez ocurrirá que no pueda librarse de sus ataques sólo por la disposición del terreno. Si se camina por colinas, nada hay que temer de la impetuosidad de la caballería; y si por las llanuras, pocos serán las que no ofrezcan, con bosques y plantaciones, medios de segura defensa, pues cualquier vallado, cualquier zanja, por pequeños que sean, cualquier cultivo donde haya viñas o arbustos, impiden la carrera del caballo. Lo mismo se presentan estos obstáculos en las marchas que en las batallas, y hacen imposibles las cargas de caballería. No olvidaré, sin embargo, deciros que los romanos estimaban tanto la superioridad de su organización y de sus

armas, que, si en un día de batalla podían elegir entre un sitio áspero que les preservara de los ataques de la caballería, pero donde no pudieran desplegar cómodamente sus fuerzas, y uno llano y fácil para las acometidas de los caballos enemigos, pero donde ellos pudieran maniobrar, siempre preferían éste.

»Dicho ya lo que debe imitarse de los antiguos y de los modernos para armar la infantería, pasemos a los ejercicios y veamos los que los romanos obligaban a hacer a su infantería antes de que la llevaran a los campos de batalla. Aunque los soldados estén bien elegidos y mejor armados, debe cuidarse con grandísimo esmero de ejercitarlos, porque sin ello no hay soldado bueno. Estos ejercicios tendrán tres objetos: uno, endurecer el cuerpo, acostumbrarlo a sufrir las fatigas, aumentar su agilidad y su destreza; otro, enseñar al soldado el manejo de las armas; y otro, instruirle para que siempre ocupe el sitio que le corresponda en el ejército, lo mismo en las marchas que en los combates y en los campamentos; las tres principales operaciones de todo ejército, porque si camina, acampa y combate ordenada y metódicamente, su general será bien juzgado aunque no consiga la victoria.

»Las leyes y las costumbres establecieron estos ejercicios en las repúblicas antiguas, donde se practicaban en todas sus partes. Los jóvenes adquirían la agilidad corriendo a competencia; la destreza, saltando; la fortaleza, luchando o arrancando palos clavados en tierra. Las tres cualidades son necesarias a un buen soldado: la velocidad le permite adelantarse al enemigo para ocupar un punto importante, para sorprenderlo y para perseguirle después de derrotado; la destreza, esquivar los golpes del contrario y saltar una zanja o un parapeto; y la fortaleza, llevar fácilmente las armas y rechazar al enemigo o resistir su empuje. Habituaban el cuerpo, especialmente a sufrir los trabajos más rudos, llevando pesadas cargas. Esta costumbre es indispensable, porque en las

expediciones difíciles conviene muchas veces que los soldados lleven, además de las armas, víveres para muchos días, y no podrían hacerlo sin estar habituados a soportar peso, lo cual sería un inconveniente grave para evitar un peligro o alcanzar alguna brillante victoria.

»Para el manejo de las armas hacían los siguientes ejercicios. Daban a los jóvenes armas el doble más pesadas que las ordinarias; por espada, un palo revestido de plomo, de mucho más peso que aquélla. Obligaban a cada uno a clavar una estaca en tierra, dejando fuera de ella un trozo como de tres brazos de alto, tan firmemente fijado, que los golpes ni lo rompieran ni lo torcieran, y contra dicha estaca se ejercitaban los jóvenes con el escudo y el palo emplomado como contra un enemigo, dirigiendo sus golpes a veces como para herirlo en la cabeza o en el rostro, a veces como para atravesarle el pecho o romperle las piernas; ora retirándose, ora avanzando. Servíales este ejercicio para aprender a cubrirse con el escudo y a herir el enemigo, y lo pesado de las armas simuladas, para que las verdaderas les parecieran después más ligeras. Procuraban los romanos que sus soldados hiriesen a estocadas mejor que a cuchilladas, porque el golpe de punta es más grave, más difícil de parar, menos expuesto a que se descubra quien lo da, y más fácil de repetir.

»No os admire que los antiguos tuvieran en cuenta estos mínimos detalles, porque cuando se trata de los combates cuerpo a cuerpo, cualquier pequeña ventaja es de gran importancia, y los escritores dicen de esto mucho más de lo que yo os refiero.

»En la Antigüedad, lo mejor para una república era tener muchos hombres ejercitados en las armas, porque no es el esplendor de las piedras preciosas o del oro lo que hace someterse al enemigo, sino el temor a las armas. Además, los

errores en muchos asuntos pueden a veces enmendarse; pero en la guerra es imposible, por lo inmediato de la pena. Por otra parte, el saber combatir aumenta la audacia de los hombres, puesto que nadie teme hacer aquello que ha aprendido.

»Querían, pues, los antiguos que los ciudadanos se adiestraran en el ejercicio de las armas, y les hacían lanzar, contra la estaca clavada en el suelo, dardos más pesados que los ordinarios, cuyo ejercicio servía para que aprendieran a dirigirlos y para aumentar la agilidad y la fortaleza de los brazos. Enseñábanles también a disparar con arco y con honda, y para todas estas enseñanzas tenían instructores; de modo que, cuando se hacía la recluta para ir a la guerra, los elegidos eran ya soldados por el valor y la instrucción militar; lo único que les faltaba era aprender la formación y saberla conservar en las marchas y en los combates, de lo cual se enteraban pronto al entremezclarse con los soldados veteranos, que desde hacía tiempo la practicaban.

COSME —¿Qué ejercicios ordenaríais ahora a los soldados?

FABRIZIO —Bastantes de los ya citados, como la carrera, la lucha, los saltos, el uso de armas más pesadas que las ordinarias, el tiro con ballesta y con arco, a los cuales añadiría el de arcabuz, arma nueva que, como sabéis, es necesaria. Toda la juventud de mi Estado se acostumbraría a estos ejercicios; pero muy especialmente la parte de ella escogida para la guerra, dedicando a dicha ocupación los días de fiesta. Desearía también que aprendiesen a nadar, cosa muy útil, porque no siempre hay puentes o barcos en los ríos, y el ejército que no sabe nadar pierde muchas ventajas y ocasiones de operar útilmente. Los romanos escogieron el campo de Marte para los ejercicios de la juventud, porque estaba inmediato al Tíber, y cuando le agobiaba el cansancio en tierra, se echaba al agua para restaurar las fuerzas y practicar la natación. También ordenaría,

como los antiguos, ejercicios especiales para los hombres destinados a la caballería, cosa indispensable, porque no sólo necesitan saber montar, sino también valerse de sus armas a caballo. Para esto tenían caballos de madera, sobre los cuales se adiestraban los jóvenes montando en ellos armados y desarmados, sin ayuda alguna y por ambos lados, con lo cual se conseguía que, a la orden del capitán, los soldados de caballería estuviesen inmediatamente a pie o a caballo.

»Estos diversos ejercicios, que entonces eran fáciles, no serían ahora difíciles para una república o un príncipe que ordenara a la juventud practicarlos, como por experiencia se ve en algunas ciudades de Poniente, donde se ha conservado esta costumbre. Dividen en ellas los habitantes en varias agrupaciones, y cada una toma el nombre de la clase de armas que emplea en la guerra, de modo que, usando las picas, alabardas, arcabuces y arcos, llámanse piqueros, alabarderos, arcabuceros y arqueros, dejando a voluntad de los habitantes pertenecer a cualquiera de estas agrupaciones, pero siendo obligatorio formar parte de alguna de ellas. Como por la edad o cualquier otro impedimento, no todos son aptos para la guerra, eligen algunos en cada agrupación, a los que llaman *Jurados*, y éstos tienen obligación de ejercitarse todos los días festivos en el arma de que toman el nombre y en la plaza o local que al efecto tienen destinado en la ciudad. Los que, perteneciendo a las agrupaciones, no son Jurados, abonan los gastos que estos ejercicios ocasionan. Lo que se hace en esas ciudades, podríamos hacerlo nosotros; pero nuestra escasa prudencia nos impide tomar resoluciones acertadas. A causa de estos ejercicios, la infantería en la Antigüedad era buena, y los de Poniente la tienen mejor que la nuestra.

»Los romanos la adiestraban, o en las poblaciones, sin alejarse de sus moradas los ciudadanos, como lo hacía la república, o en el seno de los ejércitos, como lo hicieron los

emperadores por motivos antes expuestos; pero nosotros, ni queremos ejercitar a nuestros soldados en las ciudades, ni podemos hacerlo en el ejército, porque no lo forman súbditos nuestros, ni cabe obligarles a otros ejercicios que los que quieran practicar; todo lo cual ha sido causa de que se descuide, primero, la enseñanza del soldado, y después la formación de los ejércitos, y de que los reinos y repúblicas, especialmente en Italia, lleguen a extrema debilidad.

»Pero volvamos a nuestro asunto, y continuemos la explicación de los ejercicios. No basta para organizar un buen ejército tener hombres endurecidos en las fatigas y haberlos hecho vigorosos, ágiles y diestros; se necesita que aprendan a estar en filas, a obedecer las señales, los toques y las voces de los jefes, estar a pie firme, retirarse, avanzar, combatir y caminar, porque sin esta disciplina, cuidadosamente observada y practicada, nunca habrá ejército bueno. No cabe duda de que los hombres valerosos, pero desordenados, son más débiles en conjunto que los tímidos disciplinados, porque la disciplina aleja el temor y el desorden inutiliza la valentía.

»A fin de que comprendáis mejor lo que voy a explicar, os diré primeramente que todas las naciones, al organizar sus hombres para la guerra, han formado un núcleo principal en el ejército o en la milicia, más vario en el nombre que en el número de soldados, pues siempre ha sido de seis a ocho mil hombres. A este núcleo o unidad llamaron los romanos *legión*; los griegos, *falange*; los galos, *caterva*. En nuestros tiempos, los suizos, por ser los únicos que han conservado alguna sombra de las antiguas instituciones, le llaman en su lengua lo que en la nuestra equivale a *brigada*. Cada nación ha dividido después este núcleo en diferentes batallones, organizándolos de distintas maneras. Usaré, pues, el nombre de brigada como el más conocido, y después explicaré su organización antigua y moderna, y la mejor manera de ordenarla.

»Los romanos dividían la legión, compuesta de cinco o seis mil hombres, en diez cohortes; y opino que nuestras brigadas se dividan en diez batallones, formándolas seis mil hombres de infantería. Cada batallón debe tener cuatrocientos cincuenta soldados, cuatrocientos con armas pesadas, y cincuenta, ligeras; de los primeros, trescientos con escudos y espadas, que se llamarán *escudados*, y ciento con picas, que recibirán el nombre de *piqueros ordinarios*.

»Las tropas ligeras de cada batallón serán cincuenta infantes armados con arcabuces, ballestas, partesanas y rodelas. Aplicándoles su antiguo nombre, los llamaré *vélites ordinarios*. Tendrán, pues, los diez batallones tres mil escudados, mil piqueros ordinarios y quinientos vélites ordinarios; en suma, cuatro mil quinientos infantes.

»Para que la brigada llegue a tener seis mil hombres, como hemos dicho, es preciso añadir mil quinientos soldados, y de ellos pondría mil con picas, a quienes llamaría *piqueros extraordinarios*, y quinientos con armas ligeras tendrían por nombre *vélites extraordinarios*. En esta forma organizaría mi infantería, la mitad con escudos y la otra mitad, con picas y las demás armas.

»Para cada batallón tendría un condestable, cuatro centuriones y cuarenta decuriones, y los vélites ordinarios, a las órdenes de un jefe y cinco decuriones. Las mil picas extraordinarias irían al mando de tres condestables, diez centuriones y cien decuriones, y los vélites extraordinarios, a las órdenes de dos condestables, cinco centuriones y cincuenta decuriones.

»Nombraría después un general de la brigada. Cada batallón tendría bandera y cornetas.

»La brigada constaría, por tanto, de diez batallones formados por tres mil escudados, mil piqueros ordinarios, mil

extraordinarios, quinientos vélites ordinarios y quinientos extraordinarios, sumando en todo seis mil hombres, entre ellos mil quinientos decuriones y, además, quince condestables o jefes de batallón con quince bandas de trompetas y quince banderas, cincuenta y cinco centuriones, diez jefes de vélites ordinarios y un jefe de la brigada con su bandera y sus trompetas. He insistido en explicar esta organización a fin de que no os confundáis cuando hable de la manera de ordenar las brigadas y los ejércitos.

»El rey o la república que quiera tener a sus súbditos o ciudadanos dispuestos para la guerra, debe organizarles de este modo y con las citadas armas, formando en su país tantas brigadas como sea posible.

»Una vez ordenados del modo que he dicho, bastará ejercitarlos batallón por batallón. Aunque por el número de hombres que constituye cada uno de estos cuerpos no pueda decirse que forma verdadero ejército, sin embargo, cada soldado puede aprender lo que a él especialmente le atañe, porque en los ejércitos hay dos clases de maniobras, las que deben hacer los soldados en cada batallón y las de los batallones cuando forman parte del ejército. Los hombres que saben hacer las primeras, con facilidad ejecutan las segundas; pero sin conocer prácticamente aquéllas, jamás se llega a comprender éstas.

»Cada batallón puede aprender sólo a mantenerse ordenado en cualquier clase de movimiento o de terreno, y después a formar en batalla, a distinguir los toques de mando de las trompetas durante el combate, como los galeotes el silbido, conociendo por estos sonidos cuándo debe detenerse o avanzar o retroceder, o el punto adonde han de dirigir las armas y la vista. Sabiendo, pues, mantener la formación de modo que ni el sitio ni los movimientos la descompongan, comprendiendo bien las órdenes del jefe por los toques de mando de las trompetas, y

adiestrado para ocupar con rapidez cada cual su puesto, fácilmente aprende cada batallón, cuando se une a otros, las maniobras propias de un ejército.

»No carecen de importancia estas prácticas de conjunto y deben reunirse los batallones de cada brigada una o dos veces al año en tiempo de paz, para que, formando un pequeño ejército completo, practiquen operaciones durante algunos días tal como si fueran a dar una batalla, disponiendo el frente, los flancos y la reserva en los sitios correspondientes.

»Como un general coloca su ejército para combatir con el enemigo que ve, o con el que, sin verlo, sospecha o supone inmediato, conviene que el ejército practique las operaciones necesarias en uno u otro caso e instruirlo de modo que pueda caminar y combatir al mismo tiempo, si la necesidad obliga a ello, y sepan los soldados lo que deben hacer cuando son atacados por cualquiera de los flancos.

»Para instruir al soldado contra el enemigo visible hay que enseñarle cómo se empeña el combate, dónde ha de retirarse si es rechazado, quién le reemplaza en su puesto, a qué señales, a qué toques y a qué voces debe obedecer, y habituarle de tal modo a los combates y batallas simulados, que desee los verdaderos, porque los ejércitos no son valerosos por formarse de hombres bravos, sino por estar bien organizados y disciplinados. Si yo combato en primera fila y sé dónde he de retirarme al ser rechazado y quién ha de reemplazarme, combatiré con el aliento y la confianza de quien tiene el auxilio inmediato. Si peleo en las segundas filas, no me asustará que rechacen a las primeras, porque ya sé lo que puede suceder y hasta habré deseado ser yo quien dé la victoria a mi señor y no los que están delante de mí.

»Estos ejercicios son indispensables donde se forma un ejército nuevo, y convenientes donde es de veteranos. Los

romanos aprendían desde niños las maniobras militares y, a pesar de ello, sus generales las hacían repetir de continuo al ejército, antes de emprender campañas. Josefo dice en su historia que por los continuos ejercicios de las tropas romanas, la turba de gente que sigue a los ejércitos en campaña para buscar ganancias era útil en los días de batalla, porque todos sabían maniobrar y combatir.

»En los ejércitos de tropas bisoñas formados para entrar inmediatamente en campaña o en las milicias organizadas para tener ejército cuando sea necesario, cuanto se haya hecho será infructuoso sin estas prácticas de maniobras, primero por batallones y después por todo el ejército; pues siendo indispensable la instrucción militar, precisa redoblar el cuidado y los esfuerzos para dársela a los que no la tienen y procurar que no la olviden los que la saben; doble objeto por el cual han trabajado con empeño muchos excelentes capitanes.

COSME —Creo que estas consideraciones os han alejado algo del asunto, pues sin decir el modo de ejercitarse los batallones nos habláis ya de ejércitos completos y de batallas.

FABRIZIO —Tenéis razón, pero ha sido por lo mucho que estimo la antigua disciplina, y el dolor que me causa verla hoy desdeñada. Vuelvo a mi asunto.

»Lo más importante en el ejercicio por batallones es saber conservar la formación, para lo cual es preciso ejercitarlos en la maniobra llamada de caracol. Ya he dicho que cada batallón debe tener cuatrocientos soldados de armas pesadas, y me atendré a este número. Deben dividirse en ochenta filas, de cinco cada una. Después, andando despacio o deprisa, mandaré reunirlas o separarlas sin producir confusión; cosa más fácil de explicar con hechos que con palabras, pero no es absolutamente necesario, porque cualquiera práctico en ejercicios sabe que esta maniobra tiene por único objeto habituar a los soldados a estar

en filas.

»Veamos ahora cómo el batallón se forma en batalla. Se puede proceder de tres maneras: la primera y más útil es la organización maciza, formando dos cuadros; la segunda consiste en formar el cuadro con dos cuernos en el frente; la tercera es formarlo con un espacio vacío en el centro, al que llaman *plaza*.

»La primera formación puede realizarse de dos modos: una doblando las filas, es decir, que la segunda entre en la primera, la cuarta en la tercera, la sexta en la quinta, y así sucesivamente, de modo que las ochenta filas de a cinco soldados se conviertan en cuarenta de a diez. Después vuelven a doblarse de igual modo, uniéndose una fila a otra, y quedarán veinte de a veinte hombres cada una. De este modo, el batallón resulta formado casi en dos cuadros, pues, si bien hay el mismo número de hombres por cada uno de los lados, sin embargo, por el frente los soldados están codo con codo; pero por los flancos hay entre ellos una distancia al menos de dos brazos, de modo que el cuadro es mucho más largo de frente a retaguardia que de un flanco al otro.

»Como he de nombrar muchas veces las diferentes partes del batallón y del ejército entero, entiéndase que cuando diga la cabeza o el frente, me refiero a la parte de delante; cuando nombre la espalda o la cola, es la parte de atrás, y que los flancos son los costados.

»Los cincuenta vélites del batallón no se mezclan en sus filas, sino que, formado éste, se reparten por los flancos.

»He aquí la otra manera de formarlo en batalla. Siendo mejor que la primera, deseo presentar con toda claridad cómo debe ordenarse. Supongo que recordaréis el número de soldados, jefes y clase de armas que tiene el batallón. La formación será, como dije, de veinte filas de a veinte soldados

cada una; cinco filas de picas al frente y quince de los armados con escudos detrás; dos centuriones a la cabeza y otros dos a la cola, quienes harán el oficio de los que llamaban los romanos *tergiductores*. El condestable o jefe del batallón estará con la bandera y las trompetas en el espacio que media entre las cinco filas de las picas y las quince de los escudados. Los decuriones, uno a los flancos de cada fila, de modo que cada cual tenga a su lado los hombres que manda: los que vayan a la izquierda, los diez hombres de la derecha y los que estén a la derecha, los diez de la izquierda. Los cincuenta vélites irán a los flancos y a retaguardia del batallón.

»Para que un batallón en marcha se forme de esta manera, hay que hacer lo siguiente: dispuestos los soldados en ochenta filas de a cinco hombres cada una, como antes he dicho, dejando los vélites o a la cabeza o a la cola, con tal que estén fuera de formación, debe ordenarse que cada centurión vaya al frente de veinte filas, las cinco primeras o *inmediatas* a él de piqueros, y las demás de escudados. El sitio del condestable con la trompeta y la bandera es el espacio que media entre los piqueros y los escudados del segundo centurión, y ocupan el lugar de tres escudados; veinte decuriones irán a los flancos de las filas del primer centurión, a la izquierda, y otros veinte a los flancos de las filas del segundo centurión, a la derecha. Los decuriones que mandan piqueros deben llevar picas, y los que mandan escudados, escudos. Puestas en este orden las filas, si, caminando, se quiere desplegar la fuerza en batalla para hacer frente al enemigo, debes mandar parar al primer centurión con las primeras veinte filas; el segundo centurión continuará marchando, inclinándose a la derecha, por el flanco de las filas paradas hasta alinearse con el primero, y entonces también se parará; el tercer centurión seguirá marchando y girando a mano derecha por el flanco de las filas paradas hasta hacer lo mismo que el segundo; igual operación y del mismo modo ejecutará el

cuarto centurión. Inmediatamente después, dos centuriones salen del frente y se colocan a retaguardia del batallón, quedando éste formado en el orden de batalla que demostré hace poco. Los vélites se distribuyen por los flancos, como dijimos al explicar la primera formación, llamada redoblar por línea recta, mientras a ésta se la llama redoblar por flanco; aquélla es más fácil, ésta más ordenada, más segura, y se puede adaptar mejor a las circunstancias. En la primera hay que obedecer al número, porque cinco hacen diez; diez, veinte; veinte, cuarenta, y al redoblar las filas por derecho no podéis formar un frente de quince ni de veinticinco, ni de treinta, ni de treinta y cinco, siendo preciso atenerse al número que al doblar la fila resulta, y como muchas veces ocurre que en una acción conviene presentar un frente de seiscientos u ochocientos hombres, el redoblar por línea recta en este caso desordenaría las filas. Por eso me gusta más la segunda formación, cuyas dificultades deben superarse con ejercicios prácticos.

»Repito que es de la mayor importancia que los soldados sepan ordenarse pronto en filas, y que se les debe ejercitar en la formación por batallones, en marchas forzadas, avanzando o retrocediendo, pasando por terrenos quebrados, sin desorganizar la formación; porque los soldados que saben hacer esto bien, son soldados prácticos, y, aunque no hayan visto nunca al enemigo, pueden llamarse veteranos; los que, al contrario, no saben conservar el orden en filas, aunque hayan estado en mil campañas, deben considerarse como soldados nuevos.

»Hemos dicho cómo se forma un batallón en batalla cuando va marchando en pequeñas filas; pero lo importante y difícil, lo que exige mucho ejercicio y gran práctica y en lo que los antiguos ponían gran cuidado, es reorganizar rápidamente un batallón que las desigualdades del terreno o un ataque del enemigo ha desordenado. Para esto hay que hacer dos cosas:

una, tener en el batallón gran número de contraseñas, y otra, que la formación sea constantemente igual, de modo que cada soldado ocupe siempre el mismo puesto; por ejemplo, si un soldado empezó a formar en la segunda fila, que continúe siempre en ella y dentro de ella, en el mismo sitio. Para esto son indispensables, como he dicho, muchas contraseñas.

»En primer lugar, la bandera debe ser de forma que, asemejándose a las de los otros batallones, se la distinga de los demás; en segundo, que el condestable y los centuriones lleven en la cabeza penachos o plumeros distintos de los demás, y muy visibles. Pero lo que sobre todo importa es conocer fácilmente a los decuriones, y tanto cuidaban de ello los romanos, que les hacían llevar un número en el casco, llamándoles primero, segundo, tercero, cuarto, etc. No contentos con esto, cada soldado llevaba en el escudo el número de la fila y del sitio que en ella ocupaba.

»Contraseñados así los hombres y acostumbrados a ocupar siempre el mismo sitio, por grande que fuese el desorden, fácil sería restablecer la formación, pues, situada la bandera, los centuriones y decuriones sabían a la vista cuál era su sitio, y reuniéndose los de la izquierda a la izquierda y los de la derecha a la derecha en la acostumbrada distancia, los soldados, guiados por la práctica y por la diferencia de las contraseñas, ocuparían inmediatamente su sitio propio, de igual modo que si os dan las duelas de un barril numeradas, con suma facilidad las colocáis, lo cual es imposible si no tienen ninguna señal.

»Tales cosas, con diligencia y ejercicio se enseñan pronto, y pronto se aprenden, y, aprendidas, con dificultad se olvidan, porque a los reclutas les guían los veteranos, y al cabo de algún tiempo, con tales ejercicios, llega a ser un pueblo muy experto en las maniobras militares.

»Es preciso enseñar también a los soldados a volverse a la

vez y convertir, cuando la ocasión lo exija, los flancos o la retaguardia en frente, y éste en flanco o retaguardia; cosa facilísima, porque basta que cada soldado vuelva el cuerpo en la dirección que se le ordene, y hacia donde tenga el rostro estará el frente.

»Debe tenerse en cuenta que, al volverse de flanco, las distancias cambian de proporción, porque son mayores de fila a fila que de hombre a hombre en cada una de ellas, lo cual es un defecto en la formación ordinaria del batallón. En tales casos, la propia discreción y la práctica hacen estrechar las filas, remediando este pequeño inconveniente. Más importante es y mayor práctica exige hacer a todo un batallón que vuelva como si fuera un cuerpo sólido; lo que no se consigue sin mucha costumbre y habilidad. Para volver, por ejemplo, sobre el flanco izquierdo, es preciso que se paren los colocados a la extrema izquierda, y que los inmediatos marchen tan despacio que no necesiten correr los que están en la extrema derecha; sin tal precaución, se desordenan las filas.

»Como siempre ocurre, cuando está en marcha un ejército, que los batallones que no van al frente tienen que combatir por el flanco o por la retaguardia, convirtiendo de pronto aquél o ésta en frente, para que, al hacer esta maniobra, conserve el batallón el orden de batalla que hemos establecido, preciso le es tener los piqueros en el flanco que convierta en frente, y los decuriones, centuriones y el condestable, en sus puestos acostumbrados. Para lograr esto, es preciso, al formar las ochenta filas de a cinco hombres, poner todas las picas en las veinte primeras filas, y cinco decuriones en la primera y cinco en la última. Las sesenta filas que quedan a la espalda son de escudados y forman tres centurias. La primera y última fila de cada una de ellas debe ser también de decuriones. El condestable, con la bandera y las trompetas, se situará en medio de la primera centuria de escudados, y los centuriones, a la

cabeza de cada centuria.

»En tal situación, si queréis poner las picas en el flanco izquierdo, dobláis las centurias por el flanco derecho; y si deseáis que los piqueros estén en el derecho, las dobláis por el izquierdo. De esta suerte, el batallón vuelve con todas las picas sobre un flanco con los decuriones al frente, la retaguardia con los centuriones a la cabeza, y el condestable en medio. Así sigue avanzando, y cuando el enemigo se presenta y conviene convertir el flanco en frente, basta que los soldados se vuelvan de cara al flanco donde están las picas, y el batallón se encuentra entonces en el orden de batalla antes explicado; porque, a excepción de los centuriones, todos están en su puesto, y los centuriones, inmediatamente y sin dificultad se colocan en los suyos.

»Cuando, caminando de frente, tenga que combatir por retaguardia, conviene ordenar las filas de modo que, formado en batalla, las picas se encuentren detrás; lo cual se consigue colocando a la espalda las cinco filas de piqueros que ordinariamente van al frente de cada centuria, y en todo lo demás se observa el orden ya referido.

COSME —Habéis dicho, si mal no recuerdo, que estos ejercicios sirven para unir después los batallones y formar el ejército, teniendo todos igual organización; pero si ocurre que uno de ellos ha de combatir aisladamente, ¿cómo ordenaríais sus cuatrocientos cincuenta hombres?

FABRIZIO —Su jefe debe juzgar entonces dónde le conviene más colocar las picas y ponerlas en el sitio oportuno, lo que en nada se opone al orden establecido; pues aunque se refiera al modo de pelear en las batallas en unión con otros batallones, las reglas lo mismo se aplican cuando se bate aisladamente. Al explicaros los otros dos modos que hay de formar el batallón, satisfaré vuestro deseo, porque, o no se emplean nunca, o

únicamente se usan cuando el batallón opera solo.

»Para formar el batallón con dos cuernos, debes ordenarlo de ochenta filas de a cinco hombres, del modo siguiente: se pone en medio un centurión, y tras de él, veinticinco filas de dos piqueros a la izquierda, y tres escudados a la derecha. Detrás de las primeras cinco filas, en las otras veinte habrá veinte decuriones entre las picas y los escudos, excepto los que llevan picas, que podrán estar con los piqueros. A continuación de estas veinticinco filas así organizadas, se pondrán: primero otro centurión con quince filas de escudados; después, el condestable con la trompeta y la bandera, seguido también de otras quince filas de escudados; en seguida, el tercer centurión, al frente de veinticinco filas, y en cada cual de ellas tres escudados a la izquierda y dos picas a la derecha; tras de las cinco primeras filas habrá veinte decuriones entre las picas y los escudos, y después de todas ellas estará el cuarto centurión.

»Cuando, así ordenado el batallón, se le quiere formar con dos cuernos, se manda parar al primer centurión con las veinticinco filas que le siguen, y adelantarse al segundo centurión con sus quince filas de escudados que están a la espalda de aquéllas, inclinándose a la derecha y marchando por el flanco derecho de las veinticinco filas hasta llegar a la altura de la quince, y allí se para. En seguida avanza el condestable con las quince filas de escudados que le siguen, e inclinándose también a la derecha, sube por el flanco derecho de las anteriores quince filas hasta colocarse a su altura, y allí se detiene. Continúa el movimiento el tercer centurión con las veinticinco filas últimas, y el cuarto centurión que va tras ellas, e inclinándose también a la derecha, marcha por el flanco derecho de las quince últimas filas de los escudados, sin detenerse hasta que, con la última fila de éstos, alinea la última de los que él manda. Hecho esto, el centurión jefe de las primeras quince filas de escudados deja su puesto y se coloca en el ángulo izquierdo

del batallón.

»De tal modo queda formado un batallón de veinticinco filas de altura a veinte soldados por fila, con dos cuernos, uno a cada lado del frente, cada uno de los cuales tendrá diez filas de a cinco hombres, quedando entre los dos cuernos un espacio suficiente para que quepan diez hombres que pasen de un flanco al otro. Entre los cuernos se situará el jefe, y en el extremo de cada uno de ellos, un centurión, y otro en cada uno de los dos ángulos de la retaguardia, y en los flancos, dos filas de piqueros y veinte decuriones.

»Sirven los dos cuernos para situar entre ellos la artillería, si el batallón la llevara, y los carros. Los vélites se distribuyen por los flancos al lado de los piqueros.

»Para convertir el batallón con cuernos en batallón con *plaza*, basta tomar ocho de las quince filas de a veinte soldados, y alinearlas con los extremos de los dos cuernos, formando así la espalda de la plaza. En ésta se sitúan los carros, el jefe y la bandera, pero no la artillería, la cual se coloca al frente o a lo largo de los flancos. Éstas son las dos formas de organizar un batallón sólo cuando tiene que pasar por sitios sospechosos. Sin embargo, la formación sin cuernos y sin plaza, es la mejor; salvo en el caso de necesitar poner a cubierto hombres desarmados, pues entonces la con cuernos es necesaria.

»Los suizos organizan los batallones de otros diversos modos, entre ellos uno en forma de cruz, porque en el espacio entre los brazos de ésta resguardan a sus arcabuceros de las acometidas del enemigo. Pero como dicha organización sólo es buena cuando ha de batirse un batallón aisladamente, y mi propósito es demostrar cómo deben combatir varios batallones reunidos, no me entretendré en explicarla.

COSME —Creo haber comprendido bien la manera de ejercitar a los soldados en los batallones; pero, si no recuerdo

mal, dijisteis que, además de los diez batallones, tendría vuestra brigada mil picas extraordinarias y quinientos vélites también extraordinarios. ¿No queréis describir esta fuerza y cómo se ejercita?

FABRIZIO —Sin duda y con el mayor cuidado. Ejercitaré a los piqueros, a lo menos, compañía por compañía, en la misma forma que los batallones y como los que hay en éstos; pues de las picas extraordinarias me he de servir, más que de los batallones, en detalles de la guerra, como formar escoltas, merodear en el país enemigo y otras operaciones semejantes. A los vélites les ejercitaré sin reunirlos ni sacarlos de sus domicilios, porque, destinados a combatir individualmente, no es indispensable unirlos a las demás tropas para ejercicios comunes; basta que se instruyan bien en el combate individual.

»Es, pues, necesario, aunque sea fastidioso repetirlo tantas veces, ejercitar a los soldados en los batallones de modo que sepan mantener la formación, saber el puesto que ocupa cada uno, reorganizarse rápidamente cuando el enemigo o las desigualdades del terreno los desordena, pues, sabiendo hacer esto, es cosa fácil aprender el puesto que corresponde al batallón en una batalla y el papel que ha de desempeñar en el ejército.

»El príncipe o la república que cuidadosamente procure mantener esta organización y practicar estos ejercicios, tendrá siempre en sus Estados buenos soldados, superiores a los de los Estados vecinos, y estarán, por tanto, en el caso de imponer y no recibir la ley de los demás. Pero, como os he dicho, el desorden en que se vive ocasiona no apreciar estas cosas. Por ello, nuestros ejércitos no son buenos, y aunque hubiera algunos jefes o soldados naturalmente valerosos, no lo pueden demostrar.

COSME —¿Qué equipajes debe llevar, en vuestra opinión,

cada uno de estos batallones?

FABRIZIO —En primer lugar no creo que los centuriones ni los decuriones deban ir a caballo, y si el condestable deseaba cabalgar, le daría un mulo y no un caballo. Permitiría dos furgones, uno a cada centurión y otro para cada tres decuriones, porque, como diré oportunamente, todos ellos cabe reunirlos en los campamentos. Cada batallón tendrá, pues, treinta y seis carros, que llevarán las tiendas, los utensilios de cocina, las hachas y las estacas con punta de hierro, en cantidad suficiente para formar los campamentos, y además cuanto puedan acarrear, sin ir muy cargados.

COSME —No dudo que serán necesarios todos los jefes que ponéis en cada batallón; pero sospecho que tantos hombres con mando produzcan alguna confusión.

FABRIZIO —Así sucedería si no dependieran todos de un solo jefe; pero esta dependencia establece el orden de tal modo, que, sin los mandos referidos, es imposible gobernar bien el batallón. Como un muro que por todas partes se inclina necesita mejor muchos y pequeños puntales, aunque no sean muy fuertes, que pocos y sólidos, porque el empuje de cualquiera de éstos no impide que, a corta distancia de él, se arruine el murallón, de igual manera conviene que en los ejércitos haya, para cada diez hombres, uno de más ánimo, de más audacia o de mayor autoridad; el cual, con la palabra, la acción y el ejemplo, contenga a los demás y les aliente a combatir. La mejor prueba de ser esto tan necesario en el ejército, como los jefes, las banderas y las trompetas, es que existe en nuestras tropas, aunque no se saque partido de ello.

»En primer lugar, para que los decuriones cumplan su deber es necesario, como he dicho, que cada cual tenga sus diez soldados, siempre los mismos, con los cuales acampen, hagan las guardias y formen en filas; porque así son regla y medida para

mantener la formación, impiden que se desordene y, si esto sucede, recobran pronto su puesto. Pero hoy sólo sirven para cobrar más sueldo que los demás y para algún servicio individual. Idéntica cosa sucede con las banderas, que se tienen más bien como lujosa ostentación en las revistas que para uso militar. En la Antigüedad servían de guía y como señal para reorganizarse, pues cada cual, al ver dónde estaba la suya, sabiendo el sitio que con respecto a ella debía ocupar, acudía inmediatamente a su puesto. También sabía que, según estuviese la bandera parada o en movimiento, así debía estar él quieto o en marcha. Es indispensable que en un ejército haya varios cuerpos y que cada cuerpo tenga su bandera y sus guías, porque es el modo de darle movimiento y vida.

»Los soldados deben, pues, seguir a la bandera y ésta moverse conforme a los toques de las trompetas; toques que, bien establecidos, sirven para ordenar todo el ejército, pues acomodando los soldados el paso al compás de los sonidos, conservan fácilmente la formación. Por ello en la Antigüedad había en los ejércitos flautas, pífanos y otros instrumentos perfectamente modulados pues así como el que baila va al compás de la música y, mientras lo sigue, no se equivoca, de igual modo un ejército, obedeciendo en sus movimientos al compás de los toques, no se desordena. Además, en la Antigüedad variaban los sonidos, según se quería enardecer, calmar o detener la impetuosidad de los soldados. Como los modos de la música eran diversos, variaban de nombres. El modo dórico inspiraba la constancia; el frigio, el furor; y se cuenta que, estando sentado a la mesa Alejandro y tocando una música en el modo frigio, se enardeció su ánimo hasta el punto de echar mano a las armas. Sería conveniente restablecer estas sonatas, y, si parece difícil, no descuidar aquellos toques que enseñan a obedecer al soldado; toques que cada cual puede determinar a su manera, con tal de que, por la práctica, se

acostumbren los oídos de los soldados a conocerlos. Hoy, la trompetería no produce otro fruto que el de hacer ruido.

COSME —Desearía que me explicarais, si habéis pensado en ello, cuál es la causa de que en nuestros tiempos haya tanta desidia, tanto desorden y tanta negligencia en los ejercicios militares.

FABRIZIO —Os diré de buen grado lo que pienso. Sabéis que en Europa ha habido muchos militares famosos, pocos en África y menos en Asia. La causa de ello consiste en que en estas dos últimas partes del mundo existieron una o dos grandes monarquías y pocas repúblicas, mientras en Europa ha habido alguno que otro reino y numerosas repúblicas. Los hombres llegan a ser sobresalientes y muestran sus preclaras dotes cuando los que gobiernan la nación a que pertenecen, sean repúblicas o reyes, les ponen en el caso de probarlas; por lo tanto, donde hay muchos soberanos, hay muchos grandes hombres, y donde aquéllos son pocos, éstos también.

»Son famosos en Asia: Nino, Ciro, Artajerjes, Mitrídates y algunos otros, muy pocos, grandes generales[30]. En África, prescindiendo de la antigüedad egipcia, Masinisa, Yugurta y los capitanes que produjo la república cartaginesa[31], los que, comparados en número con los europeos, son poquísimos, pues en Europa los hombres famosos son innumerables, y aún lo serían más si a sus nombres se añadieran otros muchos que la injuria de los tiempos ha hecho olvidar. Esto nace de que en el mundo ha sido tanto más común el mérito cuanto mayor número de Estados, por necesidad u otro humano interés, han alentado y favorecido la virtud.

»Si en Asia aparecen tan pocos grandes hombres es porque casi toda ella formaba un imperio que, por su enorme extensión, estaba casi siempre en paz, y así era imposible que surgieran en él hombres capaces de grandes empresas. En África ocurre lo

mismo, pues casi únicamente la república cartaginesa produjo algunos hombres ilustres, y esto a causa de que las repúblicas dan de sí más hombres famosos que los reinos, porque en ellas se honra el mérito y en éstos se teme; en aquéllas se alienta y en los reinos se ahoga[32].

»Fijando la atención en Europa se verá que está llena de repúblicas y monarquías, temerosas unas de otras y obligadas por ello a mantener en vigor las instituciones militares y a honrar a los que en ellas adquieren fama. En Grecia, además del reino de Macedonia, había bastantes repúblicas y todas produjeron muchos grandes hombres. En Italia vivían los romanos, los samnitas, los etruscos, los galos cisalpinos; la Galia y la Germania estaban llenas de repúblicas y reyes; Iberia, lo mismo, y si, en comparación con los romanos, son pocos los hombres ilustres de estas comarcas que se citan, es a causa de la parcialidad de los historiadores que, siervos de la fortuna, las más de las veces sólo elogian a los victoriosos. Pero no es razonable suponer que entre las samnitas y los etruscos, pueblos que durante ciento cincuenta años estuvieron en lucha con los romanos, dejara de haber en tan largo plazo, y antes de ser vencidos, muchos hombres famosos. Otro tanto puede decirse de la Galia y de Iberia. Pero el mérito que los historiadores no celebran en los individuos, lo reconocen en los pueblos, cuya obstinación en la defensa de su libertad ensalzan hasta las estrellas.

»Siendo, pues, indudable que el número de grandes hombres depende del número de Estados, la consecuencia es que conforme éstos se arruinan van disminuyendo los capitanes famosos, a medida que cesan las ocasiones de demostrar su mérito. El crecimiento del Imperio romano, que acabó con todas las repúblicas y reinos de Europa y de África y la mayor parte de los de Asia, no dejó medio de probar el mérito más que

en Roma, y de aquí que los grandes hombres empezaran a escasear lo mismo en Europa que en Asia y que la virtud llegase a extrema decadencia, pues reducida a Roma, al corromperse las costumbres en esta ciudad, la corrupción se extendió a casi todo el mundo, y entonces pudieron los pueblos de la Escitia arrasar aquel imperio que había extinguido el mérito de todos los demás, sin saber conservar el suyo.

»La invasión de los bárbaros destrozó el imperio, dividiéndolo en muchas nacionalidades; pero la virtud militar no renació, primero porque no se restablecen fácilmente instituciones caídas en desuso, y además porque las nuevas costumbres, basadas en la religión cristiana[33], no imponen la necesidad de defenderse que antiguamente existía, cuando los vencidos en la guerra, o eran muertos o quedaban en perpetua esclavitud, arrastrando miserable vida. Las ciudades vencidas, o eran arrasadas o expulsados sus habitantes, dispersándolos por todo el mundo y apoderándose el conquistador de sus bienes, de manera que los vencidos quedaban en la última miseria. Amedrentados los hombres por este temor, no olvidaban los ejercicios militares y honraban a los que en ellos sobresalían. Pero hoy el miedo casi ha desaparecido, porque a los vencidos no se les mata ni siquiera se les tiene largo tiempo prisioneros, pues con facilidad recobran la libertad. Las ciudades, aunque se hayan rebelado mil veces, no son arrasadas; los habitantes continúan gozando de sus bienes, de modo que el mayor mal que se teme es el pago de alguna contribución. Por esto nadie quiere someterse al rigor de la vida militar y a los constantes ejercicios que exige por evitar peligros que apenas se temen. Además, Europa está sometida a pocos soberanos en comparación de los que antes había, porque toda Francia obedece a un rey, toda España a otro, y la misma Italia no está muy dividida; de modo que los Estados débiles se defienden uniéndose al vencedor y los poderosos, por las razones

expuestas, no temen una ruina completa.

COSME —Sin embargo, de veinticinco años a esta parte, muchas ciudades han sido saqueadas y se han perdido muchos reinos, ejemplos que deberían enseñar a vivir a los demás, restableciendo algunas de las instituciones antiguas.

FABRIZIO —Cierto es lo que decís; pero recordad las ciudades que han sido saqueadas y veréis que no eran capitales de Estados, sino pueblos de segundo orden. Fue saqueada Tortona, pero no Milán; Capua, pero no Nápoles; Brescia, pero no Venecia; Rávena, pero no Roma, y tales ejemplos no hacen mudar de propósitos a quienes gobiernan, persistiendo en que pueden librarse de tales catástrofes mediante contribuciones pecuniarias, y de aquí que no quieran someterse a las molestias de los ejercicios militares, considerándolos en parte innecesarios y en parte, cosa que no entienden. Los que ya han perdido la libertad, cuyo ejemplo debiera inspirar temor a los demás, carecen de poder para remediar su infortunio. Así pues, unos príncipes por haber perdido sus Estados y otros por ignorancia o falta de voluntad, todos prescinden de las instituciones militares. Quieren que la fortuna les favorezca sin tomarse trabajo alguno; no tienen en cuenta que su indolencia es causa de que todo quede a la fortuna, y, en vez de dominarla, se dejan dominar de ella.

»Como prueba citaré a Alemania, donde, por haber muchos reinos y repúblicas, hay mucha virtud militar, y cuanto bueno se encuentra en los actuales ejércitos procede del ejemplo de aquellos pueblos que, celosos de su independencia y temiendo la servidumbre (no temida en otros países), conservan su autoridad y la consideración que merecen. Creo que esto basta para explicaros los motivos de la indiferencia que hoy inspira el arte militar, según mi opinión. No sé si estaréis conformes o si tenéis alguna duda.

COSME —Ninguna. Estoy completamente convencido. Lo único que deseo, volviendo al asunto principal, es saber cómo organizaríais la caballería, con cuántos capitanes y con qué armas.

FABRIZIO —Acaso os parezca que había olvidado este punto.

»Si lo dejé para último lugar, es por dos razones que me obligan a hablar poco de él: una, que el nervio y la importancia de un ejército está en la infantería; otra, que la caballería actual es menos defectuosa que la infantería, y si no supera a la antigua, al menos la iguala. Por eso apenas he dicho nada del modo de ejercitarla.

»Respecto a las armas, le daría las que hoy tiene, lo mismo a la caballería ligera que a los hombres de armas; pero quisiera que los primeros fuesen todos ballesteros y mezclarles algunos arcabuceros, pues si éstos, en la generalidad de las operaciones de guerra, son poco útiles, en cambio para asustar a los paisanos y echarles de cualquier paso que guarden son utilísimos, hasta el punto de valer más un arcabucero que veinte soldados con otras armas.

»En cuanto al número, siguiendo la imitación de la milicia romana, tendría trescientos caballos efectivos para cada batallón, divididos en ciento cincuenta hombres de armas y otros tantos caballos ligeros, dando a cada uno de estos cuerpos un jefe, quince decuriones, bandera y trompetas. Cada diez hombres de armas tendrían cinco furgones y cada diez caballos ligeros, dos, donde, como en los de la infantería, fueran las tiendas, las vasijas, las hachas, las estacas y cuanto más bagaje cupiese. No creáis que lo que propongo sea una gran novedad, a causa de que actualmente cada hombre de armas lleva consigo cuatro jinetes, porque esto es una corruptela. En Alemania, los hombres de armas van solos con sus caballos y cada veinte tienen un furgón que les transporta las cosas más necesarias.

Los soldados de caballería romanos también iban solos, aunque inmediatos a la caballería estaban siempre los triarios, obligados a ayudarles en el cuidado de los caballos, cosa que podría imitarse hoy, como demostraremos al hablar de los campamentos.

»Lo que practicaron los romanos y practican ahora los tudescos también debiéramos hacerlo, y, si prescindimos de ello, es con manifiesto error.

»Estos dos cuerpos de caballería que forman parte de la brigada podrán reunirse algunas veces con los batallones de la misma y practicar juntos varias maniobras, más bien para conocerse que por verdadera necesidad.

»Dicho ya lo necesario respecto a la organización y el ejercicio de las fuerzas militares, pasemos a explicar cómo se forma un ejército para poder presentar batalla al enemigo con esperanza de vencerlo, objeto principal de la organización de la milicia y de los estudios y cuidados que ésta exige.

# LIBRO TERCERO

De cómo los romanos tenían organizada la legión y los griegos la falange. — Cómo lo están los batallones suizos, e inconvenientes de imitar demasiado a la falange. — Deben adoptarse en parte la organización y las armas romanas, y en parte, las griegas. — Ejército consular; cómo y de cuántos hombres estaba compuesto. — Cómo se forma el ejército para dar una batalla. — Cómo se afronta al enemigo. — Uso de la artillería en las batallas campales. — Conviene atacar a la artillería enemiga para que no pueda disparar. — Los arcabuceros y los cañones pequeños causan más daño que la artillería pesada. — La artillería no debe impedir que se practique la antigua organización militar. — Ha de colocarse fuera de las filas para poderla manejar. — De cómo las picas dispuestas en cinco filas, bastan para contener la caballería. — Por qué la primera línea del ejército debe ser más sólida y numerosa que la segunda, y ésta, más que la tercera. — De cómo las tropas que se baten en primera y segunda línea pueden, al retirarse, caber en la tercera. — Cómo han de retirarse las picas situadas en los flancos del ejército. — El primer ejercicio que deben practicar los batallones consiste en restablecer rápidamente la formación cuando se desordena. — Grados y honores; cómo han de conseguirse. — Señales de la bandera. — El segundo ejercicio debe ser mover y hacer caminar al ejército sin que se descomponga su formación. — El tercer ejercicio ha de ser el de batallas simuladas. — El cuarto, conocer las órdenes del jefe por los toques de trompetas y por la bandera. — Toques usados por los lacedemonios. — Por los cartagineses. — Por los lidios. — Por Alejandro Magno y por los romanos. — Toques que el autor propone, y cómo deben usarse. — Por qué se debe acometer al enemigo dando furiosos gritos y después, combatir en silencio.

COSME —Puesto que mudamos de asunto, quiero que sea otro el que pregunte para que no se me tache de presuntuoso, defecto que siempre he censurado en los demás. Abdico, pues, la dictadura y la entrego a quien de estos amigos míos quiera ejercerla.

ZANOBI —Gratísimo nos sería que continuaseis; pero, si no queréis, decid al menos quién ha de reemplazaros.

COSME —Dejo el encargo al señor Fabrizio.

FABRIZIO —Lo acepto de buen grado, y deseo que sigamos la costumbre veneciana de que el más joven hable primero. Siendo la guerra ejercicio de jóvenes, creo que son los que deben hablar de ella con preferencia, por ser los capaces de realizarla.

COSME —Entonces os toca a vos, Luis[34]. Me agrada el sucesor, y según creo, quedaréis satisfecho de sus preguntas. Pero volvamos cuanto antes al asunto, y no perdamos tiempo.

FABRIZIO —Seguro estoy de que para explicar bien cómo se ordena un ejército en el momento de una batalla, es indispensable narrar de qué modo disponían en tales casos sus tropas los griegos y los romanos. Pero como esto podéis leerlo y estudiarlo en los escritores antiguos, prescindiré de muchos detalles, fijándome solamente en lo que crea necesario imitar para el perfeccionamiento posible de la milicia de estos tiempos. Os mostraré, pues, a la vez cómo se ordena un ejército para las verdaderas batallas, y cómo se ejercita en las simuladas.

»El mayor error que puede cometer quien ordene un ejército para combatir, es formarlo con una sola línea de frente y hacer que el éxito dependa de un solo ataque. Esto nace de haber olvidado cómo en la Antigüedad se disponían las líneas de batalla de modo que las de delante se reconcentraran en las de detrás, sin lo cual no se puede apoyar una línea de combate, ni defenderla, ni reemplazarla, cosas que los romanos observaban cuidadosamente.

»Para explicar esta maniobra, diré que los romanos dividían las legiones en tres cuerpos, llamados *astarios, príncipes* y *triarios*. Los astarios constituían la primera línea del ejército, formándola varias filas sólidamente apiñadas. Detrás de ellos estaban los príncipes en orden más abierto, y en última línea, los triarios, tan espaciados que, en caso necesario, podían mezclarse con ellos los príncipes y los astarios. Tenían, además, los

honderos y los ballesteros y otros soldados armados a la ligera, que no estaban en las filas, sino puestos al frente del ejército entre la caballería y la infantería.

»Esta infantería armada a la ligera comenzaba la batalla; si era vencedora, lo que ocurría raras veces, continuaba la victoria, persiguiendo al enemigo; si rechazada, retirábase por los flancos del ejército y por los intervalos dispuestos al efecto, situándose a retaguardia. Entonces entraban en lucha los astarios, y, si no podían resistir al enemigo, se retiraban poco a poco pasando por los claros de las filas de los príncipes detrás de ellos y, unidos con éstos, renovaban el combate. Si astarios y príncipes eran rechazados, retirábanse a la línea de los triarios, ocupando los intervalos que en ella había, y todos juntos, formando una masa, renovaban la lucha. Si entonces eran vencidos, la batalla estaba perdida, porque ya no había medios de rehacerse.

»La caballería se situaba a los flancos del ejército, como si fuera las dos alas de un cuerpo, y combatía a caballo o a pie, según las necesidades del momento.

»Este método de rehacerse tres veces hace casi imposible ser derrotado, pues para ello es preciso que por tres veces os abandone la fortuna y que el enemigo sea valeroso hasta el punto de derrotaros en tres ocasiones.

»Los griegos no tenían en sus falanges este modo de rehacerse, y, aunque había en ellas muchos jefes y muchas líneas, formaban un solo cuerpo o cabeza. Los combatientes se reemplazaban, no como los romanos, retirándose una línea a la que tenía detrás, sino sustituyendo un hombre a otro de este modo: cuando la falange formada en filas, supongamos que de cincuenta hombres de frente, atacaba al enemigo, las seis primeras filas podían combatir, porque sus lanzas, llamadas *sarisses*, eran tan largas, que las de la sexta fila pasaban la punta sobre la primera. El que caía muerto o herido durante el

combate, estando en la primera fila era inmediatamente reemplazado por el que estaba a su espalda en la segunda; sustituía a éste el puesto tras él en la tercera, y así sucesivamente; de modo que, en un momento, las filas de la espalda rehacían las de delante, que siempre estaban completas, sin que quedase vacío ningún puesto de combatiente, excepto en la última fila, que poco a poco iba disminuyendo por no tener a su espalda quien cubriese las bajas. De esta suerte las ocasionadas en las primeras filas resultaban en la última, y aquéllas estaban siempre completas. Con tal organización era más fácil consumir la falange que dispersarla, porque su espesor la convertía en cuerpo inmóvil.

»Empezaron los romanos por imitar la falange, e instruyeron a sus legiones a semejanza de aquélla. Después les disgustó esta organización y dividieron las legiones en diferentes cuerpos, esto es, en cohortes y manípulos, por haber comprendido, según dijimos antes, que las agrupaciones militares eran tanto más vigorosas cuanto de más partes se componían, de modo que cada una de éstas se rigiera por sí misma, contribuyendo a la unidad del impulso.

»Los batallones suizos imitan ahora a las falanges lo mismo en la formación gruesa y maciza que en la sustitución individual de los soldados, y, al dar las batallas, ponen un batallón al lado del otro. Como si colocaran alguno detrás de otro, éste, al retirarse, no podría entremezclarse en las filas de aquél, a fin de que se ayuden el uno al otro, los colocan uno delante y otro detrás, pero a la derecha del anterior, de modo que, si el primero necesita apoyo, el segundo avanza a socorrerlo. El tercer batallón lo ponen detrás de los dos anteriores, pero a distancia de un tiro de arcabuz. Hacen esto para que, si son rechazados los primeros, avance el tercero sin tropezar con los que se retiran; porque una fuerza numerosa y en masa no se incorpora en otra igual como un pequeño cuerpo de tropas; por

ejemplo, los tres distintos que formaban la legión romana, los cuales podían colocarse de modo que los de delante se unieran fácilmente a los de la espalda.

»Que la organización del ejército suizo es inferior a la de las tropas romanas lo demuestran muchos ejemplos de batallas, en las cuales las legiones de Roma aniquilaron siempre a las falanges griegas; porque la de las legiones y su manera de rehacerse era, como he dicho, muy superior a la solidez de la falange.

»Por estos ejemplos opino que los ejércitos modernos deben formarse aprovechando en parte la organización y las armas de la legión romana, y en parte, las de la falange griega y propongo para mi brigada dos mil picas, que es el arma de la falange, y tres mil con escudo y espada, que son las de la legión; divido la brigada en diez batallones, como los romanos dividían la legión en diez cohortes; organizo los vélites, es decir, la infantería ligera, para que combatan como combatían los suyos, y del mismo modo que tomo y mezclo las armas de griegos y romanos, aprovecho de ambos las organizaciones, disponiendo que cada batallón tenga cinco filas de picas al frente, y las demás sean de escudos para poder con el frente resistir a la caballería y penetrar fácilmente en las filas del enemigo a pie, puesto que en el primer choque tengo, como él, a los piqueros para contenerlo, y después los escudados para vencerle.

»Si fijáis vuestra atención en dicho orden de batalla, veréis que cada cual de estas armas se emplea para lo que es útil; porque las picas lo son contra los caballos, y, aun empleadas contra la infantería, desempeñan su misión antes de que la lucha llegue a ser cuerpo a cuerpo, en cuyo caso son inútiles. Para remediar este inconveniente, ponen los suizos detrás de tres filas de picas una de alabardas, a fin de dejar espacio a las primeras; pero esto no es suficiente. Colocando nuestras picas

delante y los escudados detrás, con aquéllas se resiste a la caballería, al empezar el combate molestan y desordenan la infantería enemiga, y cuando resultan ineficaces, porque la lucha es cuerpo a cuerpo, las reemplazan los soldados con escudo y espada, quienes pueden manejarse en la confusión de la más empeñada pelea.

LUIS —Impacientes estamos por saber cómo formaréis, para librar batalla, un ejército ordenado y armado según vuestro sistema.

FABRIZIO —Os lo voy a explicar. Ya sabéis que en un ejército romano ordinario, llamado ejército consular, sólo había dos legiones de ciudadanos romanos, o sea, seiscientos caballos y unos once mil infantes. Unían a éstos otros tantos infantes y caballos que les enviaban sus aliados y confederados, los cuales dividían en dos porciones, llamadas cuerno derecho y cuerno izquierdo, no permitiendo nunca que la infantería auxiliar excediera en número a la de las legiones, pero sí que la caballería fuese más numerosa. Con este ejército de veintidós mil infantes y unos dos mil caballos útiles, realizaba un cónsul todas sus empresas y combatía al enemigo. Cuando éste era muy poderoso, los dos cónsules reunían sus ejércitos.

»Advertid que en las tres principales operaciones hechas ordinariamente por un ejército, caminar, acampar y combatir, ponían las legiones en el centro, a fin de que la fuerza, en la cual más confiaban, estuviera siempre unida, según demostraré al hablar de cada una de las citadas operaciones.

»La infantería auxiliar, por la práctica que adquiría al lado de la infantería legionaria, era tan útil y disciplinada como ésta, y como ésta, también se la ordenaba para dar la batalla; de modo que quien sabe el orden de batalla de una legión, sabe el de todo el ejército; y habiendo ya dicho que formaba tres líneas y cómo se rehacían entrando unas en otras, se conoce la disposición

general del ejército formado en batalla.

»Queriendo yo preparar el combate a semejanza de los romanos, como ellos tenían dos legiones, tomaré dos brigadas, y como disponga éstas quedará dispuesto todo el ejército, porque las fuerzas que agregue tendrán por único objeto hacerlo más numeroso. No creo necesario recordar cuántos infantes tiene una brigada, que consta de diez batallones, el número de jefes de cada batallón, y las armas, los piqueros, los vélites ordinarios y extraordinarios, porque detalladamente lo dije hace poco, advirtiendo que no lo olvidarais por ser cosa indispensable para comprender todas las maniobras. Continuaré, pues, la explicación sin detenerme en estos detalles.

»Opino que los diez batallones de una de las brigadas se pongan en el flanco izquierdo, y los otros diez en el derecho, organizando las del izquierdo del modo siguiente: sitúo cinco batallones, uno al lado de otro, de frente, de modo que entre ellos quede un espacio de cuatro brazos, y así ocuparán ciento cuarenta y un brazos de terreno a lo ancho, y cuarenta de fondo. Detrás de estos cinco batallones pondré otros tres, separados en línea recta de aquellos cuarenta brazos. Dos de éstos se colocarán enfilados detrás de los dos que hay en los extremos de la primera fila, y el otro, en medio, ocupando, por consiguiente, estos tres el mismo espacio en anchura y fondo que los cinco primeros, salvo que la distancia de cuatro brazos entre cada uno de los cinco será de treinta y tres entre cada uno de los tres. Los dos últimos batallones los sitúo detrás de los tres, a cuarenta brazos de distancia en línea recta, cada uno de ellos enfilado con los de los extremos de los tres, y dejando entre ellos un espacio de noventa y un brazos. Ocuparán, pues, los batallones así dispuestos ciento cuarenta y un brazos de ancho y doscientos de fondo. A distancia de veinte brazos por el flanco izquierdo de estos batallones pongo las picas extraordinarias, que forman ciento cuarenta y tres filas de a siete hombres, de modo que con

su extensión cubren todo el flanco izquierdo de los diez batallones dispuestos como he dicho. Destinaré cuarenta filas a la custodia de furgones y hombres sin armas puestos a retaguardia. Los decuriones y centuriones ocuparán los respectivos puestos, y de los tres condestables pondré uno al frente, otro en medio y otro en la última fila, el cual desempeña igual cargo que el *tergiductor* de los romanos, quienes daban este nombre al jefe situado a retaguardia de las tropas.

»Volviendo a la cabeza del ejército, pondré junto a las picas extraordinarias los vélites extraordinarios, que sabéis son quinientos, y ocuparán un espacio de cuarenta brazos. Al lado de éstos, a mano izquierda, situaré los hombres de armas en ciento cincuenta brazos de terreno, y después, la caballería ligera en un espacio igual al de los hombres de armas. Dejaré los vélites ordinarios alrededor de sus batallones respectivos en los intervalos que separan unos de otros, quedando como auxiliares de éstos, a no ser que los ponga detrás de las picas extraordinarias, lo cual haré o no, según me convenga. Al general de la brigada lo colocaré entre la primera y la segunda línea de los batallones o al frente, en el espacio entre el último batallón de los cinco de la primera línea y las picas extraordinarias, conforme las circunstancias lo aconsejen, rodeándolo de treinta o cuarenta hombres elegidos por su inteligencia para comunicar una orden, y por su intrepidez para rechazar un ataque. Junto al general estarán la bandera y el trompeta.

»En esta forma dispondré la brigada de la izquierda, o sea, la mitad del ejército, ocupando un espacio de frente de quinientos once brazos y el fondo antedicho, no contando el sitio de las picas extraordinarias destinadas a proteger la impedimenta, que será de unos cien brazos.

»La otra brigada se colocará a la derecha de la anterior, del

mismo modo que he dispuesto la de la izquierda, dejando entre ellas un espacio de treinta brazos, a cuyo frente situaré algunas piezas de artillería, y tras ellas, al general en jefe del ejército, que tendrá junto a él, además de la bandera capitana y del trompeta, lo menos doscientos hombres elegidos, la mayoría a pie, y entre ellos diez o más capaces de ejecutar cualquier orden, armados de modo que puedan ir a caballo o a pie, según sea necesario.

»Para el ataque de plazas bastan al ejército diez cañones, que no deben pasar de un calibre de cincuenta libras, y en campaña me serviré de ellos, mejor para defender los campamentos que durante la batalla. La demás artillería será más bien de calibre de diez que de quince libras, y la pondré al frente de todo el ejército si el terreno no permite que la sitúe en los flancos de un modo seguro y donde no pueda atacarla el enemigo.

»Este orden de batalla permite combatir como las falanges griegas y como las legiones romanas, porque al frente están las picas y la infantería en apretadas filas, de manera que, al venir a las manos con el enemigo, pueden, como las falanges, reemplazar las bajas de la primera fila con los que están detrás. Por otra parte, si la primera línea es rechazada en desorden, puede replegarse a la segunda, ocupando los intervalos entre los batallones que la forman y, unida con éstos, formará un cuerpo sólido para detener el empuje del enemigo y rechazarlo. Si esto no basta, los soldados pueden replegarse a la tercera línea y combatir desde ella; hay, pues, en el modo de pelear y en el de rehacerse algo de la organización griega y de la romana.

»En cuanto a la fortaleza del ejército, no existe formación más sólida, pues de uno a otro extremo está provisto de jefes y de armas, no quedando débil más que la retaguardia, donde están los bagajes y operarios, y aun éstos van flanqueados por un destacamento de picas extraordinarias. El enemigo no puede atacar por ningún punto sin encontrar seria resistencia, pues el

ataque no será por retaguardia a causa de no haber nunca enemigo con fuerza tan numerosas que pueda acometer por todos lados; que, si así fuera, no emprenderíais campaña contra él. Aun siendo tres veces más numeroso que vuestro ejército y tan bien organizado, debilitaría sus líneas al querer envolveros, y, rotas por cualquier punto, todo le saldría mal.

»Respecto a la caballería, aunque la del enemigo fuera mucho más nutrida que la vuestra, podéis estar seguro de que las picas, dispuestas como he dicho, os defenderán del ímpetu de los caballos, aun en el caso de que vuestra caballería fuese batida.

»Los oficiales están colocados de modo que fácilmente pueden recibir y transmitir órdenes.

»El espacio que media entre los batallones y entre las líneas de batalla, no sólo sirve para la concentración de las fuerzas, sino para el paso de los que comunican las órdenes del general.

»Como os he dicho antes, los romanos formaban sus ejércitos de unos veinticuatro mil hombres, y así deben ser éstos; y de igual manera que los soldados auxiliares aprendían a combatir y a maniobrar de las legiones, los que unáis a vuestras dos brigadas deben adiestrarse con su ejemplo e imitar su organización; cosa fácil, porque, aumentando al ejército otras dos brigadas o tantos soldados como forman las dos primeras, basta con duplicar la formación, y donde se colocan diez batallones, a la izquierda poner veinte, engrosando o extendiendo las líneas, según lo exijan la naturaleza del terreno o la índole del enemigo.

LUIS —En verdad, señor, imagino el ejército como si lo viese y experimento ardiente deseo de verlo pelear. No quisiera por nada en el mundo que fuerais en este caso Fabio Máximo, y, como él, procuraseis estar a distancia del enemigo, evitando la batalla, pues en tal caso, peor que hablaba el pueblo romano de

Fabio, hablaría yo de vos.

FABRIZIO —No lo temáis. ¿No oís la artillería? La nuestra ha disparado ya, pero sin causar mucho daño al enemigo. Los vélites extraordinarios y la caballería ligera avanzan y se despliegan atacando con gran furia y gritando cuanto pueden. La artillería enemiga ha hecho una descarga, y sus proyectiles, pasando por encima de nuestros soldados, no han causado daño. Para que no pueda hacer nueva descarga, ved a los vélites y a la caballería que se echan sobre ella y que el enemigo avanza para defenderla, de modo que ni su artillería ni la nuestra pueden ya prestar ningún servicio en la lucha. Ved con cuánto valor combaten los nuestros y con cuánta disciplina, por lo ejercitados que están y por su confianza en las tropas que les siguen, las cuales, a paso regular y llevando a sus flancos los hombres de armas, adelantan contra el enemigo. Ved a nuestra artillería que, para dejar el espacio libre, se retira por el sitio de donde partieron antes los vélites. Ved al general animando a los suyos y mostrándoles segura la victoria. Ved a los vélites y a la caballería ligera yendo y viniendo por los flancos del enemigo para observar si hay por dónde causarle daño.

»Se ha llegado a las manos. Mirad con cuánto valor y cuán silenciosamente ha sostenido nuestro ejército el choque del enemigo y cómo el general ordena a los hombres de armas que se mantengan firmes y no carguen, sin apartarse de la línea de la infantería. Mirad cómo nuestra caballería ligera cae sobre un pelotón de arcabuceros enemigos que iban a atacarnos por el flanco y cómo la caballería contraria viene en su auxilio, de modo que, entremezclados los caballos de ambas fuerzas, no pueden los arcabuceros disparar y retirarse detrás de sus batallones. Mirad con cuánta furia atacan nuestras picas y, cómo, estando ya tan inmediatos los soldados de ambos ejércitos, no pueden manejar esta arma, de manera que nuestras picas, practicando la maniobra que se les ha enseñado, se retiran

lentamente detrás de los escudados. Mirad cómo, entre tanto, un numeroso escuadrón enemigo de hombres de armas rechaza a nuestros hombres de armas de la izquierda, quienes, conforme a las reglas prescritas, se han retirado detrás de las picas extraordinarias, con cuyo auxilio hacen de nuevo frente, rechazan a los adversarios y matan a muchos.

»Entre tanto, todas las picas ordinarias de los primeros batallones se han puesto a retaguardia de las filas de los escudados, dejándoles el cuidado de continuar el combate, y mirad con cuánto valor y cuán segura y fácilmente destrozan al enemigo. ¿No advertís cómo, durante el combate, se han estrechado tanto las distancias que apenas se puede manejar la espada? El enemigo combate con denuedo, pero armado con picas y espadas, inútiles aquéllas por demasiado largas e ineficaces éstas por las armas defensivas del adversario, unos caen heridos o muertos y otros huyen. La fuga ha empezado por la derecha, continúa por la izquierda y la victoria es nuestra. ¿No ha sido un felicísimo combate? Pues más glorioso sería si se me permitiera realizarlo. Y habéis observado que no ha sido preciso empeñar en la batalla la segunda y la tercera líneas del ejército: ha bastado para vencer la que formaba el frente. En este punto nada más he de deciros, salvo aclarar cualquier duda que tengáis.

Luis —Habéis descrito la batalla y la victoria con tanta viveza, que, admirado y estupefacto, no sé si acertaré a explicar alguna duda; confiando, sin embargo, en vuestra prudencia, me atreveré a decir lo que pienso. Decidme primeramente: ¿por qué vuestra artillería dispara una sola vez y ordenáis en seguida retirarla a retaguardia, sin hacer después mención de ella?

»Paréceme, además, que colocáis la del enemigo a vuestro gusto, haciéndola disparar alto, lo que muy bien podría suceder; pero si ocurre, y creo que ello ocurrirá con frecuencia, que sus

proyectiles rompan vuestras líneas, ¿qué remedio pondréis?

»Y puesto que he empezado a hablar de la artillería, concretaré estas preguntas a dicha arma para no referirme más a ella. He oído a muchos desdeñar el orden de batalla y las armas de los antiguos, diciendo que hoy de poco o nada servirían a causa de la artillería que destroza las líneas y traspasa las armas defensivas, siendo locura aconsejar una organización sin defensa contra estos ataques y fatigarse con el peso de unas armas que no garantizan la vida.

FABRIZIO —Vuestra pregunta necesita, por abrazar varios objetos, larga contestación. Verdad es que no he hecho disparar a la artillería sino una sola vez, e incluso dudé que disparase. La causa de ello consiste en importar más no recibir los proyectiles del enemigo que herir a éste con los nuestros. Ya habéis oído que para preservarse de la artillería es necesario estar fuera de su alcance o ponerse detrás de murallas o de trincheras; y aun en este caso es preciso que sean muy resistentes. Los generales resueltos u obligados a librar batallas no pueden estar detrás de murallas o de trincheras, ni situar sus tropas fuera del alcance de la artillería. No habiendo, pues, medio de defensa, conviene encontrar uno para aminorar la ofensa, y no hay otro que el de apoderarse de los cañones lo más pronto posible, para lo cual conviene precipitarse sobre ellos en orden abierto y no a paso mesurado y en masas compactas; porque la presteza en el ataque le impide repetir los disparos y el orden abierto, herir a muchos hombres. Este medio no es practicable para un cuerpo de ejército formado en batalla, porque, si camina deprisa, se desordena, y si va en orden abierto, evita al enemigo el trabajo de romperlo, rompiéndose por sí mismo.

He organizado mi ejército para poder hacer ambas cosas, colocando en los extremos de la línea de batalla mil vélites ordinarios, y mandándoles que, en unión de la caballería ligera,

se arrojen sobre la artillería enemiga tan pronto como la nuestra haya disparado. Retiro mi artillería para no dejar tiempo a la enemiga de volver a disparar, pues no podría yo tenerlo y quitárselo al contrario. No permito que mi artillería haga un segundo disparo para impedir que lo efectúe también la enemiga, y aun, si es posible, que no dispare ni una sola vez. La única manera de inutilizarla es echarse sobre ella, porque si el enemigo la abandona, cae en vuestro poder, y si la defiende, ha de retirarla, de forma que, en cualquiera de ambos casos, no puede disparar.

»Paréceme que estas razones no necesitan ser apoyadas con ejemplos; puedo, sin embargo, presentar algunos de la Antigüedad. Al dar una batalla Ventidio contra los partos, cuyas principales armas eran los arcos y las flechas, les dejó llegar hasta las inmediaciones del campamento antes de sacar el ejército, a fin de empeñar el combate cuerpo a cuerpo sin que pudieran disparar las flechas. César refiere que, en una batalla contra los galos, le atacaron éstos con tanta presteza, que los suyos no tuvieron tiempo para disparar los dardos, según la costumbre romana. Es, pues, evidente que para evitar en campaña los efectos de un arma que se dispara de lejos, el único medio consiste en apoderarse de ella lo más pronto posible.

»Para marchar contra el enemigo sin disparar la artillería, tengo otra razón que acaso os inspire risa, aun cuando no me parece despreciable. Lo que más ocasiona confusión en un ejército es impedir la vista a los soldados, y muchas valerosísimas tropas han sido derrotadas porque el sol o el polvo no les dejaban ver. Lo que más estorba a la vista es el humo de los disparos de artillería, y paréceme preferible dejar al enemigo cegarse con el humo de sus cañones que ir a su encuentro sin verlo. No prescindiré, sin embargo, de la artillería (lo cual sería desaprobado, vista la reputación de esta arma), pero la emplazaré en los extremos de la línea de batalla, para

que, con el humo, no ciegue a los soldados del frente del ejército, cosa para mí de la mayor importancia. En prueba de lo temible que es este peligro, citaré el ejemplo de Epaminondas, quien, para cegar al enemigo que venía a atacarle, hizo galopar a su caballería ligera por delante del frente de batalla de los contrarios a fin de que la polvareda levantada por los caballos les impidiera ver, con lo cual obtuvo la victoria.

»En cuanto a lo que decís de haber colocado la artillería enemiga a mi gusto, haciendo que pasen sus proyectiles por encima de mis soldados, responderé que, de ordinario, la artillería pesada no causa daño a la infantería, porque el blanco que ésta presenta es bajo y la puntería, difícil. A poco que la levantéis pasan los proyectiles por encima de los soldados, y a poco que la bajéis dan en tierra antes de llegar al enemigo. Otro obstáculo a la puntería es la desigualdad del terreno, pues impiden hacerla bien cualquier matorral o eminencia entre los cañones y la infantería. La caballería, y especialmente los hombres de armas, por ser su formación más compacta que la de la caballería ligera y por su mayor altura, es más fácil dañarla con la artillería, si bien se evita el daño teniéndolos a retaguardia del ejército hasta que cesen los disparos.

»Indudablemente, los arcabuces y la artillería ligera causan mucho más daño que la pesada, y el mejor medio de evitarlo es llegar cuanto antes al cuerpo a cuerpo. Si el primer choque cuesta la vida a algunos soldados, debe tenerse en cuenta que siempre ha de haber muertos, y que un buen capitán y un buen ejército no han de temer el daño particular, sino el general. Dignos de imitación son en esto los suizos, que jamás rehúsan combatir por temor a la artillería, castigan con la pena capital a quien se atreva, por tal causa, a abandonar las filas o dar cualquier señal de miedo. Hago retirar mi artillería a la espalda del ejército después de la primera descarga para que deje libre el paso a los batallones, y no hablo más de ella por ser innecesaria,

una vez entablado el combate.

»Habéis añadido que muchos juzgan inútiles las armas y el orden de batalla de los romanos contra la violencia de la artillería, y, al oíros, podría creerse que modernamente hemos inventado una organización militar y unas armas que sean eficaces contra los cañones. Si lo sabéis, os agradeceré que me lo digáis, porque hasta ahora no conozca ninguna, y dudo que pueda hacerse tal descubrimiento. Quisiera que me dijesen quienes aseguran eso por qué razón nuestra infantería usa coraza o coselete de hierro y la caballería, armadura completa, pues si condenan como inútil el armamento antiguo a causa de la artillería, lo mismo deben condenar éste. Quisiera saber también los motivos de hacer los suizos, imitando la antigua organización militar, un cuerpo compacto de seis u ocho mil infantes y por qué las demás naciones siguen su ejemplo, siendo este orden de batalla tan expuesto a sufrir el daño de la artillería como cualquier otro de los antiguos que ahora se imiten.

»No sé lo que me responderían, pero si preguntáis a cualquier militar juicioso, os dirá que los soldados llevan las citadas armas defensivas porque, si no les libran de las balas de los cañones, los defienden de las ballestas, las picas, las espadas, las piedras y todas las demás armas de que se valga el enemigo; dirán también que usan la formación en masas, como los suizos, para poder rechazar la infantería, resistir el choque de la caballería con más vigor y presentar mayores obstáculos a quien quiera romper sus filas.

»Se ve, pues, que los soldados han de temer otras muchas cosas además de la artillería, de las cuales se defienden con las armas y practicando las reglas establecidas; de donde se deduce que cuanto mejor armado está un ejército y su formación es más compacta y unida, está más seguro. Quienes, por tanto, tengan la opinión que habéis manifestado, o son gentes de escasa

prudencia o han meditado poco estos asuntos, pues si vemos que la más pequeña parte del armamento antiguo usado hoy, esto es, la pica, y la menor parte de su organización, que es la de las brigadas suizas, hacen tanto bien y fortalecen tanto nuestros ejércitos, ¿por qué no hemos de creer en la utilidad de las demás armas y ordenanzas caídas en desuso? Si no nos cuidamos de la artillería para adoptar la formación en masa de los suizos, ¿cuál otra de las antiguas podrá aumentar el peligro? Sabido es que ninguna formación resulta tan expuesta al daño de la artillería como la que estrecha las filas de los soldados.

»Además, si no me asusta la artillería enemiga para acampar junto a una plaza fuerte desde donde me ofende con mayor seguridad, pues, protegida por los muros, no puedo apoderarme de ella y sí sólo, al cabo de tiempo, contestar con mis cañones a los de la plaza, ¿por qué la he de temer en campo abierto, donde hay medio de quitársela al enemigo? Creo, pues, que la artillería no es impedimento para practicar las ordenanzas antiguas y mostrar las antiguas virtudes. Si no hubiera hablado ya otra vez de este asunto, lo haría ahora con más extensión; pero me atengo a lo que entonces dije.

LUIS —Hemos comprendido perfectamente cuanto habéis dicho acerca de la artillería, demostrando, en suma, que el mejor remedio contra sus disparos consiste en apoderarse de ella lo más pronto posible, estando en campaña y frente a un ejército. Pero tengo una duda. Paréceme que el enemigo puede colocar su artillería en los flancos de sus fuerzas y resguardarla con la infantería de modo que pueda causaros daño, sin peligro de ser atacada. Al formar vuestro ejército en batalla habéis dejado, si no recuerdo mal, intervalos de cuatro brazos entre cada batallón y otros de veinte entre los batallones y las picas extraordinarias. Si el enemigo forma de igual modo su ejército y pone la artillería en dichos intervalos, creo que desde ellos podrá causar daño a vuestras tropas con grandísima seguridad,

por ser muy difícil penetrar en sus filas para apoderarse de los cañones.

FABRIZIO —La duda está perfectamente justificada y procuraré disiparla remediando el citado peligro. He dicho que los batallones están en continuo movimiento, tanto en las marchas como en las batallas, y tienden naturalmente a unirse, de modo que si hacéis estrechos los intervalos donde colocáis la artillería, al poco tiempo quedan cerrados y los cañones no pueden disparar, y si, para evitar este inconveniente, los hacéis demasiado anchos, incurrís en otro peligro aún mayor, facilitando al enemigo entrar por ellos, no sólo para apoderarse de la artillería, sino para desordenar las líneas. Sabed, además, que no puede situarse entre filas la artillería, sobre todo la que va en carros, porque, caminando en sentido opuesto al que dispara, si os veis obligado a marchar y tirar a la vez, para disparar necesitáis volver los cañones, y esta operación exige tan grande espacio, que cincuenta carros de artillería desorganizarían cualquier ejército. Por eso es necesario tenerla fuera de las filas, donde puede ser atacada del modo que hace poco dije.

»Pero supongamos la posibilidad de que esté entre filas, eligiendo un término medio en el intervalo, para evitar que, por pequeño y por la tendencia de la infantería a unir las filas, le impida disparar, y, por espacioso, deje penetrar al enemigo: en tal caso, el remedio consiste en abrir un espacio igual en vuestro ejército que deje a las balas libre paso e inutilice su violencia, cosa fácil de practicar, pues si el enemigo quiere que su artillería esté segura ha de situarla al final del intervalo, y, para no herir a sus soldados, disparar constantemente en línea recta, de suerte que, con dejar paso a los proyectiles, se conjura el peligro. Por regla general ha de dejarse vía libre a todo lo que no se puede resistir, como se hacía en la Antigüedad con los elefantes y con los carros armados de hoces.

»Creo, estoy casi seguro, que os parece he arreglado una batalla y conseguido una victoria a mi antojo; pero si no basta a convenceros cuanto hasta ahora he dicho, repetiré que un ejército ordenado y armado como he propuesto, necesariamente derrotará en el primer encuentro a cualquier otro ejército organizado como lo están los modernos, los cuales ordinariamente sólo tienen un cuerpo de batalla, no llevan escudados y van tan desprovistos de armas defensivas, que les es imposible resistir los golpes del enemigo cuando ataca cuerpo a cuerpo. El orden de batalla es tan defectuoso que, si enfilan los batallones unidos por los flancos, forman una línea sin profundidad; y si se colocan uno detrás de otro, como no están formados para que entren en las filas de los de atrás los de delante, la confusión primero, y el desorden después, se producen con la mayor facilidad. Y aunque estos ejércitos estén divididos en tres cuerpos con los nombres de vanguardia, batalla y retaguardia, la división sólo la practican en las marchas o en los campamentos, pues en las batallas todos atacan a la vez y procuran lograr en el primer choque la victoria.

LUIS —He advertido también en la batalla por vos descrita que vuestra caballería fue rechazada por la enemiga, retirándose para buscar apoyo en las picas extraordinarias, con el cual contuvo y rechazó al enemigo. Creo que las picas pueden contener a la caballería, como habéis dicho, pero sólo cuando forman batallones cerrados y fuertes como los de los suizos; pero en vuestro ejército sólo colocáis al frente cinco filas de picas y a los flancos, siete, de modo que no sé cómo puedan resistir el choque de la caballería.

FABRIZIO —Ya os he dicho que en la falange macedónica sólo eran eficaces a la vez para la resistencia las seis primeras filas de picas: sabed también que en un batallón suizo, aunque tuviese mil filas de fondo, sólo pueden obrar contra el enemigo cuatro, o a lo más, cinco. Las picas son de nueve brazos de largo, brazo

y medio lo ocupan las manos para sostenerlas, y en la primera fila quedan libres siete brazos y medio. En la fila segunda, además del espacio ocupado por las manos, se pierde brazo y medio en la distancia entre las dos filas, y sólo quedan útiles seis brazos de pica; en la fila tercera, por igual motivo, sólo hay aprovechables cuatro brazos y medio, tres en la cuarta y uno y medio en la quinta. Las demás filas son inútiles para herir al enemigo, pero sirven para ir reemplazando a los que caen en las primeras, según dijimos oportunamente, y como barbacana de las cinco.

»Si, pues, cinco de estas filas resisten el choque de la caballería, ¿por qué no han de resistirlo cinco de las nuestras, a las cuales no faltan filas detrás que las sostengan y presten igual apoyo, aunque no tengan picas, como las de los suizos?

»En cuanto a las filas de picas extraordinarias que sitúo en los flancos del ejército y que os parecen muy débiles, fácil es formarlas en cuadro y ponerlas a los flancos de los dos batallones colocados en la última línea del ejército, desde cuyo sitio pueden acudir igualmente en apoyo del frente y de la retaguardia del ejército y prestar ayuda a la caballería, según las circunstancias lo exijan.

LUIS —¿Emplearíais siempre el mismo orden de batalla en todos los casos?

FABRIZIO —En manera alguna. Hay que variar el orden con arreglo a las condiciones del sitio y a la calidad y cantidad del enemigo, como se demostrará con algunos ejemplos antes de terminar esta conversación. He presentado este orden de batalla, no como superior a los otros, aunque sea excelente, sino para que sirva de regla al hacer variaciones. Todas las ciencias tienen sus principios generales que les sirven de fundamento. Insisto, sin embargo, en recordaros que ordenéis siempre el ejército de modo que los combatientes de las primeras filas

puedan ser apoyados por los que están detrás, pues quien hace lo contrario inutiliza la mayor parte de su ejército, y, si tropieza con seria resistencia, no puede vencer.

Luis —En este punto tengo una duda. En vuestro orden de batalla ponéis cinco batallones al frente, tres detrás y dos en la última línea. Creo sería mejor hacer lo contrario, pues me parece más difícil derrotar un ejército cuando el enemigo, a medida que vaya avanzando, encuentre mayor resistencia, y, con vuestro sistema, cuanto más penetrara la hallará más débil.

Fabrizio —Recordad a los triarios que formaban la tercera línea en la legión romana, siendo sólo seiscientos hombres, y dudaréis menos si os acordáis cómo estaban formados. Siguiendo este ejemplo, he colocado en la tercera línea dos batallones, o sea, novecientos soldados, de modo que, al imitar la formación romana, he puesto más bien más que menos soldados en esta línea. Y aunque el ejemplo es convincente, diré, además, el motivo en que me fundo.

»La primera línea del ejército se forma espesa y sólida, porque es la que sostiene el empuje del enemigo y no ha de recibir refuerzos. Conviene, pues, organizarla con numerosos soldados, pues si son pocos, las filas resultarían flacas y espaciadas por falta de número. La segunda línea, destinada más bien a recibir a la primera, si es rechazada, que a afrontar al enemigo, debe tener grandes intervalos, y por eso conviene que sea de menor número que la primera; porque si fuera de número mayor o igual, o no podría dejar intervalos, lo cual ocasionaría confusión, o, dejándolos, sería de mayor extensión que la primera, constituyendo un orden de batalla imperfecto.

»No es exacto lo que habéis dicho de que el enemigo cuanto más penetra en mi ejército lo halla más débil, porque no puede combatir con la segunda línea sin que a ésta se haya unido la primera, de modo que la encuentra más fuerte y no más débil,

teniendo que combatir con las dos primeras líneas reunidas. Lo mismo le sucederá si llega a la tercera línea, pues no sólo tendrá que batirse en ella con los dos batallones de tropas descansadas que la forman, sino con todos los de la brigada. Como esta línea es la destinada a recibir los batallones de las dos primeras, conviene que esté muy espaciada y sea menor que en aquéllas el número de soldados.

LUIS —Me satisface esta explicación. Pero permitidme una pregunta. Si los cinco batallones de la primera línea se unen a los tres de la segunda, y después los ocho a los dos de la tercera, ¿cómo es posible que los ocho primero y los diez después ocupen el mismo espacio que los cinco del frente de batalla?

FABRIZIO —En primer lugar, no es el mismo espacio, porque los cinco batallones de la primera línea tenían entre sí cuatro intervalos y los ocupan al retirarse hacia los tres de la segunda línea y hacia los dos de la tercera. Queda aún el espacio que media entre dos brigadas y el que hay entre dos batallones y las picas extraordinarias, y todos estos intervalos forman bastante extensión. Añádase a esto que los batallones no ocupan el mismo espacio cuando están formados antes de la batalla que cuando el combate los desordena, porque en este caso, o estrechan las filas o las desparraman. Sucede esto último cuando el temor les obliga a huir; y lo primero cuando creen que su salvación está no en la fuga, sino en la defensa, la cual pueden hacer uniéndose, no dispersándose.

»Añádase a esto que las cinco filas de picas que están delante, una vez empeñada la lucha cuerpo a cuerpo, se retiran por los intervalos de los batallones a retaguardia, para dejar espacio a las maniobras de los escudados, y de estas picas puede servirse el general para lo que crea oportuno, pues mezcladas con la demás infantería en el tumulto de la lucha, serían ineficaces. Resulta, pues, que los espacios dispuestos en las tres

líneas de batalla son suficientes para contener al remanente de los soldados de las dos primeras. En último caso, si no fueran bastantes los flancos del ejército, no los forman muros, sino hombres, y a ambos lados pueden extenderse y ocupar el terreno necesario para todos los combatientes.

LUIS —Las filas de picas extraordinarias que ponéis en los flancos del ejército, ¿deben permanecer en su puesto cuando los batallones de la primera línea se retiran a la segunda, formando como dos cuernos al frente del ejército, o se retiran al mismo tiempo que los batallones? En este caso, no teniendo detrás filas espaciadas que las reciban, ¿qué deben hacer?

FABRIZIO —Si el enemigo no las combate cuando obliga a los batallones de la primera línea a retirarse, pueden permanecer en su puesto y combatir al contrario por los flancos después de la retirada de la primera línea; pero si son atacadas, como es de presumir, al ser el enemigo bastante fuerte para rechazar los batallones, deben retirarse; lo cual harán facilísimamente, por no tener a su espalda filas que las reciban, debiendo doblar el fondo y entrar en línea recta unas filas entre las otras, como expliqué al hablar del modo de doblar las filas. Cierto es que para doblar el fondo, marchando en retirada, se emplea un método distinto del explicado; porque dije que la segunda fila debía entrar en la primera y la cuarta en la tercera y así sucesivamente, y en este caso no se ha de comenzar por las primeras filas, sino por las últimas, de manera que, al doblarse las filas, en vez de avanzar, se retiren.

»Para responder a cuantas objeciones podáis hacerme respecto a la explicada batalla, repetiré que mi organización del ejército y lo dicho respecto a la manera de combatir se funda en dos razones: una, demostrar cómo se ordena en batalla; otra, cómo se ejercita. De lo primero no creo que tengáis duda alguna. Respecto a los ejercicios, sostengo que deben hacerse

cuantas más veces sea posible reuniendo los batallones, pues así aprenderán los oficiales a mandarlos y los soldados a desempeñar cada cual su misión en las filas. Si esto es necesario, lo es también que los oficiales sepan todas las maniobras generales y se acostumbren a obedecer las órdenes del general en jefe.

»Conviene, por tanto, aprendan a reunir los batallones, a ocupar rápidamente cada cual su sitio y que la bandera de cada batallón tenga ostensiblemente el número que le corresponde, porque esto facilita la transmisión de las órdenes del general y permite a capitanes y soldados reconocerse mutuamente. Las brigadas han de estar también numeradas y llevar su número en la bandera principal. Es preciso saber perfectamente los números de las brigadas que forman los extremos izquierdo y derecho de la línea de batalla, y también el de cada uno de los batallones situados al frente, en el centro y en otros sitios.

»Los números han de ser igualmente signos correlativos que indiquen los empleos en el ejército; por ejemplo, el número primero será el de los decuriones; el segundo corresponderá al jefe de cincuenta vélites ordinarios; el tercero, al centurión; el cuarto, al jefe del primer batallón; el quinto, al del segundo; el sexto, al del tercero, y así sucesivamente hasta el décimo batallón, cuyo jefe será inmediatamente inferior al que mande la brigada. A este cargo no se podrá llegar sin haber pasado por todos los anteriores.

»Como además de estos jefes tenemos tres condestables de picas extraordinarias y dos de vélites extraordinarios, les daría el grado de condestables o jefes del primer batallón, sin que me procupe de tener seis jefes de igual graduación porque habría entre ellos más estímulo para obtener el empleo inmediato.

»Sabiendo cada uno de estos jefes el lugar en que debe ser colocado su batallón, una vez enarbolada en su sitio la bandera

capitana, bastarán los toques de trompeta para que todos acudan al que les corresponde. Este ejercicio de acostumbrarse a formar en orden de batalla es el principal de todos, y por ello conviene practicarlo diariamente y varias veces por día, acostumbrándose a hacer, deshacer y rehacer la formación.

LUIS —¿Qué otras señales, además del número, deben tener, en vuestra opinión, las banderas?

FABRIZIO —La del general debe llevar las armas del soberano; las otras pueden tenerlas también variando el campo, o ponerles otra señal, como mejor parezca a aquél a quien pertenezca el ejército, porque esto importa poco, con tal de que se conozca la diferencia entre ellas.

»Pasemos al segundo ejercicio: consiste en poner en movimiento el ejército con paso mesurado y sin perder el orden de formación. El tercero ha de ser maniobrar como en el campo de batalla, haciendo disparar la artillería y retirarla; avanzar los vélites extraordinarios, y después de un simulacro de combate, retirarlos; hacer que los batallones de la primera línea, como si fueran rechazados, se retiren a los intervalos de la segunda y después los de la primera y la segunda a la tercera, desde la cual cada uno volverá a ocupar su primitivo sitio. El cuarto ejercicio debe dedicarse a conocer, por los toques de las trompetas y por las banderas, las órdenes de mando de los jefes, pues las que se den de viva voz se comprenden desde luego sin necesidad de señales.

»Dada la importancia que tienen los toques de trompeta para transmitir las órdenes, os referiré los que se usaban en la Antigüedad. Dice Tucídedes que los lacedemonios empleaban en sus ejércitos las flautas, por creer que sus sonidos eran los más a propósito para que los soldados maniobraran, no con precipitación, sino con calma. Por igual motivo usaban los cartagineses el bistro al empezar el ataque. Aliatos, rey de los

lidios, se valía de sistros y flautas, pero Alejandro Magno y los romanos prefirieron los cuernos y las trompetas, por creer que con tales instrumentos enardecían más el ánimo de sus soldados y les excitaban a combatir con mayor valor.

»Pero de igual manera que para armar nuestro ejército hemos apelado a las armas de los griegos y de los romanos, imitaremos también a estos pueblos en la distribución de los instrumentos, haciendo que junto al general en jefe esté la trompeta, como a propósito, no sólo para excitar el valor de los soldados, sino porque su sonido se oye a través del mayor ruido.

»Junto a los jefes de brigada y de batallón pondría flautas y tamboriles, para que tocasen, no como tocan ahora, sino como se acostumbra tocarlos en los festines. El general ordenaría con los toques de trompeta cuándo se debía hacer alto, avanzar o retirarse, cuándo habían de disparar la artillería o moverse los vélites extraordinarios, y, en fin, todas las maniobras que cabe mandar por medio de toques, y los tamboriles los repetirían en seguida. Como este ejercicio es muy importante, conviene practicarlo mucho. La caballería ha de llevar también trompetas, pero menos fuertes y de diferente sonido que las del general.

»Esto es cuanto se me ocurre respecto al orden de batalla y a los diversos ejercicios de las tropas.

Luis —Os ruego me expliquéis, si no os molesta, por qué razón hacéis atacar furiosamente y con grandes gritos a los vélites extraordinarios y a la caballería ligera, y el resto del ejército debe acometer silenciosamente, pues no comprendo el motivo de la diferencia.

Fabrizio —En la Antigüedad, los generales opinaban de distinto modo sobre si se debía atacar al enemigo rápidamente y dando grandes gritos, o despacio y en silencio. Este último sistema mantiene mejor el orden de formación y permite oír los toques y las voces de mando, y el primero sirve para enardecer a

los soldados. Como ambas ventajas son importantes, hago atacar a unos con gran ruido y a otros silenciosamente. No creo que el gritar de continuo sea beneficioso, pues impide oír las órdenes, y esto es muy peligroso. No es probable que los romanos, después del primer ataque, continuaran gritando, pues se leen con frecuencia en su historia frases y exhortaciones de los generales para detener a los soldados que huían, y para hacer cambios en el orden de batalla durante el combate, cosa imposible si los gritos de los soldados cubrieran la voz del general.

# Libro cuarto

Peligro de extender demasiado el frente del ejército. — Elección del terreno según sea el enemigo más o menos numeroso. — Debe elegirse el sitio más alto, procurando que no ofendan el sol y el viento. — Cómo se ha de ordenar el ejército cuando es inferior al enemigo en caballería. — Por qué los buenos generales oponen la parte más fuerte de su ejército a la más débil del enemigo y a la más vigorosa de éste la menos resistente suya. — Ejemplo de Escipión contra Asdrúbal. — De cómo se envuelve al enemigo, teniendo ejército más numeroso que el suyo. — Manera de asegurar la retirada. — Ataque al enemigo por el flanco. — Aníbal y Escipión ordenaban de distinto modo su ejército. Por qué Escipión ponía los astarios en los extremos de la línea de batalla. — Carros con hoces de los asiáticos. — De cómo se defendió Sila contra Arquelao. — Estratagemas, asechanzas y demás recursos de esta índole. — Ejemplos antiguos y modernos. — Dificultades para contener un ejército en fuga y obligarlo a pelear. — Procedimientos empleados por los grandes capitanes. — De cómo, venciendo, se debe sacar el mejor partido de la victoria y, vencido, hacer que la pérdida sea menos dañosa. — Formación del ejército en cuña y manera de contrarrestarla. — Precauciones que debe tomar un general antes de empeñar la batalla. — No ha de empeñarla sino por necesidad o con manifiesta ventaja. — Ejemplos tomados de los más famosos capitanes de la Antigüedad. — Debe llevar consigo un consejo de hombres peritísimos en la guerra. — No puede evitarse la batalla si el enemigo está resuelto a combatir. — Ejemplos. — Cómo se contiene a los soldados deseosos de combatir aun con desventaja; cómo se les alienta cuando no quieren pelear. — De las arengas militares. — El buen general debe saber hablar a los soldados. — La religión sirve para predisponer bien los ánimos en el ejército. — Ejemplos. — Ventaja de poner a los soldados en la necesidad de combatir. — Confianza en el general. — Amor a la patria.

LUIS —Puesto que bajo mis órdenes acaba de ganarse una victoria tan honrosa, me parece prudente no tentar más a la fortuna, sabiendo cuán inestable y caprichosa es. Abdico, pues, la dictadura y dejo a Zanobi[35] el cuidado de preguntar, por corresponderle, siguiendo el orden de edad. Bien sé que no

rehusará este honor, o, mejor dicho, este trabajo, primero por complacerme y además porque, siendo naturalmente más valeroso que yo, no temerá acometer una empresa en la cual lo mismo puede vencer que ser vencido.

ZANOBI —Haré lo que me digáis, aunque preferiría seguir de oyente, pues me han agradado más vuestras preguntas que las que se me ocurrían al escuchar la conversación. Perdonad, señor Fabrizio, si os hacemos perder tiempo y consumir la paciencia.

FABRIZIO —Me causáis, al contrario, gran placer, porque el cambio de personas encargadas de preguntar me da a conocer vuestro ingenio y vuestras respectivas aptitudes. ¿Os queda alguna duda respecto al asunto tratado?

ZANOBI —Dos preguntas deseo haceros antes de pasar a otra cosa. La primera que nos digáis si hay alguna otra manera de organizar los ejércitos, y la segunda qué precauciones debe tomar un general antes de entablar la batalla y cómo se remediarán los accidentes ocurridos durante la lucha.

FABRIZIO —Procuraré satisfaceros. No respondo separadamente a ambas preguntas, porque, al hacerlo a una de ellas, observaréis que lo hago también a la otra.

»Ya os he dicho que al proponeros determinado orden de batalla se podían hacer en él las modificaciones que la clase de enemigo y la naturaleza del terreno aconsejaran, porque en tales casos se procede conforme al enemigo y al sitio. No olvidéis, sin embargo, que lo más peligroso es dar demasiada extensión al frente del ejército, como no se cuente con numerosa y valerosísima tropa. En caso contrario, conviene preferir la línea de batalla profunda y poco extensa a la larga y débil. Cuando vuestras fuerzas sean inferiores a las del enemigo, se han de buscar también otras defensas, como la de apoyar el ejército en un río o un terreno pantanoso, para evitar ser envuelto, o

resguardar sus flancos con fosos como hacía César en las Galias.

»En general, se debe alargar o estrechar el frente de batalla, según el número de vuestras fuerzas y de las del enemigo; si las de éste son inferiores, deben preferirse las llanuras extensas, sobre todo si el ejército está bien disciplinado, a fin de poder, no sólo desplegar cómodamente las líneas, sino también envolver al enemigo, pues en terreno desigual y montañoso, donde sea imposible desarrollar las fuerzas, ninguna ventaja produce la superioridad de éstas. De aquí que los romanos casi siempre buscaban terreno llano para pelear y se apartaban del montañoso.

»Debe hacer lo contrario el que tenga pocas tropas o mal ejercitadas, pues necesita pelear en posiciones donde el corto número pueda resistir o la falta de experiencia no perjudicar.

»Conviene también ocupar el sitio más elevado, para acometer con más violencia, pero cuidando que no sea al pie de una montaña o de sus estribaciones, por donde pueda venir el ejército contrario, porque, en tal caso, su artillería te ocasionará cómodamente mucho daño, sin que puedas evitarlo ni contrarrestarla con la tuya, a causa de la posición más elevada en que se encuentra.

»También debe procurar quien va a dirigir una batalla que ni el sol ni el viento hieran de frente a sus soldados, porque uno y otro perturban la vista, aquél con los rayos y éste con el polvo. El viento, además, contrarresta el ímpetu de las armas arrojadizas, disminuyendo la violencia del golpe. En cuanto al sol, no sólo hay que evitar que hiera de frente al prepararse al combate, sino también que esto suceda cuando avance el día, para lo cual conviene tenerlo a la espalda al formar en batalla, a fin de que transcurra el mayor tiempo posible antes de dar de frente. Esta precaución la tomó Aníbal en Cannas y Mario en la batalla contra los cimbrios.

»Si vuestro ejército fuera muy inferior en caballería, formadlo entre viñas, árboles u otros obstáculos de esta índole, como lo hicieron los españoles cuando, en nuestros tiempos, derrotaron a los franceses en Ceriñola, en el reino de Nápoles[36]. Se ha visto muchas veces, teniendo las mismas tropas, convertirse un ejército de vencido en vencedor, con sólo variar el sitio y el orden de batalla. Así sucedió a los cartagineses, quienes, derrotados varias veces por Marco Régulo, fueron al fin victoriosos, cuando, por consejo del lacedemonio Xantippo, bajaron a la llanura, donde con su caballería y sus elefantes vencieron a los romanos.

»He observado en la historia de los generales más célebres que, al ver reforzar al enemigo un lado de su línea de batalla no le han opuesto la parte más fuerte, sino la más débil de la suya, situando la de mayor fuerza frente a la enemiga que lo es menor. Comenzada la batalla, ordenaban que la parte de su línea más fuerte se limitara a sostener el choque, sin atacar a los contrarios y a la más débil, que se dejara vencer, retirándose a la última línea del ejército. Esta maniobra ocasiona dos grandes daños al enemigo: uno el quedar envuelta la mejor parte de su ejército, y otro que, creyendo inmediata la victoria, casi siempre se desordena, lo que precipita su ruina. Cornelio Escipión, cuando guerreaba con el cartaginés Asdrúbal en España, ponía ordinariamente las legiones, sus mejores tropas, en el centro de la línea de batalla; pero supo que Asdrúbal había tenido noticia de ello y quería imitarle, y al preparar una nueva batalla, situó las legiones en los extremos de su línea y en el centro, sus tropas más débiles. Ordenó a éstas avanzar despacio y a las de los extremos adelantarse rápidamente. Empeñado el combate en los extremos de las líneas, sin llegar a las manos los que ocupaban el centro, sino que se mantenían a bastante distancia, alcanzó Escipión, por emplear sus mejores tropas contra las peores del enemigo, una brillante victoria.

»Esta estratagema, provechosa entonces, no lo sería ahora a causa de la artillería, porque el espacio que separase el centro de ambas líneas permitiría disparar los cañones repetidas veces, cosa muy perjudicial, como antes he dicho. Hay, pues, que renunciar a esta maniobra y proceder como he explicado, empeñando el combate en toda la línea y haciendo ceder a la parte más débil.

»El general que dispone de fuerzas superiores a las del enemigo, si quiere envolverlo sin que éste lo advierta a tiempo de poderlo evitar, formará su ejército con igual frente que el contrario, y, empeñada la lucha, procurará que poco a poco se retire el centro y avancen los extremos, con lo cual el enemigo quedará envuelto, sin poderlo sospechar ni evitar.

»Quien quiera dar una batalla con la casi certeza de no ser derrotado, coloque su ejército en donde tenga refugio inmediato y seguro, como un terreno pantanoso, una montaña o una plaza fuerte. En tal caso, el enemigo no puede seguirle, aunque venza, y en cambio, si no triunfa, será perseguido. A este recurso apeló Aníbal cuando empezó a serle contraria la fortuna y temía el valor de Marco Marcelo.

»Para desordenar las líneas enemigas han apelado algunos a que las ataquen las tropas ligeras, y, empezada la batalla, se retiren a sus puestos. Después, cuando ambos ejércitos vienen a las manos y la lucha se generaliza, las hacen salir por los flancos y acometer de nuevo al enemigo, desordenándolo y venciéndolo. El que es inferior en caballería, además de los recursos ya dichos, tiene el de poner detrás de sus caballos un batallón de picas y ordenar que, empeñado el combate, abra la caballería paso a las picas, con lo cual dominará siempre al enemigo. Otros, finalmente, adiestran algunos soldados de infantería a combatir entre los caballos, siendo poderoso auxilio para la caballería.

»De todos los generales, los más elogiados por la manera de disponer sus ejércitos para dar batalla, son Aníbal y Escipión, cuando combatieron en Zama. Aníbal mandaba un ejército formado de cartagineses y auxiliares de varias comarcas. Puso al frente de él ochenta elefantes, detrás de ellos a las tropas auxiliares, seguidas de los cartagineses, y en último lugar a los italianos, de quienes desconfiaba. Ordenó así el ejército porque los auxiliares, teniendo delante al enemigo y a la espalda a los cartagineses, no podían huir, y obligados a pelear, habían de rechazar o al menos cansar a los romanos. Hecho esto con sus tropas frescas, alcanzaría fácilmente la victoria contra un enemigo ya fatigado. Frente al ejército de Aníbal dispuso el suyo Escipión colocando los astarios, los príncipes y los triarios según la costumbre romana, para concentrarse unas líneas en otras y apoyarse mutuamente. En el frente de su línea de batalla hizo muchos intervalos, y para que no los viera el enemigo y creyese sólidamente unida toda la línea, los cubrió con vélites, ordenándoles que retrocedieran al acercarse los elefantes, y por los intervalos ordinarios de las legiones se pusieran detrás de ellas, dejando paso a los paquidermos; así se libró de la impetuosidad de estos animales y, al llegar a las manos, logró la victoria.

ZANOBI —Al hablarnos de esa batalla me habéis hecho recordar que Escipión, durante el combate, no mandó retirar la línea de los astarios para incorporarla a la de los príncipes, sino que la dividió: colocó cada parte en los extremos de la línea de batalla, dejando así espacio a los príncipes para que avanzaran. ¿Queréis decirme la causa de no observar en este caso la habitual ordenanza?

FABRIZIO —Os la diré. Lo mejor de su ejército lo había puesto Aníbal en la segunda línea, y Escipión, para oponerle también en su segunda línea una fuerza igualmente sólida, unió los príncipes y los triarios, colocando éstos en los intervalos de

la línea de aquéllos, y no quedando, por consiguiente, espacio para recibir a los astarios; por eso los dividió y puso a los extremos de la línea. Esta maniobra de abrir la primera línea para dejar espacio a la segunda, no debe practicarse sino cuando se ha adquirido gran superioridad, pues sólo entonces se hace fácilmente, como lo hizo Escipión. Si se intenta cuando la primera línea está desordenada o es rechazada, ocasiona inmediata derrota; por ello conviene tener siempre detrás de la primera línea otras que la apoyen y donde los soldados de aquélla puedan refugiarse.

»Pero volvamos a nuestro asunto. Los antiguos pueblos de Asia usaban, entre otras pesadas máquinas para ofender al enemigo, unos carros a cuyos lados ponían hoces, de modo que no sólo servían para romper con su ímpetu las filas, sino también para matar con las hoces a los adversarios. Para defenderse de estos carros se empleaban varios medios: o hacer el frente de batalla muy denso para resistir su ímpetu, o dejarles paso franco, como a los elefantes, o aplicar algún recurso extraordinario, como el practicado por el romano Sila contra Arquelao, que disponía de muchos de estos carros armados de hoces. Para contener su ímpetu mandó Sila clavar estacas en tierra al frente de su línea de batalla, y, tropezando en ellas los carros, perdían su impetuosidad. Conviene saber que Sila ordenó su ejército en este caso de distinta manera que la acostumbrada, pues puso a retaguardia los vélites y la caballería y al frente a todos los armados con armas pesadas, dejando entre ellos intervalos para que, si era preciso, avanzaran los de detrás. Empeñado el combate, alcanzó la victoria valiéndose de la caballería, a la cual abrió paso oportunamente.

»Para desordenar al enemigo durante la lucha es preciso hacer algo que lo asuste, o anunciar la llegada de nuevos refuerzos, o imaginar algún ardid que aparente recibirlos, de modo que, engañado por la apariencia, se atemorice y sea fácil

vencerlo. Estas estratagemas las emplearon los cónsules Minucio Rufo y Acilio Glabrión. También Cayo Sulpicio hizo montar a los mercaderes y logreros que seguían al ejército en mulos y otros animales inútiles para el combate, pero formados de modo que asemejaban un cuerpo de caballería, y les mandó presentarse sobre una colina, mientras él luchaba con los galos, logrando con este ardid la victoria. Lo mismo hizo Mario cuando combatía contra los teutones.

»Si los ataques simulados son muy útiles mientras dura el combate, mucho más aprovechan los verdaderos, sobre todo cuando se cae de improviso en medio de la lucha sobre la retaguardia o los flancos del enemigo, cosa difícil si el terreno no ayuda, porque si es abierto, no podéis ocultar los movimientos de parte de vuestras tropas, como conviene para esta maniobra; pero si es montuoso o cubierto de árboles y, por tanto, a propósito para emboscadas, muy bien podéis ocultar algunas fuerzas para atacar al enemigo por sorpresa, lo cual siempre será un medio de vencerle.

»A veces ha sido muy oportuno durante la batalla hacer correr la noticia de la muerte del general enemigo o de la derrota de una parte de su ejército, debiéndose a este recurso el salir victorioso. Desordénase fácilmente la caballería enemiga oponiéndole animales que desconozca o con cualquier ruido extraordinario. Lo consiguió Creso presentando sus camellos delante de la caballería enemiga y Pirro sus elefantes para contrarrestar la caballería romana, pues el aspecto de estos animales la atemorizó y desordenó. En nuestros tiempos, los turcos han vencido al sufí de Persia y al sultán de Siria únicamente con los disparos de las armas de fuego, cuyo estrépito, para ellos nuevo, dispersó su caballería y produjo su derrota. Los iberos, para vencer al ejército de Amílcar, pusieron al frente del suyo carros llenos de hierbas secas y arrastrados por bueyes. Al comenzar la batalla encendieron las hierbas, y

huyendo los bueyes de las llamas, penetraron en el ejército de Amílcar y lo desorganizaron. Procúrase engañar al enemigo atrayéndole a las emboscadas, según hemos dicho, cuando el terreno es a propósito para prepararlas, y aun en las llanuras han empleado algunos el medio de abrir zanjas, cubriéndolas ligeramente con ramaje y tierra y dejando entre ellas intervalos por donde se retiran las tropas una vez empeñado el combate. Persiguiéndolas el enemigo, cae en las zanjas y es vencido.

»Si comenzada la lucha ocurre algún accidente a propósito para asustar a vuestros soldados, es convenientísimo saberlo ocultar y aun convertirlo en algo beneficioso, como hicieron Tulio Ostilio y Lucio Sila. Al ver aquél, durante una batalla, que algunas de sus tropas se pasaban al enemigo, cosa que había atemorizado extraordinariamente al ejército, en seguida hizo correr la voz de que lo hacían obedeciendo una orden suya, y así logró quitar el miedo a sus soldados e infundirles tanta confianza, que resultaron victoriosos. Sila ordenó a algunos soldados realizar una empresa en que perecieron, y para que su muerte no intimidara al ejército, dijo que los envió y puso en manos del enemigo porque sabía que no eran fieles. Mientras daba Sertorio una batalla en España mató a uno de los suyos, al notificarle la muerte de uno de sus generales, por temor de que, repitiendo la noticia, hiciera cundir el pánico.

»Es por demás difícil contener un ejército que empieza a huir y hacerle volver a la lucha, e imposible si la huida es general. Sólo en el caso de limitarse a algunas tropas cabe poner remedio. Muchos generales romanos evitaron derrotas poniéndose delante de los que huían y avergonzándoles por esta acción, como lo hizo Lucio Sila al ver que algunas de sus legiones, rechazadas por las tropas de Mitrídates, volvían la espalda al enemigo. Puesto ante ellas con la espada en la mano, gritó: «Si alguien os pregunta dónde habéis abandonado a vuestro general, contestad: lo dejamos combatiendo en Beocia».

El cónsul Atilio opuso a los fugitivos los que habían permanecido en su puesto e hizo saber a aquellos que, si no volvían al combate, serían muertos por los suyos y por los enemigos. Al saber Filipo de Macedonia el miedo que a sus soldados inspiraban los escitas, situó a retaguardia del ejército un cuerpo de caballería de su completa confianza con orden de matar a los fugitivos. Prefirieron los soldados morir combatiendo a morir huyendo, y vencieron a los escitas. Finalmente, muchos generales romanos, no por impedir la fuga, sino por enardecer a sus soldados, en medio del combate tomaban una bandera, y, arrojándola entre los enemigos, prometían premio al que la recobrase.

»No creo fuera de propósito añadir a lo dicho algo de las consecuencias de las batallas, máxime siendo cosa breve, digna de atención y propia de este asunto. Las batallas se ganan o se pierden. En el primer caso se debe proseguir la victoria imitando a César y no a Aníbal, que, por detenerse después de derrotar a los romanos en Cannas, perdió la ocasión de apoderarse de Roma. César, al contrario, alcanzada la victoria, no descansaba, sino que perseguía al enemigo con mayor furor e impetuosidad que durante el combate. En el segundo caso, es decir, cuando se pierde la batalla, debe el general examinar si puede sacar algún partido de la derrota, sobre todo cuando le quedan restos de su ejército. En estos casos es oportuno aprovechar la negligencia del enemigo que, casi siempre, después de la victoria, se entrega a ciega confianza y da ocasión a que le ataquen con éxito. Así destruyó el romano Marcio los ejércitos cartagineses que, después de la muerte de los dos Escipiones y de derrotados sus ejércitos, ningún caso hacían de los que quedaron vivos a las órdenes de Marcio, con los cuales atacó a sus contrarios y los venció. No hay empresa tan fácil de ejecutar como la que el enemigo cree irrealizable, y las más de las veces daña a los hombres lo que menos temen.

»Si el general vencido no puede apelar a este recurso, debe ingeniarse a fin de disminuir en lo posible el daño de la derrota. Al efecto procurará impedir que el enemigo le persiga fácilmente y aun hará algo que le obligue a retardar la persecución. Para lo primero, algunos generales, al conocer que la batalla se perdía, dieron órdenes a los jefes para retirarse por diversos puntos, diciéndoles el sitio donde todos habían de reunirse, y con esto consiguieron que el enemigo, temeroso de dividir sus fuerzas, dejara marchar a todos o al mayor número sin hostilizarles. Para lo segundo, muchos han arrojado ante el enemigo sus objetos de mayor valor a fin de que, entretenido en hacerse con el botín, deje más tiempo a la fuga. Tito Dimio empleó con gran astucia un medio para ocultar al enemigo el daño que había sufrido en una batalla. Estuvo combatiendo hasta la noche con grandes pérdidas, y durante la oscuridad hizo enterrar la mayoría de sus muertos. Los enemigos, al ver al día siguiente tantos muertos de los suyos y tan pocos de los romanos, creyeron que la desventaja estaba de su parte y se retiraron.

»Paréceme, que, si bien algo confusamente, como anuncié, he contestado a vuestras preguntas; fáltame deciros, respecto a la formación del ejército, que alguna vez y algunos generales la han hecho en figura de cuña, creyendo que así romperían más fácilmente las líneas enemigas. Para contrarrestar esta formación se ha ideado otra figurando unas tijeras abiertas, en cuya abertura se recibe el ataque de la cuña, rodeando y combatiendo por todas partes a los que la forman. A este propósito os recomendaré, como máxima de aplicación general, que el mejor remedio a cualquier intento del enemigo es hacer voluntariamente lo que pretende que hagáis a la fuerza, porque así lo hacéis con orden y provecho y en perjuicio suyo, y, de lo contrario, quedaréis perdido. En apoyo de esto repetiré algo ya dicho: ¿forma el contrario su ejército en cuña para romper

vuestras líneas? Pues si las abrís al atacarle, no consigue su objeto y desordenáis las suyas. Puso Aníbal elefantes al frente de su ejército para desorganizar el de Escipión y le atacó éste en orden abierto, asegurando su victoria y la derrota de Aníbal; colocó Asdrúbal en el centro de su línea sus mejores tropas para rechazar las de Escipión, y éste ordenó ceder a las del centro de su ejército, derrotando así al enemigo. Todas estas disposiciones extraordinarias son, por consiguiente, ocasión de vencer para el que sabe prevenirlas.

»Réstame deciros, si mal no recuerdo, las precauciones que debe tomar un general antes de dar la batalla. Primeramente no ha de empeñarla nunca sino con manifiesta ventaja o forzado por la necesidad. La ventaja la produce el sitio, la organización o el tener más o menos tropas; la necesidad nace de resultar un mal mayor si no se combate, como si, por falta de pagas, se va a disolver vuestro ejército, o si lo amenaza el hambre, o si el enemigo aguarda refuerzos. En tales casos siempre se debe combatir, aunque sea con desventaja, por ser mejor acudir a la suerte de las armas, la cual puede ser favorable, que esperar inactivo la ruina segura; y tan grave falta comete en este caso un general no combatiendo como si, teniendo ocasión de vencer, no la conoce por ignorancia o no la aprovecha por cobardía.

»Las ventajas las proporciona unas veces el enemigo y otras, la propia prudencia. Muchos han sido derrotados al vadear un río por un enemigo muy inferior en número que ha esperado estuviese la mitad del ejército contrario en cada orilla para atacarle, como hizo César con los helvecios, destruyéndoles la cuarta parte de su ejército, dividido por un río. Encuéntrase a veces el enemigo fatigado por haberos perseguido deprisa y largo tiempo, y estando vuestras tropas frescas y descansadas, no debéis desperdiciar la ocasión de atacarle. Si el enemigo presenta la batalla muy de mañana, debéis no salir del campamento en algunas horas, y cuando ha estado algún tiempo

sobre las armas, y perdido el ardimiento con que venía, podéis combatirle. A este recurso apelaron Escipión y Metelo en España, el uno contra Asdrúbal y el otro contra Sertorio. Si el enemigo disminuye sus fuerzas por dividir el ejército, como hicieron los Escipiones en España o por algún otro motivo, debe intentarse la batalla.

»La mayoría de los generales prudentes prefieren recibir el choque del enemigo a atacarle con ímpetu, porque las tropas sólidas resisten el primer ataque, por furioso que sea, y, resistido, el furor se convierte fácilmente en desaliento. Así lo hizo Fabio contra los samnitas y contra los galos y salió victorioso, mientras su colega Decio, por realizar lo contrario, perdió la vida. Otros generales, por temer el valor del enemigo han comenzado la batalla a la caída de la tarde para, si eran vencidos, salvarse gracias a la oscuridad de la noche. Sabiendo otros que el ejército enemigo tenía la superstición de no pelear en tal o cual día, lo han elegido para el ataque y han triunfado. Esto hicieron César en las Galias contra Ariovisto y Vespasiano en Siria contra los judíos.

»La advertencia más útil e importante para un general consiste en que tenga junto a sí hombres fieles, prudentes y peritísimos en la guerra, de quienes continuamente se aconseje respecto de su ejército y del enemigo, sobre cuál sea más numeroso, cuál esté mejor armado o tenga mejor caballería o más práctica en las maniobras, o resista mejor el trabajo; o entre la caballería y la infantería, cuál merece más confianza. Después examinará el lugar en que se encuentra; si es más favorable al enemigo que a él; quién podrá tener más cómodamente los víveres y si conviene eludir la batalla o darla; lo que se debe esperar o temer de alargar la guerra, porque muchas veces su prolongación aburre a los soldados y las fatigas y el tedio les hacen desertar. Importa, sobre todo, saber quién es el general enemigo, quiénes le aconsejan, si es temerario o cauteloso,

tímido o audaz. Conviene ver hasta dónde podéis fiaros de las tropas auxiliares, y es esencial no dar batalla con un ejército temeroso del enemigo o que por cualquier concepto desconfíe de la victoria, porque los que creen no poder vencer, antes de pelear están vencidos. En tal caso se debe evitar la batalla y hacer como Fabio Máximo, que, acampando en posiciones muy fuertes, quitaba a Aníbal los medios de atacarle; y si temierais que aun en tales posiciones irá a atacaros el enemigo, abandonad la campaña y distribuid las tropas entre las plazas fuertes, para fatigarlo en los asedios.

ZANOBI —¿No se puede evitar la batalla más que distribuyendo el ejército en las plazas fuertes?

FABRIZIO —Creo haberos dicho ya que un ejército en campaña no puede evitar la batalla si el enemigo se empeña en combatir de cualquier modo. El único remedio es estar constantemente apartado de él lo menos cincuenta millas, para tener tiempo de retirarse, cuando el contrario vaya en su busca. Fabio Máximo jamás esquivó la batalla contra Aníbal, pero quería darla donde le fuera ventajoso el sitio, y Aníbal no esperaba poderlo vencer en las posiciones donde acampaba; de creer lo contrario y desear combatir, Fabio se viera en la precisión de batallar o huir. Filipo, rey de Macedonia, el padre de Perseo, estando en guerra con los romanos se situó en una altísima montaña para evitar la batalla, pero éstos fueron a la montaña y lo derrotaron. Vercingetórix, jefe de los galos, por no batallar con César, que, contra lo que aquél esperaba, había pasado un río, se alejó con su ejército muchas millas. Si los venecianos, en nuestros tiempos, no querían pelear con el rey de Francia, tampoco debieron esperar a que el ejército francés pasara el río Adda, sino apartarse de ellos, como se apartó Vercingetórix; pero perdieron el tiempo esperando, no aprovecharon el momento del paso del río para dar la batalla ni supieron eludirla, pues, al levantar el campo para retirarse,

estaban ya tan cerca los franceses, que les atacaron y derrotaron[37]. Repito, pues, que no se puede evitar una batalla cuando el enemigo quiere darla a toda costa; y no se cite el ejemplo de Fabio Máximo, porque en este caso tanto él como Aníbal esquivaban combatir.

»Ocurre muchas veces que los soldados desean pelear y el general, por lo numeroso que es el enemigo, o por la posición que ocupa, o por otro cualquier motivo, comprende la desventaja para la lucha y necesita quitarles aquel deseo. Sucede también que la necesidad o la ocasión os obliga a luchar, y que vuestros soldados están desconfiados y poco dispuestos al combate. En el primer caso es preciso asustarlos y en el segundo, enardecerlos. Si para lo primero no bastan las persuasiones, el medio más eficaz consiste en sacrificar algunos soldados haciéndoles atacar al enemigo, porque de este modo los que entran en acción y los que no han combatido os creerán. También puede hacerse premeditadamente lo que, por acaso, sucedió a Fabio Máximo. Deseaba, como sabéis, el ejército de Fabio combatir con el de Aníbal, e igual deseo mostraba el jefe de su caballería; Fabio no quería dar la batalla, y esta diferencia de opinión les hizo dividir el ejército. Fabio contuvo a los suyos en el campamento y el general de la caballería atacó a los cartagineses, corriendo gran peligro y no siendo derrotado por el oportuno auxilio de Fabio. Este ejemplo demostró al jefe de la caballería y a todo el ejército que lo más atinado era obedecer a Fabio. Para enardecer a los soldados hay que irritarles contra el enemigo, repitiéndoles frases ofensivas y ultrajantes que éste diga de ellos, hacerles creer que estáis en inteligencia con él, y que una parte se ha vendido. Conviene acampar al alcance de los contrarios y tener con ellos algunas escaramuzas, porque lo que diariamente se ve, con facilidad se desprecia; mostrar, en fin, viva indignación reprobándoles en una arenga preparada al efecto su cobardía, y, para avergonzarlos, decirles que, si no

quieren seguiros, iréis solo a combatir al enemigo. Si queréis que los soldados se porten como bravos en la batalla, es de todo punto indispensable no permitirles, hasta terminar la campaña, enviar a sus casas el botín capturado o que lo depositen en algún sitio, para que sepan que, si huyendo salvan la vida, no salvan lo que poseen, por cuya defensa pelean a veces con tanta obstinación como por la vida.

ZANOBI —Decís que con arengas se puede obligar a combatir a los soldados. ¿Las arengas deben dirigirse a todo el ejército, o sólo a los jefes?

FABRIZIO —Persuadir o disuadir a pocos de alguna cosa es muy fácil, porque, si no bastan las palabras, podéis emplear la autoridad de la fuerza. La verdadera dificultad consiste en destruir en el ánimo de la multitud un error funesto y pernicioso para el bien común o contrario a vuestra opinión, pues en este caso sólo puede usarse de la palabra, y, para convencer a todos, preciso es que llegue a sus oídos. Necesitaban, pues, los grandes generales de otros tiempos ser buenos oradores, pues, sin saber hablar a todo el ejército, con dificultad puede hacerse cosa buena. Éste es uno de los méritos que ya no existen. Leed la vida de Alejandro Magno y veréis cuántas veces le fue preciso arengar y hablar públicamente a su ejército; de otra suerte no consiguiera que le siguiesen soldados a quienes el botín había hecho ricos, por los desiertos de Arabia y por la India con tantas fatigas y peligros. Infinitas veces ocurren cosas mediante las cuales se arruina un ejército cuando el general no sabe o no acostumbra arengarle, puesto que las palabras disipan el temor, enardecen los ánimos, alientan la obstinación, descubren las celadas del enemigo, prometen recompensas, muestran los peligros y el modo de evitarlos. Con ellas se reprende, se ruega, se amenaza, se infunde esperanza, se elogia, se vitupera y se hacen todas las cosas que apagan o encienden las pasiones humanas. El príncipe o la república que

determine organizar una nueva milicia y mantenerla con reputación, ha de acostumbrar a los soldados a oír las arengas del general, y al general a saber hablarles.

»En la Antigüedad valían mucho para tener obedientes a los soldados la religión y el juramento que prestaban al ir al ejército, porque estaban amenazados por sus faltas, no sólo con los castigos que pudieran imponerles los hombres, sino además con el de los dioses. Este recurso, unido a otras costumbres religiosas, facilitó muchas veces a los generales de la Antigüedad la realización de sus empresas, y producirá los mismos resultados donde se conserve el temor y respeto a la religión[38]. De ella se valía Sertorio persuadiendo a los suyos de que hablaba con una cierva, la cual le prometía de parte de los dioses la victoria. Sila figuraba hablar con una imagen que sacó del templo de Apolo. Muchos han asegurado que se les apareció en sueños Dios para determinarles a combatir; y en tiempo de nuestros padres, el rey de Francia Carlos VII, en la guerra que mantuvo contra los ingleses, aseguraba seguir los consejos de una doncella enviada de Dios, que en todas partes era llamada la doncella de Francia y que fue la causa de sus victorias.

»Aprovecha también emplear recursos para que vuestros soldados desprecien al enemigo: tal fue el del espartano Agesilao, quien enseñó a sus tropas a algunos persas desnudos para que, al ver sus delicados miembros, no les inspirasen temor alguno. Otros generales, obligados a dar la batalla, privan a su ejército de toda esperanza de salvación que no sea la victoria. Esta determinación es la mejor y más segura para que los soldados se obstinen en vencer al enemigo, obstinación que aumenta con la confianza, la adhesión al general y el amor a la patria. Inspiran la confianza el armamento, la organización, las victorias recientes y la fama del general; el amor a la patria lo da la naturaleza, y el general se atrae el cariño de los soldados por

su valor y pericia, mejor que cualquier clase de beneficios. Puede haber muchas razones que fuercen a combatir con encarnizamiento, pero ninguna tan poderosa como la que os obligue a vencer o morir.

# LIBRO QUINTO

Cómo ha de caminar un ejército en país enemigo. — Procedimiento de los romanos. — Modo de ordenarse según eran atacados por el frente, por la retaguardia o por los flancos. — Método de los romanos, digno de imitación en la actualidad. — Ejército cuadrado. — Su descripción conforme al diseño del autor. — La caballería ha de ponerse, o a retaguardia, o en los flancos. — Los furgones y los desarmados, en la plaza o espacio interior del cuadrado. — Manera de defenderse de un ataque tumultuoso. — Gastadores y azadoneros para abrir camino al ejército. — Éste puede caminar por vía abierta de diez a veinte millas diarias. — Cómo se prepara la batalla cuando ataca una fuerza organizada de frente. — Manera de proceder si el ataque es por retaguardia, por el flanco izquierdo o por el derecho, o por ambos o más lados. — Ejercicios para acostumbrar a los soldados a organizarse en la formación cuadrada. — Órdenes militares con toques de trompeta o con la voz. — Soldados que trabajan como gastadores y explanadores. — Manera de proveerse de víveres los ejércitos antiguos. — En qué se debe imitar. — Presas y contribuciones. — Procedimiento laudable de los romanos en este punto. — Emboscadas. — Se cae en ellas de dos modos. — Cómo se evitan. — Necesidad del mapa geográfico del país enemigo. — Conocimiento del terreno. — Cómo se consigue. — Exploradores y guías. — Varias advertencias para caminar por tierra enemiga. — Modo de detener al enemigo que os alcanza al pasar un río. — Estratagemas del cartaginés Hannón, del espartano Nabis, del romano Q. Lutacio y de César contra Vercingetórix. — Regla para conocer los vados. — Qué debe hacerse cuando el ejército es atacado encontrándose entre dos montañas. — Ejemplo de L. Minucio en Luguria. — Estratagema de Marco Antonio contra los partos.

FABRIZIO —Os he demostrado cómo se ordena un ejército para dar batalla a otro puesto a su frente, explicado cómo se gana, y también muchos detalles acerca de los varios accidentes que pueden ocurrir durante esta operación. Hora es ya de enseñaros a disponer un ejército contra un enemigo que no se ve, pero cuyo ataque continuamente se teme. Sucede esto cuando se camina por país enemigo y sospechoso.

»Sabed primero que ordinariamente el ejército romano llevaba delante algunas tropas de caballería para explorar el camino; después seguía el ala derecha, y tras de ella, todos los carros que le pertenecían. En seguida caminaba una legión con sus carros detrás, después otra con sus carruajes, y a continuación el ala izquierda con sus correspondientes furgones. El resto de la caballería cerraba la marcha. Tal era, por regla general, el orden de marcha. Si durante el camino atacaba el enemigo de frente, o por retaguardia, retiraban rápidamente los bagajes a la izquierda o la derecha, o se situaban en el centro, según lo que permitía la naturaleza del terreno, y todos los soldados, libres de impedimenta hacían cara al enemigo por la parte donde atacase. Si el ataque era de flanco, ponían los equipajes en el lado seguro, y en el opuesto hacían frente al contrario. Este orden de marcha es bueno, y, prudentemente seguido, lo creo digno de imitación. Enviaré delante la caballería ligera para explorar el país, siguiéndola cuatro brigadas con sus respectivos furgones detrás de cada una de ellas; y como los carros son de dos clases, unos cargados con los efectos de los soldados, y otros con lo perteneciente a la totalidad del ejército, dividiré éstos en cuatro grupos, repartiéndolos entre las cuatro brigadas. Igual división haría en la artillería y en los desarmados, para que cada fuerza armada tuviese su respectiva impedimenta.

»Sucede a veces que se camina por país no sólo sospechoso, sino tan enemigo, que a cada momento teméis ser atacado. En tales casos hay que variar el orden de marcha para ir seguro, de manera que, prevenidos por todos los lados, ni los paisanos ni el ejército enemigo puedan ofenderos. Acostumbraban en tales casos los generales en la Antigüedad formar el ejército en cuadro o cuadrado, pues así llamaban a tal formación, no porque fuera completamente cuadrada, sino por poder combatir por los cuatro lados. Así estaban dispuestos lo mismo

a la marcha que al combate. Conforme a este modelo ordenaré las dos brigadas que me sirven de regla para la formación de un ejército. Queriendo marchar con seguridad por país enemigo y hacer frente por todos lados si de improviso me ataca el enemigo, para formar mis tropas en cuadro, procuraré que el espacio interior de éste tenga de largo por lado doscientos doce brazos; al efecto, apartaré un flanco del otro la citada distancia, poniendo en cada uno de ellos cinco batallones en fila y separados uno de otro tres brazos, de modo que ocuparán cuarenta brazos por batallón, o sea, doscientos doce en toda la línea. Los otros diez batallones los situaré cinco al frente y cinco a retaguardia entre los flancos, del modo siguiente: cuatro batallones al lado de la cabeza del flanco derecho, y otros cuatro al lado de la cola del flanco izquierdo, dejando entre ellos intervalos de tres brazos; colocaré en seguida un batallón junto a la cabeza del flanco izquierdo, y otro al lado de la cola del flanco derecho.

»Ahora bien: como el intervalo que media entre los flancos es de doscientos doce brazos y estos batallones que se les ponen al lado a lo ancho, y no a lo largo, ocupan con sus intervalos ciento treinta y cuatro brazos, quedará entre los cuatro batallones puestos al frente junto al flanco derecho y el colocado, también al frente, junto al izquierdo, un espacio de setenta y ocho brazos, igual al que mediará entre los batallones colocados a retaguardia, con la diferencia de que, en esta parte, el intervalo será hacia el ala derecha, y en el frente, hacia la izquierda. En el espacio de los setenta y ocho brazos del frente pondré todos los vélites ordinarios, y en el de la retaguardia, los extraordinarios, siendo mil en cada intervalo. Para que el espacio en el interior del cuadro tenga por lado doscientos doce brazos, es indispensable que no ocupen parte de la línea de los flancos los cinco batallones puestos al frente y los cinco colocados a retaguardia, para lo cual conviene que los de

retaguardia alineen por su frente con la última fila de los flancos, y los de delante alineen su última fila con la primera de los flancos. Así quedará en cada una de las esquinas del cuadro un ángulo entrante, donde pueda ser dispuesto otro batallón. En estos cuatro ángulos pondré cuatro banderas o batallones de picas extraordinarias, y los dos batallones que me restan de esta arma los colocaré en el centro, formando un batallón cuadrado, a cuyo frente estaría el general con sus soldados escogidos.

»Como los batallones así formados marchan todos en la misma dirección, pero no pueden todos combatir del mismo lado, preciso es disponer para el combate los puntos que quedan descubiertos. Así, los cinco batallones de la cabeza del ejército, resguardados por todos lados, menos la primera fila, tendrán la formación ordinaria con las picas al frente: los cinco de detrás van también resguardados menos su última fila, la cual debe ser de picas, como oportunamente demostramos; y como los cinco batallones del flanco derecho van resguardados, a excepción de su derecha, y los del izquierdo lo mismo, a excepción de su izquierda, al formarlos se procurará que las picas queden en primera fila por la parte que resulta al descubierto. Al referir cómo han de formar en combate los batallones, he dicho dónde deben ponerse los decuriones para que, en el momento de la batalla, todos los cuerpos del ejército y las partes de ellos se encuentren en su sitio de costumbre.

»Dividiré la artillería, situando una parte en el flanco derecho y otra en el izquierdo. La caballería ligera irá delante para explorar el terreno. Pondré los hombres de armas detrás del cuadro, parte en el extremo derecho y parte en el izquierdo, a cuarenta brazos de los batallones. Por regla general, de cualquier manera que se ordene un ejército, la caballería debe ponerse a retaguardia o a los flancos. Para situarla delante del frente del ejército, es preciso una de dos cosas: o ponerla a tanta distancia que, si es rechazada, tenga tras de sí espacio bastante

para replegarse, sin atropellar a vuestra infantería, o formar ésta con tantos intervalos que los caballos puedan entrar por ellos sin desordenarla. Este precepto no debe considerarse de escasa importancia, pues, por no observarlo, muchos generales han sido batidos, desordenando el ejército su propia caballería. Los carros y los desarmados irán en el espacio interior del cuadro, repartidos de modo que dejen fácil paso a los que vayan de uno a otro flanco, y de la cabeza a la cola.

»Los batallones así formados ocupan, sin la artillería ni la caballería, por el exterior de los lados un espacio de doscientos ochenta y dos brazos. Como el cuadro lo forman dos brigadas, conviene determinar el lado en que ha de estar cada una. Recordaréis que a cada brigada se la nombra por el número que tiene, como también que la forman diez batallones y la manda un general. La primera brigada tendrá, pues, al frente del ejército cinco batallones, y los otros cinco en el flanco izquierdo, situándose el general en el ángulo izquierdo del frente. La segunda brigada formará con sus primeros cinco batallones el flanco derecho, y con los otros cinco, la cola del cuadro, situándose el general en el ángulo derecho de ésta y haciendo de *tergiductor*.

»Ordenado así un ejército, debe marchar sin alterar en nada su formación, y sin duda alguna va seguro contra los ataques tumultuosos de los paisanos. En estos casos encargará el general a la caballería ligera y a algunas compañías de vélites que los rechacen. Jamás ocurrirá que tal gente sin organización militar llegue al alcance de la espada o de la pica, porque teme siempre a las fuerzas disciplinadas, limitándose a correr con grandísima gritería, pero sin acercarse, como los gozquezuelos alrededor de un mastín. Cuando Aníbal vino a atacar a los romanos en Italia, pasó por la Galia sin cuidarse de los tumultuosos ataques de los galos.

»Para poder caminar, necesita un ejército gastadores y azadoneros que abran vía, los cuales serán protegidos por la caballería ligera enviada en descubierta. De esta forma podrá caminar un ejército diez millas por día, quedándole aún tiempo bastante para hacer el campamento y preparar la comida, porque la marcha ordinaria es de veinte millas diarias.

»Si sois atacado por un ejército organizado, el ataque no puede ser imprevisto, pues las tropas regulares marchan como las vuestras, y en tal caso tenéis tiempo para formar éstas en batalla, como he dicho, o de un modo semejante. Si el ataque es de frente, pondréis delante la artillería que está en los flancos, y la caballería que va a retaguardia, colocando aquélla y ésta en los sitios y a la distancia que he explicado anteriormente. Los mil vélites que van a la cabeza salen de las filas, se dividen en dos cuerpos de a quinientos hombres y se colocan, como de ordinario, entre la caballería y los extremos de la línea de batalla. El hueco que dejan lo ocupan los dos cuerpos de picas extraordinarias que puse en el centro del cuadro. Los mil vélites que van a la espalda salen también de su sitio y se reparten por los flancos de los batallones para reforzarlos, y por la abertura que dejan se retiran todos los furgones y los desarmados, colocándose a retaguardia. Quedando vacío el interior del cuadro y cada cual en su puesto, los cinco batallones que puse a la espalda avanzan hacia el frente en el espacio que dejan entre sí los flancos. Tres de estos batallones se aproximan hasta cuarenta brazos y conservan entre sí intervalos iguales, y los otros dos quedan detrás, alejados igualmente de aquéllos cuarenta brazos. Esta formación puede hacerse en un instante, y es casi igual al primer orden de batalla que hemos explicado, porque si el frente es menos extenso, los flancos son más fuertes, lo cual no es menor ventaja. Como los cinco batallones que estaban a la cola tienen sus picas en las últimas filas, por el motivo que antes he explicado, es necesario ponerlas en las

primeras a fin de que apoyen el frente del ejército, y para ello conviene, o que se vuelva cada batallón como un cuerpo sólido, o que los piqueros atraviesen rápidamente por entre los escudados y se coloquen delante de ellos, maniobra más breve y que ocasiona menos desorden que la de hacer volverse a todo el batallón. Esto deben hacerlo todos los batallones que queden a la espalda, cualquiera que sea la forma del ataque, según os demostraré.

»Si el enemigo viene por la espalda, lo primero que se hace es un cambio de frente, y de este modo, la cabeza queda convertida en cola y la cola, en cabeza. En seguida se ejecutan todas las maniobras antes explicadas para el orden de batalla. Cuando el enemigo ataca por el flanco derecho es preciso que todo el ejército se vuelva de este lado, que se convierte en frente, el cual se refuerza en la forma que ya hemos dicho, de modo que la caballería, los vélites y la artillería ocupen los puestos que les están designados en el frente de batalla. La única diferencia en este cambio de frente es que, de las fuerzas que se trasladan, unas tienen que marchar más deprisa y otras menos, según su posición. Cuando el ejército convierte en frente el flanco derecho, los vélites de la cabeza más próximos al flanco izquierdo son los que deben situarse entre los extremos de la línea de batalla y la caballería, y les reemplazarán las dos banderas de picas extraordinarias situadas en el centro del cuadro; pero antes se harán salir de éste los bagajes, pasando a retaguardia del flanco izquierdo, convertido en cola del ejército. Los demás vélites que en la primera disposición de las fuerzas estaban a la espalda, en el caso actual no cambian de posición, para que no quede desguarnecido el lado que ocupan, que, de cola, se convierte en flanco derecho. Todas las demás maniobras son iguales a las ya explicadas.

»Lo dicho del flanco derecho entiéndase también respecto del izquierdo cuando hay que convertir éste en frente, porque se

hace igual maniobra. Si el enemigo es tan numeroso que os ataca por dos lados, se deben reforzar ambos con tropas de las que hay en los otros dos, duplicando las filas y poniendo en cada uno de ellos una parte de la artillería, de los vélites y de la caballería. Si el ataque es por tres o por los cuatro lados, por necesidad uno de los contendientes carece de prudencia; porque el prudente no se expone a que el enemigo le ataque por tres o cuatro puntos a la vez con numerosas y ordenadas fuerzas, para lo cual necesitaría disponer de tantas, que por cada lado acometa con un ejército casi igual al agredido; y quien es tan temerario que entra en país enemigo donde hay un ejército bien organizado y tres veces superior al suyo, no puede quejarse sino de sí mismo por el daño que sufra. Cuando esto sucede, no por imprudencia del invasor, sino por alguna desventura, el desastre no será para él vergonzoso, ocurriéndole lo que a los Escipiones en España y a Asdrúbal en Italia. Pero si el enemigo no tiene mucha más gente que vosotros y por menosprecio os ataca por varios lados, cometerá una necedad para ventura vuestra, pues necesitará debilitar sus líneas al hacer esto, de tal modo que por cualquiera parte podáis romperlas, mientras por las demás resistís el ataque, y su derrota será inmediata.

»En este sistema de ordenar un ejército contra un enemigo que no se ve, pero se teme, es indispensable y sumamente útil acostumbrar a los soldados a marchar preparados a la lucha y a formarse en batalla en el camino para combatir de frente, por retaguardia o por cualquiera de ambos flancos conforme a las reglas prescritas, restableciendo después el orden de marcha. Cuando se quiere tener un ejército disciplinado y práctico, estos ejercicios son necesarios y precisa que el general y los jefes y oficiales los hagan ejecutar con frecuencia.

»La disciplina militar consiste en saber mandar y ejecutar estas cosas, y se llama ejército disciplinado al que practica bien tales maniobras. El ejército que en la actualidad usara esta

disciplina sería invencible. La formación cuadrada que he explicado es algo más difícil que las otras maniobras, pero requiere practicarla con frecuentes ejercicios, y a las tropas que se habitúen a ella les resultarán fáciles todas las demás maniobras.

ZANOBI —Creo, como vos, que esta organización es necesaria, y nada he de añadir ni quitar a vuestro razonamiento; pero deseo saber dos cosas: una, si cuando tenéis que convertir en frente de batalla el flanco o la retaguardia, y los batallones tienen que volverse, ordenáis la maniobra de viva voz o con las trompetas; y otra, si los que hacéis ir delante para allanar el camino al ejército deben ser soldados de los batallones o trabajadores de los que se ocupan en estas humildes tareas.

FABRIZIO —Vuestra primera pregunta es muy importante, porque muchas veces las órdenes del general, mal entendidas o mal interpretadas, han causado la derrota de su ejército, y es preciso que durante la acción sean claras y precisas. Si se dan con las trompetas los toques, deben ser tan distintos unos de otros que no se puedan confundir; y si de viva voz, se evitará emplear frases de sentido general que se presten a interpretaciones erróneas, expresando con las palabras más propias ideas concretas. Muchas veces decir: *atrás, atrás,* ha sido bastante para desorganizar un ejército. No se debe, por tanto, emplear esta palabra, sino la de *retiraos*. Si queréis cambiar el frente por el flanco o la retaguardia, no decir *volveos*, sino *a la izquierda, a la derecha, por retaguardia, por el frente*. De igual modo, las demás órdenes han de ser sencillas y precisas, como: *estrechad filas, quietos, firmes, adelante, vuelta a la derecha, vuelta a la izquierda*, mandando de viva voz cuanto sea posible, y lo demás, con las trompetas.

»Respecto a los gastadores a que se refiere vuestra segunda pregunta, emplearé en abrir camino a mis propios soldados, no

sólo porque así se hacía en los ejércitos antiguos, sino también porque haya en el ejército la menos gente posible desarmada y la menor impedimenta; sacando de cada batallón la gente necesaria para que, con las herramientas propias, hagan las explanaciones. Sus armas quedarán a cargo de los que ocupen las filas inmediatas, recobrándolas y volviendo a sus puestos al aproximarse el enemigo.

ZANOBI —¿Quién llevará las herramientas necesarias para las explanaciones?

FABRIZIO —Los carros destinados a ese objeto.

ZANOBI —Temo que no pudierais emplear en estos trabajos a los actuales soldados.

FABRIZIO —Ya hablaré de esto oportunamente. Por ahora quiero pasar a otro asunto, explicando el modo de vivir del ejército, pues me parece que, después de fatigarlo tanto, sea ya tiempo de que descanse y coma. El príncipe debe organizar su ejército de manera que esté lo más expedito posible, prescindiendo de toda carga inútil y de cuanto pueda estorbarle las operaciones. Una de las mayores dificultades es tener provisto al ejército de vino y pan cocido. En la Antigüedad no les preocupaba el vino, porque si no lo tenían, mezclaban al agua algunas gotas de vinagre para darle sabor, de modo que entre las provisiones indispensables del ejército se contaba el vinagre, y no el vino. No cocían el pan en hornos, como se cuece en los pueblos, sino que llevaban la harina y cada soldado la preparaba a su gusto, condimentándola con tocino y manteca de cerdo, que daba al pan sabor y lo mantenía tierno. Las provisiones militares eran, pues, harina, vinagre, tocino y manteca de cerdo, y para los caballos, cebada.

»Seguían a las tropas algunos rebaños de reses mayores y menores, que, caminando por su pie, no causaban impedimento. De esta manera marchaba un ejército en la Antigüedad muchos

días por comarcas despobladas y difíciles, sin sufrir escasez de víveres, porque se alimentaba con los que fácilmente podía llevar consigo.

»Lo contrario sucede en los ejércitos modernos, que, no queriendo privarse del vino y deseando los soldados comer pan cocido, como cuando están en sus casas, de lo cual no se puede hacer gran provisión anticipadamente, quedan con frecuencia sin víveres o se les provee con gran trabajo y enormes gastos. Mi ejército no tendría, por tanto, víveres de esta clase, ni comería otro pan que el cocido por él mismo. En cuanto al vino, no prohibiría que se bebiera, ni que lo llevaran en el ejército, pero no haría nada por tenerlo; y respecto a las demás provisiones, me atendría a las costumbres antiguas. Si consideráis atentamente estas reformas, veréis cuántas dificultades evita; de cuántas molestias y trabajos libra al ejército y al general, y cuán cómodamente podrán éstos realizar todas sus empresas.

ZANOBI —Hemos vencido al ejército en batalla campal y caminado luego por sus tierras. Es, pues, natural que hayamos obtenido botín, impuesto contribuciones a los pueblos, hecho prisioneros, etc. Quisiera saber lo que en la Antigüedad se hacía en tales casos.

FABRIZIO —Vais a saberlo. Ya os he dicho anteriormente que las actuales guerras empobrecen lo mismo a los vencedores que a los vencidos, porque éstos pierden sus Estados y aquéllos, su hacienda y sus recursos. No sucedía así en la Antigüedad, pues entonces la guerra enriquecía siempre al vencedor. Nace la diferencia de no tener ahora cuenta del botín, dejándolo a la discreción de los soldados, cosa que produce dos grandes males: uno, el que acabo de decir; otro, hacer a los soldados más codiciosos de presas que observantes de la disciplina, viéndose muchas veces que la codicia del botín es causa de perder la

batalla.

»Los romanos, mientras sus ejércitos fueron modelo de todos los demás, evitaron ambos inconvenientes ordenando que todo el botín perteneciese al Estado, el cual lo repartía en la forma que estimaba conveniente. Para esto llevaban en los ejércitos los *cuestores*, que equivalían a nuestros tesoreros, quienes recaudaban el botín y las contribuciones impuestas a los vencidos, con cuyo producto daba el cónsul la paga ordinaria a los soldados, atendía a los gastos de la curación de heridos y enfermos y a todas las demás necesidades del ejército. Facultado estaba el cónsul, y lo hacía algunas veces, para conceder algún botín a los soldados; pero esta concesión no producía ningún desorden, porque, derrotado el ejército enemigo, se amontonaba el botín y distribuíase después conforme a la graduación de cada uno. Con este sistema, los soldados procuraban vencer y no robar.

»Las legiones romanas rechazaban al enemigo y no lo perseguían, porque jamás se desordenaban: la persecución quedaba a cargo de la caballería ligera y de los demás soldados que no eran legionarios. Si el botín se hubiese dejado al primero que lo tomase, fuera imposible y hasta injusto mantener ordenadas las legiones y, de no estarlo, se exponía el ejército a grandes peligros. Consecuencia de este sistema era que el Estado se enriqueciese y que cada triunfo de los cónsules aumentara el tesoro público con el botín y las contribuciones impuestas al enemigo. Otra buena institución de los romanos era que cada soldado tuviera obligación de dejar la tercera parte de su sueldo en poder del abanderado de su cohorte, la cual no se le devolvía hasta terminada la guerra. Hacían esto por dos motivos: uno, para que los soldados formaran capital con su sueldo, porque siendo en su mayoría jóvenes e imprevisores, cuanto más tienen más gastan innecesariamente; otro, porque sabiendo que su capital estaba junto a la bandera, la defendieran

con gran empeño y obstinación. De tal modo conseguían los romanos que los soldados fueran económicos y valientes. Todo esto convendría restablecerlo si se quisiera que reviviesen las buenas costumbres militares.

ZANOBI —Considero casi imposible que en la marcha de un ejército por país enemigo dejen de ocurrirle accidentes peligrosos, los cuales exijan, para vencerlos, el talento del general y el valor de los soldados. Si os sucede alguno, os agradeceré que nos lo digáis.

FABRIZIO —Con mucho gusto, máxime siendo necesario hablar de ello al dar nociones completas del arte militar. Deben los generales, cuando llevan su ejército por tierra enemiga, guardarse especialmente de las emboscadas, en las cuales se cae de dos maneras: o caminando descuidado, o dejándose atraer por la astucia del enemigo, sin prever su intención: En el primer caso, para librarse de ellas es necesario llevar dobles avanzadas que exploren el terreno, siendo esta precaución tanto más necesaria cuanto el país sea más a propósito para las emboscadas, como sucede en las comarcas selváticas o montuosas, pues hay que andar por bosques o desfiladeros. Una emboscada imprevista puede perderos, pero, prevista, no supone peligro alguno. Los pájaros y el polvo sirven muchas veces para descubrir al enemigo, pues cuando venga en vuestra busca, la polvareda que levante os indicará su aproximación. Muchas veces, por ver un general que en el sitio por donde ha de pasar vuelan palomas u otras aves de las que van en bandadas, circulando en el aire sin pararse en ningún sitio, conoció la emboscada del enemigo, y, enviando fuerzas delante, se libró de ella y lo derrotó.

»En el segundo caso, o sea en el de ser llevado a la emboscada por al astucia del enemigo, se debe cuidar de no dar crédito a lo que no es verosímil; por ejemplo, si el enemigo os

ofreciera una presa, ocultando en el cebo el anzuelo; si, siendo muy superior en número, retrocede ante una fuerza inferior; si, al contrario, envía escasas fuerzas contra otras considerables. En todos estos casos es de temer el engaño, pues nunca debe creerse que el enemigo no sepa hacer lo que le conviene. Para no equivocarse y temer lo menos posible sus ardides, conviene estar más sobre aviso cuanta mayor debilidad e imprevisión manifieste. En tales casos es probable el peligro y se han de disponer las cosas para evitarlo, alardeando al mismo tiempo con las palabras y demás actos exteriores de desprecio al enemigo; de esta suerte evitáis el riesgo e infundís a vuestros soldados confianza en la victoria.

»Ha de tenerse en cuenta que, al caminar por país enemigo, son mayores los riesgos que al dar una batalla; por eso el general, a medida que avanza, debe redoblar las precauciones. Le son necesarios mapas del país que atraviesa que le den a conocer los pueblos, su número y distancia, los caminos, los montes, los ríos, los pantanos y todos los demás accidentes del terreno. Para el perfecto conocimiento de tales cosas, tendrá junto a sí, con diversos títulos, hombres de distintas clases, conocedores de la comarca, a quienes preguntará cuidadosamente, comparando sus respuestas, y consignará los datos en que estén conformes. Debe enviar avanzadas de caballería y con ellas, oficiales hábiles, no sólo para descubrir al enemigo, sino para explorar el país y saber si los informes que de él tiene son exactos. Llevará consigo guías, guardados con buena escolta, prometiéndoles premiar su fidelidad y castigar su perfidia; y procurará, sobre todo, que el ejército no sepa a qué expedición se le conduce, pues nada hay más útil en la guerra que ocultar los proyectos. A fin de que un ataque repentino no desordene el ejército, conviene llevarlo siempre dispuesto a combatir, porque los sucesos previstos son menos dañosos.

»Muchos generales, para impedir la confusión en las

marchas, repartieron los bagajes y los desarmados, poniéndolos junto a las banderas y ordenándoles que sigan a éstas, de manera que si, durante la marcha, es preciso detenerse o retirarse, pueda hacerse con mayor facilidad. Esto me parece útil y merece mi aprobación. Hay también que cuidar de que una parte del ejército no se aparte de otra durante la marcha, o que por andar unos deprisa y otros despacio, se alarguen y debiliten las líneas de formación, pues tales cosas desordenan el ejército. Los oficiales irán a los flancos para mantener la uniformidad del paso, conteniendo a los que caminen deprisa y haciendo avanzar a los que vayan despacio. Como mejor se regula el paso es con los toques de trompeta. Se ensanchará el camino para que, en todo caso, pueda marchar un batallón formado.

»Conviene tener en cuenta las costumbres y las condiciones del enemigo: si prefiere atacar por la mañana, o al mediodía, o por la tarde, y si su mayor fuerza consiste en infantería o caballería, y tomar las disposiciones con arreglo a lo que de esto se sepa.

»Pero tiempo es ya de hablar de los accidentes que pueden ocurrir en las marchas.

»Sucede a veces que, teniendo delante al enemigo, no quiere un general dar una batalla por juzgarse inferior en fuerzas y emprende la retirada, siguiéndole el contrario; pero llega a orillas de un río sin tiempo para pasarlo, y el enemigo puede alcanzarlo y batirle. Algunos, al encontrarse en este peligro, han abierto una zanja detrás del ejército, llenándola con hierbas secas y malezas e incendiándolas, pasando después el río con todo su ejército sin que pueda impedirlo el enemigo, detenido por el fuego de la zanja.

ZANOBI —Cuéstame trabajo creer que tal fuego pueda detener al enemigo, máxime habiendo oído que el cartaginés Hannón, perseguido por los enemigos, llenó de leña y maderos

el lado por donde quería operar su retirada y los incendió; los enemigos no creyeron necesario guardar aquella parte, y entonces hizo pasar su ejército sobre las llamas, ordenando a los soldados que se taparan la cara con el escudo para defenderse del fuego y del humo.

FABRIZIO —Es cierto; pero considerad la diferencia que hay entre lo que he dicho y lo hecho por Hannón. He dicho que abriría una zanja y la llenaría de materias inflamables, de manera que el paso lo impedirían el foso y el fuego. Hannón puso el fuego sin foso, y, como quería pasar sobre él, no lo prendería muy grande. ¿No recordáis que el espartano Nabis, sitiado en Esparta por los romanos, cuando éstos habían entrado ya en la ciudad incendió parte de ella para impedirles el paso, y mediante aquellas llamas, no sólo los detuvo, sino que los rechazó fuera de la plaza?

»Pero volvamos a nuestro asunto. El romano Quinto Lutacio iba perseguido por los cimbrios, y al llegar a un río, para que el enemigo le diera tiempo a pasarlo, fingió querer dar batalla y disponer allí su campamento, e hizo abrir los fosos, armar algunas tiendas y hasta envió fuerzas de caballería ligera para merodear por los campos inmediatos. Creyeron los cimbrios que iba a acampar y acamparon ellos también, dividiéndose en diferentes cuerpos para proveerse de víveres. Aprovechó Lutacio esta circunstancia para pasar el río sin que el enemigo lo impidiera. Algunos generales, no teniendo puentes para el paso de un río, han variado el curso a parte de sus aguas, haciéndolas correr por donde ya habían pasado y, quedando más bajas las del antiguo cauce, pasaron sin dificultad. Cuando la corriente es rápida, para que la infantería pase con mayor seguridad, se sitúan en la parte superior al paso los caballos más fuertes, que con sus cuerpos detienen el impulso del agua, y otra fuerza de caballería en la inferior para que salve a los soldados arrastrados por la corriente. Los ríos que no son vadeables se

pueden pasar con puentes, barcas u odres. El ejército ha de transportar lo necesario para todas estas operaciones.

»Ocurre algunas veces que impide pasar un río el enemigo, situado en la orilla opuesta. Para vencer esta dificultad, el mejor ejemplo que puede seguirse es el de César que, teniendo su ejército en la margen de un río de la Galia e impidiéndole el paso el galo Vercingetórix, situado con sus tropas en la orilla opuesta, recorrió durante varios días la margen del río. Lo mismo hizo el enemigo para observar sus movimientos; pero César acampó sus tropas en un sitio cubierto de bosques a propósito para esconder a sus soldados; sacó de cada legión tres cohortes y las hizo permanecer en aquel terreno, ordenándoles que, tan pronto como él se ausentara, echasen un puente sobre el río y lo fortificaran, y con el resto de su ejército continuó el camino. Vercingetórix, que veía el mismo número de legiones, creyó que no quedaba fuerza alguna a la espalda, y siguió por la margen que ocupaba del río el movimiento de las tropas de César; éste, cuando juzgó que el puente estaba ya construido, retrocedió rápidamente y pasó por él sin dificultad.

ZANOBI —¿Hay medios de conocer los vados?

FABRIZIO —Sí. Cuando en el río, entre el agua estancada y la corriente se forma al parecer una raya o línea, hay menos fondo y puede ser vadeado mejor que por otras partes, porque en los sitios de remanso dejan las aguas la mayor cantidad del sedimento que arrastran. Como esto se ha probado muchas veces, resulta evidente.

ZANOBI —Si ocurriera que el vado se hubiese hundido de modo que los caballos no pudieran hacer pie, ¿qué recurso quedaría?

FABRIZIO —Se hace un emparrillado con maderos; colócase en el fondo del río, y sobre él se pasa. Pero continuemos nuestra explicación.

»Si sucede que un general se mete con su ejército por un desfiladero y sólo tiene dos caminos para salvarse, el que sigue o el que ha seguido, ocupados ambos por el enemigo, haga, como remedio a su situación lo que ya se ha hecho en tiempos pasados, y consiste en abrir a retaguardia del ejército un ancho foso difícil de salvar, para demostrar al enemigo el deseo de contenerle por aquella parte, y, segura la retaguardia de ser atacada, amenace con toda la fuerza por el camino que hay hacia delante. El enemigo acudirá a la parte abierta del desfiladero y abandonará la cerrada por el foso; entonces se echa sobre éste un puente dispuesto de antemano, y por él pasa el ejército encerrado en la angostura, sin impedimento alguno, librándose de las manos de sus contrarios.

»El cónsul romano Lucio Minucio estaba en Liguria con el ejército y se dejó encerrar entre unos montes, de donde, rodeado de enemigos, no podía salir. Para librarse de aquel peligro envió hacia los pasos guardados por los enemigos algunos soldados de caballería de la Numidia que llevaba en su ejército, mal armados y montados en caballos pequeños y flacos. Al presentarse, se prepararon los enemigos a defender el paso; pero cuando vieron lo desordenada y, según ellos, mal montada que iba aquella tropa, la despreciaron y descuidaron la guarda. Advertidos por los númidas espolearon sus caballos, y, cargando con ímpetu sobre los enemigos, pasaron sin que pudieran éstos impedirlo. Desparramados por la comarca y arrasando y robando el país, pronto obligaron a los ligures a dejar libre salida al ejército de Minucio.

»Algún general, atacado por multitud de enemigos, concentró sus fuerzas, dejándose rodear, y acometiendo después con ímpetu por el punto más débil de las contrarias, abriose paso y salvó su ejército.

»Advirtió Marco Antonio en su retirada delante de los

partos que éstos le atacaban todos los días al amanecer, cuando se ponía en marcha, acosándolo durante todo el camino, y determinó no moverse hasta el mediodía. Creyeron los partos que no iba a levantar el campamento el primer día que adoptó tal decisión, y se retiraron a sus puestos, con lo cual pudo Marco Antonio caminar dicho día sin ser molestado. El mismo general, para librar a sus soldados de las flechas de los partos, dispuso que, cuando éstos atacaban, se arrodillara la primera fila de las legiones, la segunda colocara sus escudos sobre las cabezas de los soldados de las primeras, la tercera sobre los de la segunda, la cuarta sobre los de la tercera, y así sucesivamente. Todo el ejército quedaba como bajo un techo que le protegía de las flechas enemigas.

»Esto es cuanto se me ocurre deciros de lo que puede suceder a un ejército en marcha, y, si no me hacéis observaciones, pasaremos a otro asunto.

# LIBRO SEXTO

Campamentos de los griegos y de los romanos. — Deben imitarse en parte los de los romanos. — Descripción del campamento que el autor propone. — Por qué debe haber determinadas distancias entre las calles y los espacios del campamento. — Uso que debe hacerse de los espacios. — Ingenieros de los campamentos. — Estacadas de los romanos: no deben hacerse, y sí sólo fosos y parapetos. — Manera de hacer los campamentos en la proximidad al enemigo. — Guardia o centinelas del campamento. — Cuidado con que debe observarse quién sale y quién entra de nuevo en él. — Castigos y recompensas entre los romanos. — Los mismos soldados eran ejecutores de los primeros. — Hacían jurar a los soldados la observancia de la disciplina. — Prohibían en los campamentos las mujeres y los juegos. — Manera de levantar el campamento. — Preceptos de los romanos para acampar; que el sitio fuera salubre; que no lo pudiera cercar el enemigo. — Cómo se conserva la salud en el ejército. — De los víveres. — Cómo acampa el ejército cuando excede del número ordinario. — El ejército no debe pasar de cincuenta mil soldados. — Ejemplos griegos y romanos. — Manera de engañar a las ciudades sospechosas y a los espías interiores. — Secreto que debe guardarse en los movimientos. — Diversos modos de conocer los secretos de los enemigos. — Escaramuzas; cuándo deben hacerse. — Ejército sitiado en el campamento; cómo debe entretener al enemigo y salvarse. — Ejemplos de capitanes célebres. — Cómo se dividen las fuerzas del enemigo. — Cómo se apaciguan las sediciones y discordias entre los soldados. — Lo que más sirve para estos casos es la fama del general. — Augurios. — Cómo se aprovechaban en la Antigüedad. — Determinaciones y estratagemas para engañar y vencer al enemigo. — De cómo se asegura el general de las poblaciones sospechosas y gana en su favor a los pueblos. — Es peligrosísimo guerrear en invierno, y debe evitarse.

ZANOBI —Puesto que vamos a variar de asunto, creo que Bautista debe encargarse de lo que yo hago, imitando así a los buenos generales que, según ha dicho el señor Fabrizio, ponen sus mejores soldados delante y a retaguardia, por ser necesario que los primeros inicien vigorosamente el combate, y los segundos lo sostengan con igual valor. Cosme empezó esta

conversación con el mejor éxito, y Bautista la terminará con igual acierto. Luis y yo la hemos mantenido entre ellos dos, y puesto que cada cual de nosotros ha desempeñado voluntariamente su cargo, creo que Bautista[39] lo aceptará de igual modo.

BAUTISTA —He hecho hasta ahora lo que habéis querido y seguiré haciéndolo. Por tanto, señor Fabrizio, continuad vuestro razonamiento y perdonad que lo interrumpamos con nuestras preguntas.

FABRIZIO —Ya os he dicho que vuestras interrogaciones me son muy gratas, porque, en vez de perturbar, refrescan mis ideas. Continuando el asunto, diré que ya es tiempo de acampar nuestro ejército, porque, según sabéis, todo lo animado necesita descanso y descanso seguro, que sin seguridad, no es verdadero. Probablemente hubieseis querido que yo acampara primero al ejército, lo hiciera después caminar, y, por último, combatir; y hemos hecho lo contrario. Esto era necesario, porque, al explicar cómo un ejército en marcha se ponía en orden de batalla y después recobraba el de marcha, era preciso mostrar primero la manera de organizarse para combatir.

»Volviendo, pues, a nuestro asunto, digo que el campamento debe ser fuerte y estar bien dispuesto: fuerte lo hace el sitio y el arte; bien organizado, el talento del general. Los griegos buscaban posiciones naturalmente fortísimas, y no lo establecían sin estar apoyado en un despeñadero o cauce de río, o bosque, o cualquier otro reparo que lo defendiera. Los romanos confiaban más en el arte que en la naturaleza, y jamás acampaban en sitio donde no pudieran desplegar, con arreglo a su ordenanza, todas sus fuerzas.

»De aquí que tuvieran siempre la misma forma de acampar, porque nunca la supeditaban al terreno, sino éste a aquélla; cosa imposible a los griegos, quienes, ajustándose al sitio y variando

éste de condiciones por necesidad, alteraban la manera de acampar y la forma de los campamentos. Los romanos suplían con el arte la falta de fuerza natural de la posición ocupada, y como en estas explicaciones me he propuesto imitar a los romanos, lo haré también en la manera de acampar, no copiando todas sus disposiciones, sino las que juzgo apropiadas a estos tiempos.

»Ya os he dicho varias veces que en sus ejércitos consulares había dos legiones de ciudadanos romanos, los cuales sumaban unos once mil infantes y seiscientos caballos, y que además llevaban otros once mil infantes de tropas auxiliares. Jamás tenían sus ejércitos más soldados extranjeros que romanos, exceptuando la caballería, la cual no les importaba que fuese más numerosa que la de sus legiones.

»En todas las batallas ponían las legiones romanas en el centro, y las tropas auxiliares, en los flancos. Lo mismo hacían al acampar, como habréis leído en los escritores que se ocupan de estos asuntos. Por esto no explicaré sus campamentos, sino que diré cómo acamparía ahora mi ejército, y así advertiréis lo que adopto del método romano.

»Sabéis que, a semejanza de las legiones romanas, he formado dos brigadas de seis mil infantes y trescientos caballos útiles para cada una, y el número de los batallones, las armas y los nombres que les he dado. Recordaréis que, ni en el orden de marcha ni en el de batalla, he hecho mención de otras tropas, indicando sólo que, al duplicar el número de combatientes, se doblaba la formación.

»Al explicaros ahora la manera de acampar, me parece oportuno no limitarme a las dos brigadas, sino reunir un ejército que tenga las fuerzas del romano, es decir, dos brigadas y otras tantas tropas auxiliares. Lo hago para que el modo de acampar sea más regular llevando un ejército completo, lo cual

no era necesario para las demás operaciones antes explicadas.

»Para acampar un ejército completo de veinticuatro mil infantes y dos mil caballos útiles, dividido en cuatro brigadas, dos de mis propios súbditos y otras dos de tropas auxiliares, haré lo siguiente: encontrado el sitio donde quiera establecer el campamento, enarbolaré la bandera capitana y, tomándola por centro, será trazado un cuadro, cuyos lados estarán alejados entre sí cincuenta brazos, mirando a las cuatro partes del cielo, es decir, a Levante, Poniente, Mediodía y Norte. En este espacio estará la tienda del general. Por considerarlo prudente y porque lo hacían los romanos, separaré los hombres armados de los desarmados, y los aptos para el combate de los impedidos. Todos, o casi todos los armados acamparán en la parte de Levante, y los desarmados e impedidos, en la de Poniente. El frente del campamento estará a Levante, y la espalda a Poniente; los flancos, al Norte y al Mediodía.

»Para distinguir el campamento de los armados, trazaré una línea desde la bandera capitana hacia Levante en una extensión de seiscientos ochenta brazos. A los lados y tan largas como éstas, haré otras dos líneas, distantes cada una de la del centro quince brazos. A la extremidad de estas tres líneas estará la puerta de Levante, y en el espacio que media entre las dos líneas de los lados haré una calle que vaya desde dicha puerta a la tienda del general, teniendo treinta brazos de ancho por seiscientos treinta de largo, porque la tienda ha de ocupar cincuenta brazos. Esta calle se llamará *vía Capitana*. Haré después otra desde la puerta del Mediodía a la puerta del Norte o Tramontana, pasando por la cabeza de la vía capitana y rasante con la tienda del general por Levante. Ésta tendrá de largo mil doscientos cincuenta brazos, por ocupar toda la extensión del campamento, y de ancho, treinta brazos, llamándose *vía de la Cruz*. Trazados el alojamiento del general y estos dos caminos, empezaré a señalar el sitio para las tiendas de

mis propias brigadas, poniendo una a la derecha de la vía Capitana, y la otra a la izquierda. Pasando el espacio que ocupa el ancho de la vía de la Cruz, estableceré treinta y dos alojamientos a la izquierda de la vía Capitana, y otros treinta y dos a la derecha, dejando entre el decimosexto y decimoséptimo un espacio de treinta brazos que formará una calle transversal entre todos los alojamientos de las brigadas, según veremos al hablar de su distribución. De estos dos órdenes de alojamientos, los primeros del frente, a cada lado de la vía de la Cruz, se destinarán a los jefes de los hombres de armas, y los quince que les siguen, también por ambos lados, para los hombres de armas que, siendo ciento cincuenta en cada brigada, corresponderán diez a cada alojamiento. Los de los jefes tendrán cuarenta brazos de ancho y diez de largo (adviértase que cuando digo ancho me refiero al espacio de Mediodía a Norte, y largo es de Poniente a Levante). Los de los hombres de armas tendrán quince brazos de largo por treinta de ancho.

»Los otros quince alojamientos que les siguen por ambas partes y que principian pasada la calle transversal, tendrán el mismo espacio que los de los hombres de armas y los destinaré a la caballería ligera. Siendo también de ciento cincuenta hombres por brigada, corresponderá un alojamiento para cada diez soldados. Los que hacen el número dieciséis por cada lado serán para los jefes de esta fuerza y tendrán la misma extensión que los de los jefes de los hombres de armas. De esta suerte, los alojamientos de la caballería de las dos brigadas quedan a ambos lados de la vía Capitana y sirven de regla para trazar los de la infantería en la forma que voy a explicar.

»Habéis visto cómo he alojado los trescientos caballos de cada brigada con sus jefes en treinta y dos alojamientos, colocados junto a la vía Capitana a partir de la vía de la Cruz, y dejando entre el dieciséis y diecisiete un espacio de treinta brazos que forma la calle transversal. Voy ahora a alojar los

veinte batallones que forman las dos brigadas ordinarias, y pondré los alojamientos de cada dos batallones detrás de los de la caballería, teniendo cada uno quince brazos de largo y treinta de ancho, como los de la caballería, y tan juntos unos a otros que se toquen por la espalda. El primer alojamiento de cada lado, inmediato a la vía de la Cruz, será para el condestable de cada batallón, y ambos estarán, por consiguiente, en la misma línea que los de los hombres de armas. Su capacidad será de veinte brazos de ancho por diez de largo. En los quince que siguen a cada lado de la calle transversal pondré, también, a cada lado, un batallón de infantería, formado de cuatrocientos cincuenta hombres, correspondiendo a treinta por alojamiento. Situaré otros quince alojamientos inmediatos a los de la caballería ligera con igual capacidad, y en ellos, un batallón de infantería por cada lado. Los dos últimos de ambos lados serán para los condestables de los batallones, y estarán en la misma línea de los que tienen los dos jefes de dicha caballería, con una capacidad de diez brazos de largo por veinte de ancho. De este modo, las dos primeras líneas de alojamiento serán por mitad de caballería y de infantería; y como quiero, según ya dije, que todos los soldados de caballería sean útiles para el servicio y que no haya sirvientes destinados a cuidar los caballos, ordenaré, como lo disponían los romanos, que la infantería acampada inmediatamente detrás de la caballería esté obligada a ayudar a ésta y a sus órdenes, liberándola de otros trabajos de campamento.

»Detrás de estas dos líneas de alojamientos dejaré un espacio de treinta brazos formando dos calles, a las cuales llamaré *primera calle a la derecha* y *primera calle a la izquierda*. A cada lado colocaré otra línea de treinta y dos alojamientos dobles, contiguos por detrás unos a otros, con igual capacidad a los ya citados y divididos de igual modo, después del dieciséis, para formar la calle transversal, alojando a cada lado cuatro

batallones de infantería con sus condestables a la cabeza y a la cola. Dejando, después, otros dos espacios de treinta brazos, uno por lado, que llamaré *segunda calle a la derecha* y *segunda calle a la izquierda*, pondré otras dos líneas de treinta y dos alojamientos dobles, con iguales distancias y divisiones, y en ellos otros cuatro batallones por lado, con sus condestables. De esta suerte quedan acampados en tres líneas de alojamientos, a los costados de la vía Capitana, la caballería y los batallones de las dos brigadas ordinarias.

»Compuestas de igual número de soldados las dos brigadas auxiliares, las acamparé a ambos lados de las dos brigadas ordinarias y en igual forma que éstas, poniendo primero una línea de alojamientos dobles, ocupada la mitad por caballería y la otra mitad por infantería, apartadas una de otra treinta brazos, formando dos calles que se llamarán *tercera calle de la derecha* y *tercera calle de la izquierda*. Estableceré después a cada lado otras dos líneas de alojamientos ordenados de igual modo que los de las brigadas ordinarias, y formaré otras dos calles que llamaré con el número correspondiente a la izquierda o a la derecha. Toda esta parte del ejército quedará, por tanto, acampada en doce líneas de alojamientos dobles, con trece calles, incluyendo las vías Capitana y de la Cruz. Entre los alojamientos y los fosos y trincheras dejaré un espacio de cien brazos alrededor del campamento, y sumando todos estos espacios veréis que desde el alojamiento del general a la puerta de Levante hay seiscientos ochenta brazos.

»Nos quedan ahora dos espacios, uno desde el alojamiento del general a la puerta del Mediodía y otro desde éste hasta la puerta de Tramontana o del Norte. Midiéndolos desde el centro del alojamiento, tienen cada uno seiscientos veinticinco brazos. Tomo de ellos cincuenta brazos que ocupa el alojamiento del general; cuarenta y cinco brazos para la plaza que deseo dejar a cada lado del mismo; treinta brazos para la calle que por mitad

separará ambos espacios y cien brazos que por cada parte median entre el foso y los alojamientos, quedando para éstos, también por cada lado, un espacio de cuatrocientos brazos de ancho por ciento de largo, midiendo el largo con el espacio que tiene el alojamiento del general. Dividiendo por mitad a lo largo estos dos espacios, haré a izquierda y a derecha del general cuarenta alojamientos de cincuenta brazos de largo por veinte de ancho, siendo en conjunto ochenta alojamientos destinados a los jefes de brigada, el tesorero y los maestres de campo y cuantos desempeñan cargos en el ejército. Dejaré algunas vacantes para los extranjeros que visiten el ejército y para los que militen por favor del general.

»Por detrás del alojamiento de éste abriré una calle del Mediodía al Norte de treinta brazos de ancha, que llamaré *calle de la Cabeza* y pasará a lo largo de los ochenta alojamientos referidos, de modo que entre esta vía y la de la Cruz quedarán el alojamiento del capitán y los ochenta citados. Desde esta calle de la Cabeza y frente al alojamiento del general abriré otra hasta la puerta de Poniente de treinta brazos de ancho, correspondiendo por el sitio y extensión a la vía Capitana, y la llamaré *calle de la Plaza*. Trazadas ambas calles, estableceré la plaza, donde estará el mercado, situándola a la cabeza de la calle de la Plaza, frente al alojamiento del capitán y unida a la calle de la Cabeza, procurando que sea cuadrada, de ciento sesenta brazos por lado. A derecha e izquierda de la plaza pondré dos cuerpos de ocho alojamientos dobles cada uno, y tendrán veinte brazos de largo por treinta de ancho. La plaza estará, por tanto, entre dieciséis alojamientos por lado, que en junto hacen treinta y dos. En ellos pondré la caballería supernumeraria de las brigadas auxiliares, y, si no cupiera toda, les daré algunos de los alojamientos que están a los lados del cuartel general, especialmente los cercanos a los fosos.

»Me queda alojar las picas y los vélites extraordinarios

adjuntos a cada brigada; pues ya sabéis que, según mi ordenanza, cada una tiene, además de los diez batallones, mil picas extraordinarias y quinientos vélites, de modo que las dos brigadas propias cuentan dos mil picas y mil vélites extraordinarios y otros tantos para las brigadas auxiliares. Tengo, pues, que alojar aún unos seis mil hombres de infantería, a quienes colocaré hacia Poniente a lo largo de los fosos y trincheras. Al extremo de la calle de la Cabeza, hacia el Norte, dejando un espacio de cien brazos hasta el foso, situaré un cuerpo de cinco alojamientos dobles que ocupará un local de setenta y cinco brazos de largo y sesenta de ancho, y, dividida la anchura, corresponderá a cada una quince brazos de largo y treinta de ancho. En estos diez alojamientos pondré trescientos infantes, treinta en cada uno de ellos. Dejando un espacio de treinta y un brazos, colocaré de igual modo y con las mismas distancias otro cuerpo de cinco alojamientos dobles, sumando cincuenta alineados a la parte del Norte y distantes cien brazos de los fosos. En ellos acamparán mil cien infantes.

»Volviendo después a mano izquierda, hacia la puerta de Poniente, colocaré en el espacio hasta dicha puerta otros cinco cuerpos de alojamientos dobles, del mismo modo y con iguales distancias, con la diferencia de que un cuerpo sólo distará del otro quince brazos. Alojaré en ellos mil quinientos infantes. De este modo, desde la puerta del Norte a la de Poniente habré establecido a lo largo de los fosos cien alojamientos distribuidos en diez cuerpos de a cinco alojamientos dobles, en los cuales estarán todas las picas y los vélites extraordinarios de las brigadas propias.

»Desde la puerta de Poniente a la del Mediodía, a lo largo del foso y de igual modo, pondré otros diez cuerpos de diez alojamientos cada uno, para las picas y los vélites extraordinarios de las brigadas auxiliares. Sus jefes o condestables ocuparán las tiendas que les parezcan más

cómodas hacia la parte de los fosos. La artillería estará a lo largo de las trincheras y, en el espacio que queda hacia Poniente, situaré todos los desarmados y la impedimenta del campamento.

»Bajo el nombre de impedimenta comprendían en la Antigüedad, como sabéis, todo lo necesario al ejército, además de los soldados, como carpinteros, herreros, herradores, canteros, ingenieros, artilleros, aunque estos dos últimos deben considerarse verdaderos soldados, pastores con sus rebaños de bueyes y ovejas necesarios para la manutención del ejército y trabajadores de diferentes oficios, con los carros necesarios para las municiones de guerra y boca. No detallaré el alojamiento de la impedimenta, diciendo sólo que las vías trazadas no debe ocuparlas. Los cuatro espacios que entre ellas quedan los designaré en conjunto para la impedimenta, uno para el ganado, otro para los trabajadores y la maestranza, otro para los carros de víveres y otro para las municiones de guerra. Las vías que deben quedar libres son la de la Plaza, la de la Cabeza y además, una que se llamará *calle de en medio*, que irá de Norte a Mediodía, atravesando por su mitad la calle de la Plaza, y será para la parte de Poniente lo que la calle transversal para la de Levante. Trazaré además por detrás de estos cuatro espacios otra calle a lo largo de los alojamientos de las picas y de los vélites extraordinarios. Todas estas calles tendrán treinta brazos de anchura. La artillería, como he dicho, la colocaré a lo largo y por detrás de los fosos.

BAUTISTA —Confieso no entenderlo y no me avergüenzo de confesarlo, porque mi profesión no es la de la milicia. Sin embargo, esa organización me satisface bastante. Quisiera sólo que me aclaraseis dos dudas: una, por qué hacéis las calles y los espacios de alrededor de los alojamientos tan anchos; y otra, para mí más grande, cómo se alojan los soldados en los sitios destinados a este efecto.

Fabrizio —Hago las calles de treinta brazos de anchura para que pueda pasar por ellas un batallón de infantería en orden de batalla, y recordaréis que esta formación ocupa un espacio de veinticinco a treinta brazos de ancho. Se necesita que sea de cien brazos el que separa los alojamientos del foso, para el manejo de los batallones y de la artillería, conducir el botín por él y, en caso necesario, retirarse tras nuevos fosos y nuevas trincheras. Es además conveniente apartar de los fosos los alojamientos para que estén menos expuestos al fuego y a las armas arrojadizas del enemigo.

»Respecto a la segunda duda, no pretendo que haya una sola tienda en cada espacio trazado, sino que pongan las que quieran los que hayan de ocuparlo, atendiendo a su comodidad, con tal que no se extralimiten del terreno que les corresponde.

»Los que tracen los alojamientos deben ser hombres prácticos y hábiles ingenieros, de modo que tan pronto como el general haya elegido el sitio, sepan darle forma y distribuirlo, trazando las calles, señalando los alojamientos con cuerdas y estacas de un modo práctico, procurando que inmediatamente quede hecha la obra. Para que no resulte confusión, conviene orientar el campo siempre de igual modo, a fin de que cada cual sepa en qué sitio ha de encontrar su alojamiento. Esto debe observarse en todo tiempo y en todo lugar, de modo que parezca una ciudad móvil que por donde va lleva las mismas calles, las mismas casas y tiene el mismo aspecto, cosa imposible para los que, buscando posiciones fuertes, necesitan variar la forma del campamento, según las condiciones del sitio.

»Los romanos, al contrario, fortificaban el lugar del campamento con fosos, vallados y trincheras y hacían una estacada a su alrededor y delante de ella, un foso ordinariamente de seis brazos de ancho y tres de hondo, que ensanchaban y profundizaban según el tiempo que querían

permanecer en aquel punto o el temor que les inspiraba el enemigo. Yo no haría en la actualidad estacadas si no quería invernar en el campamento. Sí haría, fosos y trincheras, no sólo iguales a los romanos, sino mayores, según las circunstancias.

»Además abriría, a causa de la artillería, un foso semicircular en cada uno de los ángulos del alojamiento, desde donde podría batir con los cañones por el flanco a los que atacaran las trincheras.

»El ejercicio de ordenar un campamento deben practicarlo los soldados, acostumbrándose los oficiales a trazarlo con prontitud y los soldados, a conocer rápidamente su sitio, lo cual no es difícil, como oportunamente demostraré.

»Pasaremos ahora a hablar de las guardias del campamento porque, sin la distribución de dichas guardias, los demás trabajos serían inútiles.

BAUTISTA —Antes de tratar ese asunto, os ruego me digáis qué precauciones debe tomar el que quiera acampar cerca del enemigo, porque no creo que haya tiempo para realizar, sin peligro, todas las operaciones que nos habéis explicado.

FABRIZIO —Sabed que ningún general acampa cerca del enemigo si no está dispuesto a dar la batalla cuando éste quiera, y con tal resolución, no corre ningún peligro extraordinario, porque tiene ordenadas siempre para pelear dos terceras partes de su ejército y la restante, encargada del campamento. En tales casos, los romanos destinaban los triarios a fortificar los alojamientos, y los príncipes y los astarios estaban sobre las armas. Hacían esto porque, siendo los triarios los últimos en combatir, siempre tenían tiempo, si atacaba el enemigo, para dejar el trabajo, empuñar las armas y ocupar su sitio en el campo de batalla. Siguiendo el ejemplo de los romanos, dedicaréis a la construcción de los alojamientos a los batallones que hayáis de poner a retaguardia del ejército, en el lugar que

ocupaban los triarios. Pero hablemos ahora de las guardias y de cómo deben establecerse.

»No recuerdo que en la Antigüedad se pusieran de noche para guardar el campamento centinelas fuera y a distancia de los fosos, como hoy se usa; y, a mi juicio, no lo hacían para evitar que el ejército fuera engañado a causa de la dificultad de verlos y de la exposición de que el enemigo los gane o los prenda, por lo cual estimaban peligroso fiarse de ellos en parte o en todo. Toda la fuerza de sus guardias estaba, pues, en el interior de los atrincheramientos, haciéndolas con un orden y un cuidado grandísimos y castigando con pena de muerte a los que faltaban a su deber. No explicaré las reglas a que se ajustaba este servicio para no molestaros inútilmente, puesto que os será fácil enteraros de ellas, si no las sabéis; sólo diré brevemente lo que yo haría. De ordinario, tendría armada cada noche la tercera parte del ejército, y siempre en pie la cuarta parte de ésta, distribuyéndola por todas las trincheras y por todos los sitios del campamento con guardias dobles en cada ángulo, unas fijas y otras patrullando constantemente de una a otra parte de aquél. La misma vigilancia establecería de día cuando el enemigo estuviese próximo.

»Nada diré de la consigna, de la necesidad de renovarla todos los días y de las demás disposiciones que hay que tomar para la guarda del campo, por ser cosa sabida. Sólo recordaré una importantísima, que, si se observa, produce mucho bien, y si no, mucho mal, cual es que se vea con gran cuidado quiénes por la noche se ausentan del campamento y quiénes entran en él. Esto es fácil saberlo si el campamento se ordena como hemos explicado, porque, habiendo en cada alojamiento un número fijo de soldados, es sencillísimo ver si falta o sobra alguno; si falta, castigarlo como desertor, y si sobra, averiguar quién es, qué hace allí, y las demás condiciones en que se encuentra. Este cuidado dificultará grandemente al enemigo mantener

inteligencias con los jefes y averiguar las intenciones del general.

»Si los romanos no hubiesen ejercido dicha vigilancia, imposible fuera a Claudio Nerón, teniendo tan cerca a Aníbal, salir del campamento de Lucania e ir a la Marca y volver de ella sin que Aníbal lo supiese.

»No basta con que la organización sea buena; es preciso, además, observarla con toda minuciosidad, pues en ninguna circunstancia necesita el ejército mayor exactitud en el cumplimiento de los deberes. Las leyes que atañen a la seguridad del ejército deben ser, pues, muy rigurosas y hacerlas cumplir estrictamente. Los romanos castigaban con pena capital al que faltaba a la guardia, al que abandonaba el sitio donde se le ponía para combatir, al que sacaba del campamento alguna cosa a escondidas, al que se vanagloriaba de haber hecho alguna hazaña en la batalla sin ser verdad, al que combatía sin orden del general, al que, por miedo, arrojaba las armas. Y si ocurría que una cohorte o una legión entera cometiera alguna de estas faltas, para no matar a todos los que la formaban, los diezmaban, sacando sus nombres a la suerte y matando uno de cada diez soldados; pena de muerte que, si no la sufrían todos los delincuentes, a todos inspiraba temor.

»Como donde los castigos son grandes, deben serlo también las recompensas para que los hombres tengan igual motivo de temor y de esperanza, establecieron los romanos premios para cada acción heroica, como la de salvar la vida a un compañero durante la batalla, ser el primero en asaltar el muro de una plaza sitiada, herir o matar al enemigo en combate o derribarlo del caballo. Cualquier valerosa acción de esta índole la agradecían y premiaban los cónsules, y la elogiaban públicamente los ciudadanos. Los que por tales hechos obtenían recompensas, además de la gloria y fama adquiridas entre los soldados, al

volver a la patria las presentaban con noble orgullo y grandes demostraciones de consideración de sus parientes y amigos. No es maravilla que aquel pueblo conquistara tanto imperio siendo tan inflexible en castigar y premiar los actos que por malos o buenos merecían censura o alabanza; ejemplos dignos en su mayoría de ser imitados.

»No creo deber pasar en silencio uno de los castigos que los romanos imponían: el de que, convencido el tribuno o el cónsul de la culpabilidad del reo, tocábanle éstos ligeramente con una varilla. Desde aquel momento, podía huir y todos los soldados matarlo, de modo que cada cual le arrojaba piedras o dardos o lo hería con otras armas, y recorría vivo pocos pasos y eran rarísimos los que escapaban. Aun escapando, no podían volver a sus casas sino con tantos trabajos o tanta ignominia, que les era preferible la muerte.

»Los suizos tienen un castigo idéntico, y hacen matar públicamente a los condenados por los otros soldados, lo cual, bien pensado, está perfectamente hecho. El mejor medio de evitar que haya defensores de culpados es obligarles a que los castiguen, porque el interés que les inspira y el deseo de su castigo les afectan de un modo muy distinto, según sean ellos u otros los que hayan de ejecutar la pena. Si queréis que un pueblo no se haga cómplice de los dañosos proyectos de un ciudadano, haced que el pueblo sea su juez. En prueba de ello puede citarse el ejemplo de Manlio Capitolino, que, acusado por el Senado, fue defendido por el pueblo, hasta que llegó éste a juzgarle y a ser árbitro de su suerte, y lo condenó a muerte. Este género de castigo es, pues, muy a propósito para evitar tumultos y hacer observar la justicia.

»Y como para refrenar a los soldados no basta el temor de las leyes ni el de los hombres, añadíanles en la Antigüedad el prestigio de los dioses: por ello, con solemnes ceremonias

hacían jurar a sus soldados la observancia de la disciplina militar, para que, faltando al juramento, no sólo temieran las leyes y a los hombres, sino también a las divinidades. Procuraban además por todos los medios fortalecer en ellos los sentimientos religiosos.

BAUTISTA —¿Permitían los romanos que en sus ejércitos fueran mujeres y que los soldados jugaran, como hoy, a juegos ajenos a los ejercicios corporales?

FABRIZIO —Prohibían ambas cosas, y no era difícil de cumplir la prohibición, por ser tantas las ocupaciones de cada soldado, generales y particulares, que no les quedaba tiempo para pensar en Venus ni en el juego, ni en nada de lo que hace a los soldados sediciosos e inútiles.

BAUTISTA —Perfectamente. Decidme ahora la manera de levantar el campamento.

FABRIZIO —Tocaba la trompeta capitana tres veces. Al primer toque se levantaban las tiendas y se liaba el bagaje; al segundo, cargábanse las bestias, y al tercero, empezaba la marcha en el orden que hemos dicho: los bagajes a retaguardia de cada cuerpo de ejército, poniendo en medio las legiones. Haréis, pues, partir una brigada auxiliar, a continuación sus bagajes, y con ellos, la cuarta parte de la impedimenta común a todos los cuerpos, es decir, la que haya alojada en uno de los cuatro espacios de que hablamos hace poco. Para esto conviene que cada uno de ellos esté asignado a una brigada, a fin de que los alojados en él sepan cuál es su puesto en marcha. Cada brigada, con sus bagajes propios y la cuarta parte de los comunes, seguirá la marcha, como hemos dicho que caminaba el ejército romano.

BAUTISTA —¿Tenían los romanos para acampar algunas reglas además de las que habéis expuesto?

FABRIZIO —Os repito que, ante todo, preferían la

acostumbrada forma de sus campamentos, cediendo a ésta las demás consideraciones; pero sin perder jamás de vista dos circunstancias: una, que el sitio del campamento fuera salubre; y otra, situarlo donde el enemigo no lo pudiera cercar ni cortarle el agua o los víveres. Para evitar enfermedades, alejábanse de las tierras pantanosas y expuestas a vientos nocivos, lo que conocían, no sólo por el aspecto de la localidad, sino también por el de sus habitantes; y cuando los veían descoloridos, o asmáticos, o atacados de alguna infección, no acampaban.

»En cuanto a que no pueda ser cercado por el enemigo el campamento, conviene tener en cuenta la naturaleza del terreno, dónde están vuestros amigos y vuestros enemigos, y conjeturar de este modo si es o no posible el asedio. El general debe ser, pues, peritísimo en el conocimiento del país donde opera, y llevar consigo personas de igual pericia.

»Evítanse las enfermedades y el hambre procurando que no se desordene el ejército, pues, para mantenerlo sano, es preciso que el soldado duerma bajo la tienda, que se aloje donde haya árboles que den sombra y leña para cocer la comida, y que no camine durante las horas de más calor. En el verano saldrá de los alojamientos antes de amanecer, y en el invierno se procurará que no camine sobre nieve o hielo sin haber facilidad de encender fuego.

»No debe faltarle el vestido necesario ni beber agua malsana. Con el ejército irán médicos para curar a los enfermos, porque el general no tiene medios de defensa cuando ha de combatir a la vez con las enfermedades y con el enemigo. Pero lo mejor para mantener el ejército sano es el ejercicio, y por ello, en la Antigüedad se hacía diariamente. Puede juzgarse lo que importa el ejercicio sabiendo que en el campamento da la salud y en el campo de batalla, la victoria.

»Para prevenir el hambre, no sólo se procurará que el

enemigo no impida la llegada de víveres, sino saber de dónde han de sacarse y cuidar que no se desperdicien los acopiados. Conviene estar siempre aprovisionado para un mes y obligar después a los aliados próximos a llevarlos todos los días. Conviene también almacenar gran cantidad en alguna plaza fuerte y consumirlos con economía, de modo que cada soldado sólo tenga a diario la ración necesaria. El orden en el acopio y el consumo de las provisiones debe cuidarse mucho, pues con el tiempo triunfaréis de todo en la guerra menos del hambre, que, cuanto más dure, más os vence.

»El enemigo que pueda venceros por hambre no la procurará por las armas, porque si aquella victoria no es tan honrosa, es más cierta y segura. El hambre es un peligro inevitable para todo ejército que no esté administrado con rigurosa justicia y que consuma sus víveres con desarreglo y a capricho, porque el desorden impide que lleguen a tiempo las municiones de boca, y si llegan y se desperdician, el resultado es igualmente funesto. En la Antigüedad, cada soldado comía la ración que le daban y en el momento de recibirla, porque todos comían al mismo tiempo que el capitán. Lo que en los ejércitos modernos ocurre, bien sabido es: lejos de ser como los antiguos, modelos de economía y sobriedad, son, al contrario, escuelas de licencia y de embriaguez.

BAUTISTA —Al empezar a explicar los campamentos habéis dicho que no queríais limitarlos a dos brigadas, sino acampar cuatro para mostrar cómo lo hacía un ejército completo. Os ruego que me digáis dos cosas: una, cómo acamparé un ejército más o menos numeroso; otra, qué número de soldados ha de tener un ejército para combatir a toda clase de enemigos.

FABRIZIO —A la primera pregunta respondo que, si el ejército tiene unos seis mil hombres más o menos que el acampado, se alargan o acortan las líneas de alojamiento hasta

que sean suficientes, y con este método se puede llegar, en más o menos, hasta el infinito. Sin embargo, cuando los romanos reunían dos ejércitos consulares, hacían dos campamentos unidos por la parte que ocupan los desarmados. Respecto a la segunda pregunta, diré que el ejército ordinario romano era de unos veinticuatro mil hombres, y cuando mayor fuerza ponían en campaña no pasaba de cincuenta mil. Con este número contrarrestaron el ataque de doscientos mil galos, después de la primera guerra púnica, y con el mismo hicieron la campaña contra Aníbal. Notad que tanto los romanos como los griegos han hecho la guerra con pocas tropas, procurando la ventaja con el arte y la disciplina; en cambio, los pueblos de Occidente y de Oriente la hacían en multitud; los primeros con su natural impetuosidad, y los orientales, llevados por la grande obediencia que profesan al monarca.

»Como ni en Grecia ni en Italia existía ninguno de ambos móviles, fue preciso acudir a la disciplina, cuyo poder es tan grande que, relativamente, con pocos soldados superaron el denuedo y la obstinación de inmensa multitud.

»Queriendo imitar a los griegos y a los romanos, nuestros ejércitos no deben pasar de cincuenta mil soldados, más bien menos que más, porque la multitud produce confusión y estorba para la observancia de la disciplina y la práctica de los ejercicios. Solía decir Pirro que con quince mil hombres conquistaría el mundo.

»Pasemos ahora a otro asunto.

»Hemos hecho a nuestro ejército vencer en una batalla y mostrado los accidentes que pueden ocurrir durante el combate. Después, lo he puesto en marcha, previendo todos los peligros con que puede tropezar en el camino, y, finalmente, ha acampado. Le dejaremos, pues, descansar de las fatigas, y pensaremos en la manera de terminar la guerra; porque en los

campamentos se trata de muchas cosas, máxime estando aún el enemigo en campaña y habiendo aún plazas fuertes sospechosas o enemigas, las cuales es preciso ocupar o expugnar. Necesario es, pues, hablar de estos diversos objetos y resolver todas las dificultades con la misma gloria alcanzada hasta ahora. Pasemos, pues, a ocuparnos de los casos especiales.

»Si muchos hombres o pueblos hiciesen algo que os fuese útil y a ellos grandemente dañoso, como derribar los muros de su ciudad o desterrar gran número de ciudadanos, convendrá engañar a todos acerca de vuestros proyectos; de tal modo, que ninguno crea os ocupáis de él, y, no pensando en mutuo auxilio, uno tras otro queden sujetos a vuestra voluntad; o mandar a todos en un mismo día lo que deben hacer, para que, creyendo cada cual ser el único a quien os imponéis, sólo piense en obedecer y no en resistir, quedando todos ellos sometidos sin perturbación alguna.

»Si sospecháis de la fidelidad de algún pueblo y queréis aseguraros de él atacándolo de improviso, el mejor modo de encubrir vuestro designio será pedirle auxilio para cualquier otra empresa, pareciendo que no tenéis intento alguno de perjudicarle; de esta suerte, no creyendo que deseáis ofenderlo, no pensará en defenderse y podréis realizar fácilmente vuestro proyecto.

»Cuando sospechéis que hay en vuestro ejército alguno que da a conocer vuestros proyectos al enemigo, lo mejor que podéis hacer es valeros de su perfidia, comunicándole lo que no pensáis hacer y ocultándole lo que vais a realizar, fingiendo temores que no sintáis y callando los que experimentéis. Esto alentará al enemigo para realizar alguna operación creyendo saber vuestros proyectos, y os será fácil engañarle y vencerle.

»Si quisierais, como lo hizo Claudio Nerón, disminuir vuestro ejército enviando refuerzos a algún aliado sin que el

enemigo lo advierta, es necesario no reducir el campamento, conservando las mismas filas de tiendas, las mismas banderas, y no alterar en nada el número de las guardias y de las hogueras. Si, al contrario, deseáis ocultar al enemigo los refuerzos que habéis recibido, no aumentéis la extensión de vuestro campamento. El secreto en los actos y designios de la guerra es siempre utilísimo. Cuando Metelo estaba con su ejército en España, le preguntó uno qué iba a hacer al día siguiente, y respondió: «Si lo supiese mi camisa, la quemaría». A uno que preguntaba a Marco Craso cuándo movería el ejército, contestó éste: «¿Crees ser el único que no oiga las trompetas?».

»Para saber los secretos del enemigo y conocer sus disposiciones, algunos generales han empleado el recurso de enviarle embajadores acompañados de jefes peritísimos en la guerra con disfraz de criados, los cuales podían así ver el ejército enemigo, y apreciando su fuerza o flaqueza, procurar los medios para vencerle. Otros han fingido desterrar a uno de sus confidentes, quien, yéndose al campo enemigo, ha averiguado y transmitido sus proyectos. También se conocen los secretos del adversario por medio de los prisioneros.

»En la guerra contra los cimbrios quiso Mario saber si podía confiar en los galos cisalpinos, aliados entonces al pueblo romano, y les mandó unas cartas abiertas y otras cerradas, diciéndoles en aquéllas que abriesen éstas en determinado plazo. Antes de que se cumpliera se las pidió, y, al encontrarlas abiertas, comprendió que no podía fiar en ellos.

»Algunos generales, en vez de ir en busca del enemigo invasor, han penetrado en sus tierras, obligándolo a retroceder para acudir a defenderlas. Este recurso ha tenido repetidas veces buen éxito, porque vuestros soldados empiezan venciendo y adquiriendo confianza y botín, mientras el enemigo, creyéndose de vencedor vencido, se desalienta; pero sólo puede

emplearlo quien tenga su país más fortificado que el del enemigo, pues, de lo contrario, sería perjudicial.

»Ha sido provechoso a otros generales, cuando el enemigo sitiaba su campamento, entablar con él negociaciones de paz y ajustar tregua por algunos días. Esto suele hacer negligente al adversario y, aprovechando su descuido, puede presentarse ocasión de escapar de sus manos. De este modo se libró Sila dos veces de los enemigos, y con el mismo engaño consiguió Asdrúbal en España no ser capturado por Claudio Nerón, que le tenía cercado.

»Aprovechan para librarse del enemigo, además de los recursos citados, algunos otros que lo tengan en suspenso, como, por ejemplo, atacarle con parte de vuestra fuerza, para que, atento a la batalla, no impida la salvación del resto del ejército, o producir algún suceso imprevisto que, por la novedad, lo tenga incierto y parado. Esto hizo Aníbal cuando, cercado por Fabio Máximo, puso durante la noche haces encendidos entre los cuernos de muchos bueyes, y, sorprendido Fabio por aquella novedad, no pensó en cerrar a su enemigo todos los pasos.

»Un buen general debe procurar sobre todo dividir las fuerzas del enemigo, haciendo sospechosos al jefe que los manda los hombres de quienes se fía, o dándole motivo para separar sus tropas y debilitar con ello su ejército. Lo primero se procura atendiendo a los intereses de algunos de los que el general enemigo tiene a su lado, respetando durante la guerra sus posesiones y sus dependientes, y devolviéndoles sus hijos y demás personas de su familia sin rescate. Ya sabéis que cuando Aníbal quemó alrededor de Roma todos los campos, mandó respetar únicamente los bienes de Fabio Máximo, y que, viniendo Coriolano con su ejército contra Roma, ordenó no tocar las posesiones de los nobles y saquear y quemar las de la

plebe. Metelo, en la guerra contra Yugurta, inducía a todos los emisarios enviados por éste a que le entregaran dicho príncipe, y en las cartas que les escribía hablábales con preferencia de este proyecto, logrando que al poco tiempo sospechara Yugurta de todos sus consejeros y los hiciese morir de diversos modos.

»Refugiado Aníbal en el reino de Antíoco, los embajadores romanos, en conferencias privadas con este rey, lograron que lo considerara sospechoso y que desechara sus consejos.

»El mejor medio de dividir las fuerzas enemigas es invadir su país, para que, obligadas a defenderlo, abandonen el teatro de la guerra. Así lo hizo Fabio cuando combatía con las fuerzas unidas de los galos, los etruscos, los umbrios y los samnitas.

»Tenía Tito Dimio un ejército inferior en fuerzas al del enemigo, y esperaba una legión de Roma a la cual sus oponentes querían impedir el paso. Para que no fuera contra ella, hizo Tito Dimio correr la voz por todo su ejército de que quería dar al día siguiente la batalla; después, facilitó la fuga a algunos prisioneros, quienes refirieron la orden del cónsul de combatir al siguiente día, y los enemigos, por no disminuir sus fuerzas, renunciaron a ir contra la legión, que llegó sin obstáculo al campamento romano gracias a este ardid, no empleado para dividir las fuerzas enemigas, sino para duplicar las propias.

»Algunos generales han dejado de intento que el enemigo entre en su país y se apodere de varias plazas fuertes, para que, obligado a poner guarnición en ellas, disminuya sus fuerzas, siendo entonces atacado y vencido. Otros, proyectando invadir una provincia, han fingido querer atacar otra con tanta habilidad que, cayendo de repente sobre aquélla, donde no se esperaba su ataque, la han ocupado antes de que el enemigo pudiera socorrerla, porque, inseguro éste sobre si volveréis al punto primeramente amenazado, no puede abandonar un punto por socorrer otro, y así, muchas veces no defiende ninguno.

»Además de lo dicho, importa mucho a un general saber apaciguar las sediciones o discordias entre los soldados. Lo mejor en tales casos es castigar a los cabezas de motín; pero con tal prontitud, que el castigo lo sufran antes de que puedan sospecharlo. Para ello es preciso, si están alejados del general, llamar a su presencia a todo el cuerpo a que pertenecen, a fin de que, no creyendo los culpados que el llamamiento es para imponer castigos, en vez de procurar escaparse, se presenten a los que han de condenarlos. Cuando la falta de disciplina se comete a la vista del general, debe éste reunir a los obedientes y, con su ayuda, castigar a los culpados. Cuando reine discordia entre los soldados, el mejor modo de extinguirla es llevarlos a punto peligroso, porque el temor les hace estar unidos.

»Pero lo que mejor mantiene la unión en el ejército es la fama del general, originada por su talento y valor, pues sin ellos, ni el nacimiento ilustre ni el cargo bastan para inspirar respeto.

»El primer cuidado del general debe ser la seguridad de castigar y pagar a sus soldados, pues cuando faltan las pagas falta la justificación del castigo. No se puede castigar al soldado a quien no se paga porque robe, ni se le da otro medio de mantenerse. Si al ejército se le paga y no se castigan en él las faltas de disciplina, el soldado llega a ser insolente, pierde el respeto a sus jefes, el general no puede hacerse obedecer, y entonces, por necesidad, nacen los tumultos y las discordias, que son la ruina de un ejército.

»Tenían en la Antigüedad los generales una molestia de que se ven libres en la actualidad, cual era interpretar conforme a sus propósitos los malos augurios; porque si caía un rayo sobre un ejército, si se eclipsaban el sol o la luna, si había un terremoto, si el general al montar o apearse del caballo se caía, lo interpretaban los soldados siniestramente y les infundía tal miedo, que, de dar en seguida una batalla, lo probable fuera

perderla. Los generales debían en estos casos explicar los hechos como sucesos naturales o interpretarlos conforme a sus propósitos. Cayose César al desembarcar en África, y exclamó: «África, eres mi presa». Otros generales explicaban a sus soldados las causas de los eclipses de luna y de los terremotos. Tales circunstancias no se presentan en nuestros días, porque los hombres de ahora no son tan supersticiosos y porque nuestra religión aleja del ánimo tales temores; pero si por acaso ocurriese algún acontecimiento de esta clase, convendría imitar la conducta de los generales antiguos.

»Cuando el hambre o cualquier otra necesidad o pasión humana conduce al enemigo a extrema desesperación y, arrastrado por ella, provoca la batalla, debéis permanecer dentro de vuestro campamento y, en cuanto os sea posible, esquivar el combate. Así obraron los lacedemonios contra los mesenios; así lo hizo César contra Afranio y Petreyo.

»Estando el cónsul Fulvio en guerra con los cimbrios y habiendo hecho durante muchos días seguidos escaramuzas de caballería, observó que el enemigo salía siempre de su campamento para perseguirle, y en su consecuencia preparó una emboscada detrás de dicho campamento; hizo atacar de nuevo a la caballería; salieron los cimbrios en su persecución, y mientras tanto, Fulvio se apoderó del campamento y lo saqueó.

»Encontrándose dos ejércitos frente a frente, algunos generales han enviado destacamentos a talar su propio país, dándoles banderas semejantes a las de los enemigos y, tomándoles éstos por tropas que vienen en su auxilio, han acudido a ayudarles y a participar del botín, desordenándose y facilitando al adversario la victoria. Este ardid lo usó Alejandro de Epiro contra los ilirios y el siracusano Leptenses contra los cartagineses. A los dos les dio feliz resultado.

»Muchos generales han vencido al enemigo permitiéndole

comer y beber extraordinariamente. Para ello, fingiendo temor, han abandonado su campamento, lleno de víveres y vino, y cuando los contrarios estaban hartos de comida y bebida los han atacado y vencido. Esto hizo Tamiris contra Ciro, y Tiberio Graco contra los iberos. No ha faltado, en fin, quien en estos casos envenene el vino y los víveres para que la victoria fuese más fácil.

»Ya he dicho que no tenía noticia de que los generales en la Antigüedad pusieran de noche fuera del campamento centinelas o guardias avanzadas, y en mi opinión hacían esto para evitar los males que podía ocasionar. En efecto, muchas veces, de día los centinelas avanzados, para observar al enemigo, han ocasionado la ruina de quien los pone, pues cayendo en manos del adversario, como ha ocurrido en bastantes ocasiones, les obliga esto a hacer la señal convenida para llamar a los suyos, que acuden y quedan muertos o prisioneros.

»Aprovecha algunas veces engañar al enemigo variando nuestras costumbres, pues, ateniéndose a las que conoce, llega a su perdición. Así lo hizo un general que acostumbraba anunciar a los suyos la llegada del enemigo de noche con fuego y de día, con humo. Mandó que se hiciera sin intermisión el fuego y el humo, y después, al venir el enemigo, que no se hiciera señal alguna. Creyó éste llegar sin ser observado, por no ver las señales de haber sido descubierto, y en esta creencia marchaba sin ninguna precaución, por lo cual facilitó la victoria de su adversario.

»Queriendo Memnón de Rodas que el enemigo abandonara una posición muy fuerte, le envió como tránsfuga a uno de los suyos, quien anunció que la discordia imperaba en el ejército de Memnón y que la mayor parte de él se marchaba. Para acreditar la noticia fingió Memnón algunos tumultos en su campamento, y el enemigo, creyendo vencerle, le atacó y fue derrotado.

»No se debe impulsar nunca al enemigo hasta la desesperación. Es una regla que practicó César en una batalla contra los germanos, a quienes abrió camino de retirada al ver que, no teniéndolo, la necesidad de vencer les hacía redoblar sus esfuerzos, y prefirió el trabajo de perseguirles en la huida al peligro de vencerles cuando se defendían. Observando Lúculo que algunos soldados de caballería macedonios que llevaba consigo se pasaban al enemigo, hizo dar inmediatamente el toque de ataque y mandó al resto de su ejército que los siguiera. Creyó el enemigo que Lúculo deseaba dar la batalla y atacó a los macedonios con tal ímpetu, que éstos se vieron precisados a defenderse, convirtiéndose, contra su deseo, de desertores en combatientes.

»Antes o después de una victoria importa mucho asegurarse de una plaza cuya fidelidad sea sospechosa, y así lo demuestran algunos ejemplos de la Antigüedad. Desconfiando Pompeyo de la fidelidad de los habitantes de Catania, les rogó que acogiesen algunos enfermos que llevaba en su ejército, y enviando, como enfermos, hombres robustísimos, ocupó la ciudad. Sospechó Publio Valerio de los habitantes de Epidauro y los convocó a una especie de jubileo en un templo que había fuera de la población. Cuando todo el pueblo había ido a obtener la indulgencia, cerró las puertas de la ciudad y no permitió entrar en ella más que a aquéllos en quienes confiaba.

»Al emprender Alejandro Magno su expedición a Asia, quiso asegurarse de la Tracia y llevó consigo a todos los personajes de este país, dándoles cargos en su ejército y reemplazándolos en los pueblos de Tracia por hombres sin prestigio. De este modo contentó a aquéllos, pagándoles, y mantuvo la paz en Tracia por no haber jefes que agitaran los ánimos.

»Los actos más eficaces de un general para ganarse el afecto

de los pueblos son los de castidad y justicia, como los que dio Escipión en España, cuando devolvió una joven bellísima a su padre y marido; acto este que le facilitó, más que las armas, la conquista de este país.

»Haciendo pagar César los árboles que había mandado cortar para formar una empalizada alrededor de su campamento en las Galias, adquirió una reputación de justo que contribuyó poderosamente a la conquista de aquella provincia.

»Creo que a lo dicho sobre este asunto nada hay que añadir, y que está agotada la materia. Sólo me falta deciros el modo de atacar y defender las fortalezas; lo que haré de buen grado si no os cansa escucharme.

BAUTISTA —Vuestra bondad es tanta, que satisfacéis todos nuestros deseos, sin dejarnos el temor de ser indiscretos, pues nos ofrecéis generosamente lo que apenas nos atreveríamos a pediros. No podéis hacernos servicio más grato y provechoso que continuar esta conversación tan instructiva. Pero, antes de pasar a otra materia, aclaradme una duda: ¿es preferible continuar la guerra en invierno, como hoy se hace, a hacerla solamente en verano y tener las tropas en cuarteles de invierno, como se practicaba en la Antigüedad?

FABRIZIO —Sin vuestra oportuna pregunta hubiese olvidado una parte que merece consideración. De nuevo os digo que los antiguos hacían las cosas mejor y con mayor prudencia que nosotros, y si en otros asuntos cometemos algunos errores, en los militares erramos por completo. Lo más imprudente y peligroso para un general es hacer la guerra en invierno, siendo aún mayor el peligro para el agresor que para el agredido. La causa de ello consiste en lo siguiente: todo el cuidado que se pone en la disciplina militar tiene por objeto organizar un ejército y dar una batalla al enemigo, siendo éste el propósito del general, pues del resultado de la batalla depende el éxito de

la guerra. El que sabe prepararla mejor y tiene más disciplinado su ejército, aventaja al adversario y es mayor su esperanza de vencerlo. Por otra parte, lo más opuesto a aprovechar la buena organización son los terrenos muy accidentados y los temporales de lluvia o hielo, porque las desigualdades del terreno no permiten desplegar las fuerzas conforme a las reglas del arte militar, y la lluvia y el frío impiden reunir las tropas y presentarlas en masa al enemigo, siendo, al contrario, preciso alojarlas sin orden y distantes unas de otras conforme a los castillos, aldeas o ciudades que haya en la comarca y donde puedan guarecerse, de manera que el trabajo empleado en disciplinar el ejército resulta inútil. No os sorprenda que ahora se haga la guerra en invierno, porque, no teniendo disciplina, los ejércitos desconocen el peligro de no alojar unidos los diferentes cuerpos, y prescinden de cuanto puede contribuir a una buena organización. Debieran pensar, sin embargo, el daño que produce estar en campaña durante el invierno y recordar que los franceses fueron destrozados en 1503 a orillas del Garellano, más por la inclemencia del invierno que por los españoles.

»En este caso, como os he dicho, la desventaja es para el que ataca, pues el mal tiempo ofende más al invasor de país enemigo que al que se defiende en su propia tierra. Si quiere tener sus tropas reunidas, ha de sufrir los rigores del frío y del agua, y si desea evitarlos, necesitará dividir sus fuerzas. En cambio, el que espera el ataque puede elegir a su gusto el sitio para aguardar al enemigo con sus tropas descansadas; reunirlas en un momento y acometer a cualquiera de los cuerpos separados del ejército enemigo, que no podrá resistir el ataque por la desigualdad de fuerzas. Así fueron derrotados los franceses y así lo serán siempre quienes acometan en invierno a un enemigo hábil y prudente.

»El que quiera no valerse de la fuerza, la organización, la

disciplina y el valor de un ejército, emprenda una campaña en el invierno. Los romanos, tan cuidadosos de conservar todas estas ventajas, para no perderlas, evitaban la guerra en invierno, como la guerra en las montañas y cualquiera otra que les impidiera demostrar su valor y disciplina y su excelente organización.

»Creo que lo dicho basta para contestar a vuestra pregunta. Tratemos ahora del ataque y de la defensa de las plazas fuertes y de los puestos militares y de las fortificaciones.

# LIBRO SÉPTIMO

Los sitios fuertes lo son, o por la naturaleza o por el arte. — Cómo deben hacerse las murallas y los fosos. — Dónde deben ponerse las casamatas y la artillería. — Las fortalezas han de tener los bastiones distantes entre sí. — Las edificadas sobre montañas escarpadas son poco fuertes. — La condesa Catalina Sforza y el castillo de Forlì. — Bastiones, revellines, rastrillos, almenas, ballesteras, troneras. — Rastrillos alemanes y franceses en forma de reja. — En las ruedas de las cureñas de la artillería, los rayos oblicuos son mejores que rectos. — Vigas puestas en equilibrio sobre postes a la cabeza de los puentes levadizos, al uso de Francia. — Las plazas fuertes deben tener al menos una milla de terreno despejado a su alrededor. — Municiones de boca y de guerra. — Orden que deben observar los ciudadanos en la defensa de una plaza fuerte. — Armas y máquinas de defensa y ofensa empleadas en la Antigüedad. — La artillería suple ahora a todas ellas. — Modos de evitar la rendición por hambre y de defenderse de los asaltos. — Astucias y engaños de los asaltantes. — Ejemplos antiguos. — Vigilancia de las guardias. — Utilidad de los perros en ellas. — Diversos modos de comunicarse los sitiados con sus amigos y partidarios de fuera. — Manera de reparar las brechas abiertas por la artillería enemiga. — Minas y contraminas. — Vigilancia que debe haber en las horas de descanso. — Desventaja de los sitiados por la necesidad de dividir sus fuerzas. — Cómo se remedia. — La constancia de los sitiados desespera al enemigo. — Reglas generales y máximas acerca del arte de la guerra. — Por qué el autor no se ocupa de la guerra naval y apenas habla de las tropas de caballería. — Cómo se consigue abundancia de buenos caballos en un país. — Dotes de un buen general. — Debe tener, sobre todo, inventiva. — Dificultades de la antigua milicia. — Unos capitanes famosos encontraron el ejército hecho, y otros necesitaron hacérselo. — En Italia es preciso, ante todo, saberlo organizar. — Sólo pueden realizarlo los príncipes poderosos con súbditos propios. — Con mercenarios extranjeros es imposible reformar la milicia al estilo antiguo. — Los soldados suizos y españoles son desde hace largo tiempo mejores que los italianos, pero no llegan a la perfección de los antiguos. — Los ejércitos italianos son malos por culpa de los príncipes. — Defectos de los príncipes italianos de los siglos XV y XVI. — Algo más sobre la milicia nacional. — El príncipe que primero la establezca será el soberano de Italia. — Termina el autor exhortando a la juventud para que haga revivir la antigua milicia.

FABRIZIO —Sabéis, sin duda, que las ciudades y las poblaciones pueden ser fuertes, o por la naturaleza o por el arte. Se encuentran en el primer caso las rodeadas de ríos o pantanos, como Ferrara y Mantua, o las construidas sobre una roca o escarpada montaña, como Mónaco y San Leo, porque las que están en montes de fácil acceso son ahora, por causa de la artillería y de las minas, debilísimas. Por eso, para hacerlas hoy se escoge una llanura y se emplean los recursos del arte en la construcción de sus defensas.

»El primer cuidado del ingeniero es edificar los muros en línea quebrada, es decir, multiplicando los ángulos salientes y entrantes, lo cual impide que se acerque a ellos el enemigo, que puede ser batido de frente y de flanco. Si los muros son demasiados altos, presentan mucho blanco a la artillería, y si son muy bajos se escalan fácilmente. Si se abren fosos delante de ellos para dificultar el escalamiento, el enemigo los rellena, cosa fácil de hacer a un ejército numeroso, y se apodera de las murallas. Creo, por tanto, siempre salvo mejor opinión, que, para evitar ambos inconvenientes, se deben construir las murallas de una determinada altura, con fosos interiores y no exteriores.

»Tal es, según mi parecer, la mejor fortificación, porque defiende de la artillería y del escalamiento e impide al enemigo rellenar los fosos. Elevaréis, pues, los muros a una altura conveniente, haciéndolos de un grueso de tres brazos por lo menos, para que sea más difícil demolerlos. Las torres se construirán a doscientos brazos de distancia unas de otras; y la anchura del foso interior será por lo menos de treinta brazos y doce de profundidad. Con la tierra de la excavación se formará por el lado de la ciudad un parapeto, partiendo del fondo del foso hasta la altura de un hombre sobre la superficie, con lo cual aumentará la profundidad del foso. En el fondo del foso, a cada doscientos brazos habrá una casamata con artillería para batir a

quien a él baje.

»La artillería pesada que defiende la ciudad se emplazará en el muro interior que cierra el foso, porque para la defensa del muro exterior, por ser más alto, no se pueden emplear cómodamente sino cañones pequeños o medianos. Si el enemigo intenta el escalamiento, la altura del muro os defenderá fácilmente. Si se ataca con artillería, necesitará primero batir el muro exterior pero como el efecto de las baterías es que caigan los escombros hacia la parte batida, no encontrando foso que los reciba y oculte, sirve la ruina del muro para aumentar la profundidad del foso; de modo que impiden el paso primero los escombros amontonados, después el foso, y por último, la artillería de la plaza, que, desde el muro interior, bate con toda seguridad a los asaltantes, cuyo único recurso será cegar el foso, cosa dificilísima, no sólo por su gran capacidad, sino por el peligro de acercarse a él, siendo la muralla de ángulos salientes y entrantes, en los cuales, por las razones dichas, no se puede penetrar sin gran riesgo, especialmente teniendo que andar sobre escombros, que forman un obstáculo extraordinario. Creo, pues, que una ciudad así fortificada es inexpugnable.

BAUTISTA —Si además del foso interior se hiciera otro exterior, ¿no sería más fuerte?

FABRIZIO —Lo sería, sin duda; pero mi argumento consiste en que, de hacer un solo foso, vale más abrirlo interior que exteriormente.

BAUTISTA —¿Lo llenaríais de agua, o lo dejaríais en seco?

FABRIZIO —En este punto las opiniones no están de acuerdo, porque los fosos llenos de agua garantizan de las minas, y sin agua son más difíciles de cegar. Teniéndolo todo en cuenta, yo los haría sin agua, porque son más seguros, y ya se ha visto helarse el agua en ellos durante el invierno, y el hielo, facilitar la

expugnación de una plaza, como sucedió en Mirandola cuando la sitiaba el papa Julio II. Para librarme de las minas, haría los fosos tan profundos que el enemigo, al horadar por debajo, tropezase con el agua.

»En cuanto a fosos y murallas, haría las fortificaciones de los castillos iguales a las de las plazas fuertes, para que su expugnación ofreciera las mismas dificultades.

»Debo recordar a los defensores de las plazas fuertes que no hagan bastiones fuera y a distancia de las murallas, y a los que construyen castillos, que no edifiquen muros interiores donde pueda refugiarse la guarnición, perdidos los exteriores. El motivo del primer consejo consiste en que nadie debe hacer lo que, sin remedio, daña a la propia reputación, porque, perdida ésta, se desconfía de las demás disposiciones y se atemorizan los comprometidos en la defensa. Esto sucederá siempre al hacer bastiones fuera de la plaza que defendéis, porque siempre se perderán, no cabiendo defensa de estas pequeñas fortificaciones contra el ímpetu de la artillería, y su pérdida será causa y principio de vuestra ruina. Cuando Génova se rebeló contra el rey Luis XII de Francia, los genoveses construyeron algunos bastiones en las colinas que rodean dicha plaza; tomados por los franceses en poco tiempo, se apoderaron en seguida de la ciudad.

»En cuanto al segundo consejo, afirmo que no hay nada más peligroso para un castillo como la posibilidad de retirarse sus defensores, porque la esperanza de los soldados de defenderse en otro puesto cuando es tomado el que ocupan, hace que lo abandonen, y, abandonado, se pierde todo el castillo. Reciente ejemplo tenemos de ello en la pérdida del de Forlì, cuando lo defendía la condesa Catalina Sforza contra César Borgia, hijo del papa Alejandro VI, que lo sitió con el ejército del rey de Francia. Tenía aquella fortaleza muchos reductos dispuestos

para retirarse de unos a otros. En primer lugar estaba la ciudadela separada del castillo por un foso, de modo que se pasaba al castillo por un puente levadizo. En el castillo había tres recintos rodeados de fosos con agua, y con puentes para el paso. César Borgia batió con la artillería una parte de las murallas. Abierta la brecha y no pensando en defenderla el jefe de la guarnición, Juan de Casale, la abandonó para retirarse a otro reducto. Entraron entonces sin oposición los sitiadores, y en un momento se apoderaron de todo el castillo, por hacerse dueños de los puentes que había entre los reductos.

»Perdiose esta fortaleza, considerada inexpugnable, por dos faltas: una, tener tantos reductos, y otra, no dominar cada uno de ellos sus puentes. La mala construcción de la fortaleza y la poca habilidad de su defensor inutilizaron la valerosa determinación de la condesa de resistir a un ejército que no se atrevieron a esperar ni el rey de Nápoles ni el duque de Milán; y aunque su esfuerzo no produjo resultado, alcanzó la fama que su valor merecía, como lo demuestran las muchas poesías que se hicieron entonces en su honor.

»Si tuviese que edificar un castillo, le haría buenas murallas, y el foso como he dicho, sin que dentro de los muros hubiese más que las casas para habitación, y aun éstas endebles y bajas, para que no impidieran a quien estuviese en medio de la plaza la vista de todo el muro, a fin de que el jefe de la guarnición observara por sus propios ojos dónde era preciso reforzar a los combatientes, y para que todos supieran que, perdida la muralla y el foso, estaba perdido el castillo. Si hacía algunos reductos, colocaría los puentes de tal modo que cada uno de aquéllos dispusiera de los suyos, procurando que los tableros levadizos cayeran sobre postes colocados en medio de los fosos.

BAUTISTA —Habéis dicho que las fortificaciones pequeñas hoy no se pueden defender, y yo tenía entendido lo contrario,

que cuanto menores son, mejor se defienden.

FABRIZIO —Pues lo comprendisteis mal, porque no se puede llamar hoy plaza fuerte aquélla en que el defensor no tenga espacio donde retirarse, defendido por nuevos fosos y nuevos muros. La violencia de la artillería es tal, que comete grave error quien fíe la defensa en un solo muro y un solo atrincheramiento; y como los bastiones, a menos que pasen del tamaño ordinario, en cuyo caso serían plazas fuertes o castillos, no se hacen de modo que sus defensores tengan retirada, se pierden inmediatamente.

»Es, pues, lo más atinado renunciar a los bastiones exteriores y fortificar las entradas de la plaza, cubriendo las puertas con revellines de modo que no se pueda entrar y salir en línea recta, y que entre el revellín y la puerta haya un foso con puente levadizo.

»Fortifícanse también ahora las puertas con rastrillos, para que se refugien en ellos los que salen fuera de la plaza a combatir e impedir que, si son rechazados, penetren mezclados con ellos los enemigos en la fortaleza. Estos rastrillos, llamados antiguamente cataratas, se bajan y cierran a los sitiadores el paso, salvando a los que se refugian en la plaza, pues en tales casos no es posible valerse del puente y de la puerta, por donde pasan mezclados y en confusión sitiadores y sitiados.

BAUTISTA —He visto en Alemania esos rastrillos de que habláis hechos con maderos en forma de reja. Los nuestros son de gruesas tablas unidas entre sí. Deseo saber a qué se debe esta diferencia, y cuál de las dos formas es preferible.

FABRIZIO —Os repito que las antiguas instituciones militares no se recuerdan hoy en el mundo, y en Italia están completamente olvidadas. Si nos queda algo de este arte que sea aceptable, lo debemos a los ultramontanos. Ya sabéis, y estos amigos vuestros pueden recordarlo, cuán débiles eran las

defensas de nuestras plazas fuertes antes de venir a Italia el rey Carlos VIII de Francia en 1494; las almenas apenas tenían medio brazo de espesor, las ballesteras y troneras se hacían con poca abertura por fuera y mucha por dentro, y con varios otros defectos que omito referir por no cansaros. Nada más fácil que derribar tan débiles almenas y destruir troneras hechas de aquel modo. De los franceses se ha aprendido ahora a hacer las almenas anchas y gruesas; las troneras, anchas por dentro, se estrechan a la mitad del muro y ensanchan de nuevo hacia la pared exterior, con lo cual se impide a la artillería de afuera desmontar las piezas de la muralla. Usan además los franceses otros medios de defensa que no han visto los italianos, y, por tanto, ni estudian ni conocen. Entre ellos figura un rastrillo hecho en forma de reja, que es infinitamente mejor que el vuestro; porque cuando se baja vuestro rastrillo sólido, quedáis encerrados dentro, sin medio de hostigar al enemigo, que con toda seguridad puede destruirlo, valiéndose del fuego o de las hachas; pero hecho en forma de reja, cuando se cala se lo defiende por los claros que hay entre los maderos con lanzas, ballestas y otras armas.

BAUTISTA —He observado en Italia otra costumbre ultramontana que consiste en oblicuar hacia los cubos los rayos de las ruedas de las cureñas. Deseo saber por qué se hace esto, pues los rayos rectos, como los de nuestras ruedas, me parecen más fuertes.

FABRIZIO —Jamás creáis que lo que se aparta de las costumbres ordinarias sea sin objeto, y si suponéis que se les da dicha forma por mayor belleza, os equivocáis, pues donde lo indispensable es la fortaleza, se prescinde de la hermosura. Los hacen así, porque con ellos sus ruedas son más sólidas y seguras que las vuestras. La razón de esta reforma consiste en que, cuando la cureña va cargada, o rueda a nivel, y entonces el peso carga igualmente sobre ambas ruedas, o se inclina hacia uno de

los lados. En el primer caso, las dos ruedas sostienen el mismo peso, que, dividido por igual entre ellas, no les es muy gravoso; pero si la cureña se inclina hacia un lado, el peso carga sobre la rueda del mismo. Si los rayos de la rueda son rectos, fácilmente se quiebran, porque, inclinándose con la rueda, no soportan el peso a plomo. Rodando, pues, la cureña a nivel y cargando el peso sobre ambas ruedas, los rayos rectos son los más fuertes, y cuando la cureña se tuerce y carga el peso hacia un lado, son los más débiles.

»Con los rayos oblicuos de las cureñas francesas sucede lo contrario; pues al torcerse la cureña y apoyarse sobre una de las ruedas, estos rayos, que en la situación normal de la cureña son oblicuos, resultan entonces rectos y soportan a plomo todo el peso; y cuando la cureña marcha a nivel, aunque están oblicuos, sólo resiste cada rueda la mitad del peso.

»Pero volvamos a nuestras fortalezas y castillos.

»Para mayor seguridad de las puertas de sus fortalezas, y en caso de asedio hacer salir y entrar sus tropas fácilmente en la plaza, usan los franceses, además de los medios ya referidos, otro que aún no he visto empleado en Italia; consiste en colocar dos postes en el extremo exterior del puente levadizo, y sobre cada uno de ellos poner en equilibrio una viga de modo que la mitad esté sobre el puente y la otra mitad fuera de él. Las vigas en la mitad que cae fuera del puente están unidas con traviesas en forma de enrejado, y al extremo de cada una, en la parte que cae sobre el puente, fijan una cadena. Cuando desean cerrar el puente por la parte de afuera, sueltan las cadenas y cae toda la parte enrejada de las vigas, cerrando la entrada del puente; y cuando quieren abrirlo, tiran de las cadenas y levantan el enrejado de las vigas, dejando la abertura de la extensión que quieren para el paso de un hombre a pie o a caballo, y cerrándola de pronto, pues las vigas se alzan y se bajan con

suma facilidad. Dicho aparato es más seguro que el rastrillo, porque, no cayendo como éste en línea recta, no puede el enemigo impedir su caída con puntales, tal como cabe hacerlo con el rastrillo.

»Tales son las reglas que deben observar los que deseen construir una fortaleza. Además, prohibirán construir o plantar árboles en una milla, por lo menos, alrededor de las murallas; de modo que el terreno presente una superficie plana donde no haya ni árboles, ni matorrales, ni calzadas, ni casas que impidan ver a lo lejos y resguarden a los sitiadores de la plaza. Advertid que cuando la fortaleza tiene los fosos por delante de los muros con terraplenes más altos que el terreno circundante es debilísima, porque estos terraplenes sirven de parapeto al ejército sitiador y no le impiden atacar la plaza, siendo fácil romperlos y dejar espacio a la artillería.

»Entrando ahora dentro de la fortaleza, creo inútil recomendaros que, además de lo dicho, conviene tener grande acopio de municiones de guerra y boca. Es una precaución cuya importancia comprende todo el mundo, y sin la cual todas las demás son inútiles. En este punto se debe cuidar de dos cosas: primero proveerse, y después, impedir al enemigo que aproveche los recursos del país que ha invadido. Necesario es, por tanto, destruir todos los animales, los forrajes y los cereales que no se puedan poner a salvo.

»Quien defiende una plaza debe, además, procurar que no se haga nada tumultuosa y desordenadamente, y arreglar las cosas de modo que en cualquier accidente sepa cada cual el puesto que le corresponde. Es preciso, pues, que las mujeres, los ancianos, los niños y los enfermos se queden en sus casas y dejen calles y plazas a los jóvenes y valerosos, quienes se distribuirán armados para la defensa, unos en las murallas, otros, en las puertas, otros, en los sitios principales de la

población para sofocar cualquier desorden que ocurra; otros, no tendrán puesto determinado, destinándoseles a prestar socorro donde la necesidad lo exija. Dispuestas así las cosas, es muy difícil que ocurran desórdenes dentro de la plaza.

»Respecto al ataque y la defensa de las fortalezas, conviene advertir que lo que más esperanza infunde al sitiador de una plaza para apoderarse de ella es saber que los habitantes no tienen costumbre de ver al enemigo, pues muchas veces, en tales casos, el miedo les hace abrir las puertas antes de ser atacados, sobre todo, si el sitiador hace, como debe, terribles demostraciones que llenen de espanto a los sitiados.

»Por su parte, éstos deben poner en los puntos que el enemigo ataque hombres fuertes a quienes no intimiden los alardes del contrario y sólo cedan a la fuerza de las armas. Si, en efecto, el primer ataque es rechazado, se envalentonan los sitiados, y entonces, para vencerlos, necesita el enemigo, no la fama de que fuera precedido, sino la habilidad y el valor.

»Muchas eran las máquinas y armas con que los antiguos defendían las plazas fuertes, como las ballestas, onagros, escorpiones, arcobalistas, hondas, etc. Los instrumentos de ataque no eran menos numerosos, como arietes, torres, manteletes, hoces, tortugas, etc. Ahora sólo se emplea la artillería, lo mismo por sitiadores que por sitiados, y por ello no entraré en detalles.

»Volviendo a mi asunto, explicaré los medios especiales de ataque. Los sitiados deben cuidar de no ser vencidos ni por hambre ni por asalto. Respecto a lo primero, ya hemos dicho que han de proveerse de víveres antes del sitio; pero cuando llegan a faltar porque el asedio dura mucho, se ha apelado en algunos casos a medios extraordinarios para que les provean de ellos los partidarios de fuera interesados en salvar a los sitiados, máxime si por medio de la plaza corre un río. Así, por ejemplo,

cuando Aníbal sitió a Casilinum, fortaleza romana, no pudiendo los romanos socorrerla de otro modo, arrojaron al río que pasaba por ella gran cantidad de nueces que, llevadas por el agua, sin que los cartagineses pudieran impedirlo, alimentaron por algún tiempo a los habitantes. Algunos sitiados, para probar al enemigo que tienen víveres en abundancia y hacerle desesperar de rendirlos por hambre, han arrojado panes por encima de los muros o dado de comer trigo a un novillo dejando que lo capturen luego los enemigos, para que, al matarlo y encontrar su estómago lleno de trigo, crean en una abundancia de víveres que no tienen.

»Por otra parte, los generales ilustres han empleado diferentes medios para privar de víveres al enemigo. Fabio dejó sembrar a los habitantes de la Campania, para que tuvieran de menos el trigo que sembraban. Acampado Dionisio junto a Regio, fingió desear un acuerdo con los habitantes, y, durante las negociadones, hacía que les proveyeran de víveres. Cuando por este medio los dejó sin trigo, sitió la plaza y la rindió por hambre. Quiso Alejandro Magno apoderarse de Leucadia y empezó por tomar todos los castillos inmediatos, dejando a sus defensores refugiarse en aquella plaza, y aumentada de este modo considerablemente su guarnición, la tomó por hambre.

»En cuanto a los asaltos, ya he dicho que se debe, sobre todo, rechazar la primera embestida, con la cual tomaron los romanos muchas plazas, atacándolas por diversos puntos a la vez, a lo que denominaban *aggredi urbem corona*. Así se apoderó Escipión de Cartago Nova, en España. Si se rechaza este primer asalto, con dificultad se toma la plaza a viva fuerza.

»Aun en el caso de apoderarse de las murallas los enemigos y penetrar en el interior de la ciudad, todavía tienen los habitantes medios de defensa, si no se acobardan, pues muchos ejércitos, después de entrar en una plaza, han sido rechazados

con grandes pérdidas. Los medios consisten en defenderse desde los sitios elevados y combatir al enemigo desde lo alto de las torres y de las casas. Los recursos de los asaltantes contra este peligro, son: uno, abrir las puertas de la ciudad para que escapen por ellas los habitantes, quienes de seguro aprovecharán la ocasión de huir; otro, hacer correr la voz de que sólo se perseguirá a los que estén con las armas en la mano y que se perdonará a los que las arrojen. Esto ha facilitado la conquista de muchas plazas.

»Otro medio de apoderarse sin grandes esfuerzos de una plaza fuerte es atacarla de improviso; lo cual se ejecuta estando distante con el ejército, de modo que no se suponga en ella vuestro propósito de asaltarla o se crea que, por la distancia a que estáis, habrá noticia a tiempo oportuno. En tal caso, si rápida y secretamente lleváis las tropas a dar el asalto, casi siempre alcanzaréis la victoria.

»No me gusta hablar de los sucesos de nuestros tiempos, porque hacerlo de mí y de los míos ofrece inconvenientes, y de los demás no sabría qué decir. Sin embargo, a este propósito debo presentar el ejemplo de César Borgia, llamado el duque Valentino, que, estando en Nocera con su ejército, fingiendo ir a castigar a Camerino, volvió de pronto hacia Urbino y ocupó en un día, sin esfuerzo alguno, un Estado que cualquier otro no hubiese conquistado sino después de mucho tiempo y con grandes gastos.

»Los sitiados deben también guardarse de las asechanzas y engaños del enemigo, y no fiarse de lo que le vean hacer de continuo, sospechando siempre que lo haga por sorprenderlos después con un cambio que les sea funesto. Sitiando una plaza Domicio Calvino, tomó por costumbre rodear diariamente las fortificaciones con numerosa parte de su ejército. Llegaron a creer los habitantes que lo hacía por ejercicio y descuidaron la

vigilancia de las guardias. Advirtió Domicio el descuido, dio el asalto y tomó la plaza.

»Al saber algunos generales que los sitiados esperaban refuerzos, han hecho vestir a sus soldados el uniforme de los enemigos, y, entrando en la plaza con este disfraz, se han apoderado de ella.

»El ateniense Cimón incendió un templo que estaba fuera de una plaza fuerte. Acudieron los habitantes de ésta a apagarlo, y Cimón aprovechó su ausencia para apoderarse de la plaza. Otros generales han muerto a los merodeadores de una fortaleza sitiada, y, vistiendo con sus trajes a algunos soldados, lograron con este ardid que les abriesen las puertas.

»Los generales antiguos emplearon diversos medios para alejar las guarniciones de las plazas que querían tomar. Estando en África Escipión, y deseando apoderarse de algunos castillos donde tenían guarnición los cartagineses, fingió muchas veces querer asaltarlos y abstenerse de ello y aun alejarse por temor de un fracaso. Creyó Aníbal cierto lo que era fingido y, para perseguirlo con más fuerzas y poder vencerle más fácilmente, sacó todas las guarniciones de los castillos. Cuando Escipión lo supo, ordenó inmediatamente a Masinisa que se apoderara de ellos. Guerreando Pirro en la Eslavonia, sitió la capital, defendida por numerosa guarnición, y, fingiendo no poder tomarla, dirigiose a otras poblaciones. Parte de la guarnición de la capital acudió a socorrerlas, y entonces le fue fácil apoderarse de ella.

»Para tomar una plaza fuerte se ha empleado muchas veces el recurso de envenenar las aguas y variar el curso de los ríos; pero en rara ocasión ha producido resultados. Alguna vez se ha conseguido que los sitiados se rindan haciéndoles saber una victoria alcanzada por los enemigos, o que éstos reciben refuerzos. También en la Antigüedad fueron ocupadas varias

plazas por traición, ganando en su favor algunos habitantes, y en este punto emplearon diversos procedimientos; unos enviaron como emisario un fugitivo para que adquiriera autoridad y crédito entre los sitiados y lo emplease en favor de los sitiadores, dándoles a conocer la posición de las guardias y facilitándoles así la toma de la plaza; otros, con diferentes pretextos, han impedido con carros o maderos cerrar las puertas, dando así entrada al enemigo. Aníbal persuadió a uno para que le entregase un castillo de los romanos, para lo cual fingió este que salía de caza de noche por temer de día al enemigo, y al volver de la caza entraron con él algunos soldados que mataron a los guardias y entregaron la puerta a los cartagineses.

»Un medio de engañar a los sitiados es el de retirarse, cuando hacen salidas de la plaza, a fin de alejarlos de ella. Muchos generales, entre ellos Aníbal, hasta les han dejado ocupar el campamento para poder cortarles la retirada y tomar la población. También se les engaña fingiendo levantar el sitio, como hizo el ateniense Formión, quien, después de arrasar la comarca de Calcis, recibió embajadores de esta plaza, les dio las mayores seguridades, les hizo toda clase de promesas, y, aprovechando su ciega confianza, se hizo dueño de la población.

»Deben los sitiados vigilar cuidadosamente a los sospechosos que vivan entre ellos, pero muchas veces se les atrae mejor con beneficios que con castigos. Supo Marcelo que Lucio Brancio, de Nola, se inclinaba a favorecer a Aníbal, y le trató tan bondadosa y generosamente que, de enemigo, lo convirtió en el mejor amigo de los romanos.

»Más cuidadosos deben ser los sitiados con las guardias cuando el enemigo está distante que cuando está próximo; como también deben custodiar mejor los sitios por donde crean más difícil el ataque, porque se han perdido muchas plazas a

causa de asaltarlas el enemigo por los puntos donde menos lo esperaban. Este error nace de dos causas: o de ser el sitio fuerte y creerlo inaccesible, o porque el enemigo finge atacar por un punto con gran estrépito y da por otro silenciosamente el verdadero asalto. Cuiden, pues, con grande atención los sitiados de evitar ambos peligros y a todas horas, especialmente de noche, tener vigilantes guardias en las murallas, no sólo de hombres, sino también de perros fieros y ágiles para que de lejos olfateen al enemigo y con sus ladridos lo descubran. No sólo los perros, sino los gansos han salvado una ciudad, como ocurrió en Roma cuando los galos sitiaban el Capitolio. Durante el sitio de Atenas por los espartanos, para ver Alcibíades si vigilaban los centinelas, ordenó, bajo penas severas, que cada vez que levantara una luz durante la noche, elevaran otra cada uno de ellos. El ateniense Ifícrates mató a un centinela que dormía, diciendo que lo dejaba tal como lo había encontrado.

»Los sitiados se valen de diferentes medios para enviar avisos a sus partidarios. No mandándolos verbalmente, los escriben en cifra y los esconden de diferentes modos. Las cifras están convenidas entre los que se corresponden con ellas y la manera de ocultarlas varía según hemos dicho. Unos han guardado las cartas en la vaina de la espada, otros, dentro de un pan crudo y cocido después dándoselo al portador como comida para el viaje. Algunos las meten en los sitios más recónditos del cuerpo humano; otros, en el collar de un perro que acompañe al mensajero; otros han escrito en una carta cosas insignificantes, y después, entre líneas, con un líquido especial que, mojado o calentado el papel, aparecen las letras. Ésta es una invención astutamente empleada en nuestros tiempos. Queriendo algunos comunicar secretos a sus amigos convecinos, y no fiándose de nadie, hacían poner en las puertas de las iglesias cédulas de comunión escritas en la forma ordinaria e interlineadas, como antes he dicho. Conocíanse por

una contraseña los que debían enterarse, las quitaban y las leían. Este medio es el más seguro y de menos peligro, porque ni el encargado de poner el escrito en las iglesias sabe lo que lleva.

»Son numerosos los recursos de esta índole que cada cual puede inventar y practicar. Por lo demás, es mucho más fácil escribir desde fuera a los sitiados que éstos a sus partidarios, pues sólo pueden enviar sus cartas con alguno que se finja fugitivo de la plaza, medio de dudosa eficacia y no exento de peligro si el enemigo es cauteloso y vigilante. Los que escriben desde fuera pueden, al contrario, conseguir con diferentes pretextos que el mensajero entre en el campo de los sitiadores, y desde allí tendrá más de una ocasión favorable para penetrar en la plaza.

»Hablemos ahora del actual sistema de ataque de las plazas fuertes. Si sois atacados en una que no tenga fosos interiores, como antes expliqué, para impedir que el enemigo entre por la brecha que la artillería abra en la muralla (porque es inevitable la rotura del muro con los proyectiles), se necesita, mientras la artillería bate la muralla, abrir un foso por detrás de la parte batida, foso que tendrá, por lo menos, treinta brazos de ancho, y la tierra que de él se saque ponerla entre el foso y la población formando parapeto, que sirve para que el foso resulte más profundo. Es preciso empezar este trabajo con tiempo oportuno para que, al caer la parte de muralla batida, tenga el foso por lo menos cinco o seis brazos de profundidad, e importa, mientras se ahonda, cerrarlo por cada lado con una casamata. Si la muralla es bastante resistente para dar tiempo a hacer el foso, resulta más fuerte la plaza por la parte de la brecha que por las demás, porque el reparo tiene la forma que he recomendado al hablar del foso interior.

»Pero si la muralla es débil y no da tiempo a hacer el foso, es indispensable demostrar el mayor valor, oponiéndose con todas

las fuerzas disponibles al asalto por la brecha. Esta manera de atrincherarse detrás de las murallas la practicaron los pisanos cuando sitiasteis su ciudad, porque la resistencia de las murallas les daba tiempo para construir los atrincheramientos y la dureza del terreno facilitaba su construcción. Sin estas dos ventajas, estaban perdidos. Será, pues, una precaución utilísima hacer los fosos por el interior de los muros y en toda su extensión, como recomendamos anteriormente, porque en este caso se espera al enemigo descansado y con plena seguridad.

»Tomábanse en la Antigüedad muchas fortalezas por medio de minas, de dos modos: o haciendo secretamente una excavación hasta el interior de la ciudad y entrando por ella, que es como los romanos se apoderaron de Veyes, o minando las murallas para derribarlas. Este último procedimiento es el preferible, y ocasiona que las ciudades erigidas en las alturas sean débiles por la facilidad de minarlas. Poniendo en las minas pólvora, la explosión no sólo arruina una parte de la muralla, sino que agrieta la montaña y derrumba las fortificaciones por varios puntos. Para impedir esto se construyen las fortalezas en el llano, y los fosos que las rodean se profundizan hasta que el enemigo no pueda pasar con las minas por debajo de ellos sin encontrar agua. Éste es el mejor obstáculo a las minas.

»Si la plaza defendida está en una altura, el remedio a las minas es hacer dentro de ella pozos profundos, con los cuales se inutilizan. También son útiles las contraminas cuando se conoce precisamente el sitio de la mina. Este recurso es excelente, pero resulta difícil descubrir el punto por donde va la mina si el enemigo es cauto al hacerla.

»Procurarán, sobre todo, los sitiados no dejarse sorprender durante el descanso, como después de un asalto o al terminar las guardias, es decir, al amanecer y al anochecer, y especialmente a la hora de comer, porque en estos momentos han sido asaltadas

muchas plazas, y también los sitiados han destruido no pocos ejércitos sitiadores. Preciso, es, pues, que unos y otros estén constantemente en guardia y tengan sobre las armas una parte de sus tropas.

»Debo advertir que lo que dificulta la defensa de una plaza fuerte o de un campamento es la necesidad de tener desunidas las fuerzas de los defensores, porque pudiendo el enemigo escoger a su gusto el punto de ataque, preciso es que todos estén custodiados, y, mientras aquél ataca con toda su fuerza, el defensor le resiste con parte de la suya. Además, el sitiado puede ser completamente vencido, mientras el sitiador sólo es rechazado, por lo cual muchas veces los sitiados en una plaza o en un campamento han preferido, aun siendo inferiores en fuerzas, salir a campo raso y combatir y vencer al enemigo. Esto hizo Marcelo en Nola y César en las Galias. Al ver sus campamentos sitiados por gran número de galos y comprender la imposibilidad de defenderlos (por necesitar subdividir sus fuerzas para atender a todos los puntos de ataque y no poder emplearlas unidas en una impetuosa agresión), abrieron uno de los lados, sacaron por él todas sus tropas y acometieron tan valerosamente a los sitiadores, que los rechazaron y derrotaron.

»La constancia en los sitiados infunde también muchas veces desesperación y temor entre los sitiadores. Cuando Pompeyo estaba frente a César en Tesalia, las tropas de éste sufrían hambre, y alguno llevó a Pompeyo un pan de los que servían de alimento, quien, al verlo hecho de hierba, ordenó que no se enseñara a sus soldados, para que no les asustara la idea de la clase de enemigos con quienes habían de combatir. Lo que más honró a los romanos en la guerra contra Aníbal fue su constancia, pues ni aun en los momentos de serles más contraria la fortuna pidieron la paz ni dieron indicio alguno de temor. En prueba de ello, cuando estaba Aníbal en las inmediaciones de Roma, se vendían las tierras donde había

situado su campamento en más precio del que valían en las épocas ordinarias. Tanta fue su obstinación, que, sitiando a Capua, mientras Aníbal sitiaba a Roma, no quisieron levantar el asedio de aquella plaza para defender su ciudad[40].

»Os he hablado de muchas cosas que seguramente conocíais por vuestros propios estudios; lo he hecho, como ya os lo anuncié, para demostrar mejor con ellas las condiciones de las reformas en el arte militar y para que utilicen estas observaciones quienes no tengan los medios de instrucción que vosotros. Réstame sólo dar algunas reglas que nunca deben olvidarse[41]. Son las siguientes:

»Cuanto aprovecha al enemigo os perjudica, y viceversa.

»El que atienda más en la guerra a vigilar los intentos del enemigo y sea más constante en adiestrar su ejército, incurrirá en menos peligros, y con mejor fundamento esperará la victoria.

»No llevéis jamás vuestras tropas al combate sino después de averiguar sus disposiciones y comprender que van sin miedo y bien organizadas. No las comprometáis en una acción sino cuando tengan la esperanza de vencer.

»Vale más vencer al enemigo por hambre que con las armas: el éxito de éstas depende más de la fortuna que del valor.

»Las mejores resoluciones son las que permanecen ocultas al enemigo hasta el momento de ejecutarlas.

»Lo más útil en la guerra es conocer las ocasiones y saberlas aprovechar.

»La naturaleza hace menos hombres valientes que la educación y el ejercicio.

»En la guerra, vale más la disciplina que la impetuosidad.

»Los que se pasan del campo contrario al vuestro, si permanecen fieles, son una gran conquista, porque la fuerza del enemigo disminuye más por la pérdida de los que huyen que

por la de los que mueren, aunque el nombre de tránsfuga sea sospechoso entre quienes le reciben y odioso para los que deja.

»Cuando se ordena un ejército en batalla, vale más tener detrás de la primera línea bastantes reservas, que desparramar las tropas por aumentar el frente de combate.

»Difícilmente es vencido quien sabe conocer su fuerza y la del enemigo.

»Respecto a los soldados, vale más el valor que el número, y a veces aprovecha más la posición favorable que el valor.

»Las cosas nuevas y repentinas asustan a los ejércitos; las ordinarias y lentas se estiman poco. Cuando el enemigo es nuevo, conviene que vuestras tropas lo conozcan por medio de algunas escaramuzas antes de empeñar una batalla decisiva.

»El que persiga desordenadamente al enemigo, después de derrotado, es porque quiere convertirse de victorioso en vencido.

»Quien no prepare las provisiones necesarias de víveres, será vencido sin pelear.

»Es preciso escoger el campo de batalla según se tenga más confianza en la caballería que en la infantería, o viceversa.

»Cuando quieras saber si ha penetrado algún espía en el campamento, ordena entrar a todos en sus tiendas.

»Cambia tus disposiciones cuando adviertas que el enemigo las ha previsto.

»Aconséjate de muchos respecto a lo que debes hacer, y de pocos en lo que quieres hacer.

»El orden en los ejércitos se mantiene durante la paz con el temor y el castigo, y en la guerra, con la esperanza y los premios.

»Los buenos generales sólo entablan batallas cuando la necesidad les obliga o la ocasión los llama.

»Procurad que el enemigo no sepa vuestro orden de batalla, y cualquiera que éste sea, haced que la primera línea pueda refugiarse en la segunda y ésta en la tercera.

»Durante la lucha, no ordenéis a un batallón otra cosa que aquello a que está destinado, porque esto produce incertidumbre y desorden.

»Los accidentes imprevistos se remedian con dificultad; los previstos, fácilmente.

»Los hombres, las armas, el dinero y el pan, son el nervio de la guerra[42]; pero de estos cuatro elementos, los más necesarios son los dos primeros, porque los hombres y las armas encuentran el dinero y el pan; pero el pan y el dinero no encuentran armas y soldados.

»El rico desarmado es la recompensa del soldado pobre.

»Acostumbrad a vuestros soldados a despreciar las comidas delicadas y los trajes lujosos.

»Tales son las máximas generales que me ocurre recordaros. Hubiera podido dar más desarrollo a estas explicaciones hablándoos de los diferentes modos de organizar los ejércitos en la Antigüedad, de la manera de vestirlos y de las cosas en que les ejercitaban, y añadir muchos detalles que no he juzgado necesario narrar, porque los sabréis sin que yo os lo diga, y porque mi propósito no era explicar la organización de los ejércitos antiguos, sino la manera de tener ahora milicias mucho mejores que las que se usan; por eso no he hablado de las instituciones antiguas más que lo necesario para explicar las que propongo.

»Sé que pudiera haber dicho algo más acerca de la caballería y después hablar de la guerra marítima, porque los que definen la milicia dicen que es un ejército de mar y tierra, de a pie y a caballo. De la marítima nada me atreveré a decir, porque no la conozco: dejaremos esta misión a genoveses y venecianos que,

estudiando y aplicando este género de guerra, han hecho desde pasados tiempos grandes cosas. De la caballería no he de añadir nada a lo dicho, porque es el arma que necesita menos reformas. Además, cuando está bien organizada la infantería, que es el nervio del ejército, por necesidad hay buena caballería. Sólo recordaré a quien organice una milicia de gente de su país que, para tener abundancia de caballos, tome dos determinaciones: una, distribuir en sus dominios caballos de buena raza, y acostumbrar a sus súbditos a la compra de potros, como se hace ahora de ganado vacuno y mular; y otra, para procurar compradores, prohibir tener mulas a los que no tengan caballos, de modo que quien quiera poseer una sola cabalgadura, sea ésta por precisión un caballo y, además, que nadie pueda usar vestidos de seda sin tener caballo. Creo que estas medidas las ha puesto en práctica un príncipe contemporáneo nuestro, consiguiendo organizar en poco tiempo excelente caballería. En lo demás que a esta arma se refiere, me atengo a lo dicho y a lo que hoy se practica.

»¿Deseáis saber ahora las cualidades necesarias a un buen general? Pues satisfaré vuestro deseo en breves palabras. No elegiría para este cargo sino al que supiese practicar cuanto he explicado, y aun esto no bastaría, necesitando además inventar recursos oportunos, porque sin inventiva nadie puede llegar a ser grande hombre en su profesión, y si la invención honra en todas las cosas, en el arte militar es honrosísima; tanto, que los escritores celebran hasta inventos de poca monta, como se ve que alaban a Alejandro Magno que, para levantar el campo rápidamente, no daba la señal con las trompetas, sino poniendo un gorro sobre una lanza. Asimismo se le alaba por haber ordenado a sus soldados que, al atacar el enemigo, arrodillasen la pierna izquierda para contener con mayor seguridad su empuje, y, alcanzada la victoria por este medio, tanto se le elogió, que todas las estatuas elevadas en su honor se ponían en

esta actitud.

»Como ya es tiempo de terminar estas explicaciones, volveré al punto de partida, evitando así la pena que en esta tierra se impone a los que se van y no vuelven.

»Recordaréis, Cosme, haberme dicho que siendo yo tan grande admirador de la Antigüedad y censurando tan acerbamente a los que en las cosas serias no la imitaban, ignorabais el motivo por qué no lo había hecho yo en cuanto concierne al arte de la guerra, que ha sido siempre mi principal ocupación, a lo cual respondí que cuando los hombres quieren realizar una cosa deben empezar por aprender a hacerla para ejecutarla cuando la ocasión lo permita[43]. Dejo a vuestra consideración, después de lo que me habéis oído sobre esta materia, decidir si soy o no capaz de reorganizar un ejército a la manera que lo tenían los antiguos; ya habréis conocido lo mucho que he meditado este asunto, y supongo que imaginaréis el deseo que tengo de realizarlo. Fácilmente comprenderéis si he tenido medios y ocasión[44]; pero a fin de no dejar duda alguna, y para mi completa justificación, diré cuáles son éstas y cumpliré así mi promesa de demostraros las probabilidades y los obstáculos de dicha reforma en los tiempos actuales.

»De todas las instituciones humanas, las militares son las que más se prestan a restablecer las reglas antiguas, pero sólo por príncipes de Estados tan importantes que puedan poner sobre las armas quince o veinte mil jóvenes. Por otra parte, ninguna reforma es más difícil a los que no pueden reunir tales fuerzas[45]. Para que entendáis mejor mi pensamiento, os diré que los generales llegan por dos caminos a ser famosos: unos han realizado grandes cosas con tropas organizadas y disciplinadas, como la mayoría de los generales romanos, y de otros países que mandaron ejércitos, sin más trabajo que el de mantener la disciplina y guiarlos con acierto; otros, antes de ir

contra el enemigo, se han visto precisados a organizar y disciplinar las tropas que habían de llevar a sus órdenes, y éstos son dignos, sin duda, de mayor alabanza que los autores de grandes empresas con ejércitos anteriormente formados y organizados. Entre los que han tenido que formar sus ejércitos cabe citar a Pelópidas, Epaminondas, Tulio Ostilio, Filipo de Macedonia, el padre de Alejandro, Ciro, rey de Persia, y el romano Sempronio Graco. Todos estos viéronse obligados a formar el ejército antes de combatir con él; todos pudieron organizarlo no sólo por sus excelentes dotes, sino por tener súbditos en número suficiente para ejecutar sus designios. Por grande que fuera su talento y habilidad, jamás hubieran conseguido buen éxito en un país extranjero, lleno de hombres corrompidos, no acostumbrados a ninguna honrada obediencia, ni a nada digno de alabanza.

»No basta hoy en Italia saber mandar un ejército organizado; es necesario, primero, saberlo hacer y después, saberlo mandar. Esto sólo es posible a los soberanos de extensos Estados y numerosos súbditos; no a mí, que siempre he mandado y mandaré soldados sometidos a un poder extranjero e independientes de mi voluntad. Dejo a vuestra consideración si me es posible plantear las reformas de que os he hablado. ¿Cómo podría obligar a los soldados de hoy a llevar otras armas de las que usan, y además de las armas, víveres para dos o tres días y las herramientas de zapador? ¿Me sería posible hacerles zapar, o tenerlos durante algunas horas diariamente ocupados en ejercicios y simulacros, necesarios para instruirlos y que sean útiles en la guerra? ¿Cuándo se abstendrían del juego, la lascivia, las blasfemias y la insolencia a que están acostumbrados? ¿Cuándo podría obligarles a tanta disciplina y a tanta obediencia y respeto que un árbol cargado de fruto, en medio de un campamento, lo dejaran como lo encuentran, según se lee que sucedió muchas veces en los ejércitos antiguos? ¿Qué puedo

yo prometerles? ¿Por qué motivo me han de amar y respetar o temer cuando, terminada la guerra, nada tienen que ver conmigo? ¿Cómo he de avergonzar a los que han nacido y se han educado sin idea del honor? ¿Por qué me habían de respetar, si no me conocen? ¿Por qué dioses o santos les haría jurar, por los que adoran o por los que son objeto de sus blasfemias? Yo no sé si adoran a alguno, pero sí sé que blasfeman de todos. ¿Cómo he de creer que cumplan las promesas hechas a los que a todas horas desprecian? ¿Es posible que los que maldicen hasta de Dios respeten a los hombres? En tal estado de cosas, ¿qué reformas saludables pueden plantearse?

»Si alegáis que los suizos y los españoles tienen buenos ejércitos, confesaré que, desde hace largo tiempo, son mejores que los italianos; pero, recordando mis doctrinas y su modo de proceder, veréis que les faltan muchas cosas para lograr la perfección de los antiguos. Los suizos han llegado a ser naturalmente buenos soldados por las razones que di al principio de esta conversación, y los españoles lo son por necesidad, pues militando en país extranjero y obligados a vencer o morir, por no tener retirada posible, necesariamente han conseguido ser buenos soldados. Pero la superioridad de las tropas de ambos pueblos no llega ni con mucho a la perfección, siendo sólo recomendables por haberse acostumbrado a esperar al enemigo hasta la punta de las picas o de las espadas, y lo que no saben sería difícil enseñárselo, sobre todo a quien ignora su lengua.

»Pero vengamos a los italianos. Gobernados por príncipes ignorantes, no han podido adoptar ninguna buena institución militar, y no obligándoles, como a los españoles, la necesidad, tampoco han sabido organizarse por sí mismos, llegando a ser vituperio del mundo. De esta situación no tienen los pueblos la culpa, sino los príncipes, quienes han sido severamente castigados y sufrido la justa pena que su ignorancia merecía,

perdiendo con ignominia sus Estados sin dar la menor muestra de valor. ¿Queréis saber si lo que digo es cierto? Recordad las guerras habidas en Italia desde la venida del rey Carlos VIII de Francia hasta el día[46]. Las guerras suelen hacer a los hombres bravos y famosos, y las nuestras, cuanto mayores y más sangrientas, tanto más han servido para que pierdan la fama el ejército y sus jefes. Esto es forzosa consecuencia de que nuestra organización militar, ni era, ni es buena, y de que nadie ha sabido introducir en ella las reformas modernas. No creáis posible que las tropas italianas adquieran reputación sino por los medios que he propuesto y por la voluntad de los soberanos de los grandes Estados de Italia, porque la nueva organización militar exige que los soldados sean hombres sencillos, rudos y obedientes a vuestras leyes, y no malvados, vagabundos y extranjeros. Ningún buen escultor hará una bella estatua de un trozo de mármol mal esbozado, sino de un pedazo en bruto.

»Creían nuestros príncipes italianos, antes de sufrir los golpes de las guerras ultramontanas, que bastaba a una persona de su condición aprender a redactar una hábil respuesta, a escribir una bella carta, o mostrar en sus discursos agudeza y rápida comprensión, saber preparar una perfidia, adornarse con joyas de oro y piedras preciosas, sobrepujar a los demás en el lujo de la mesa y el lecho, rodearse de gentes viciosas, gobernar a sus súbditos con orgullo y avaricia, vivir entregados al ocio corruptor, conceder por favor los empleos militares, despreciar a quien les diera algún consejo saludable y pretender que sus palabras se tomasen como respuestas de oráculos. No comprendían los desgraciados que se preparaban a ser víctimas del primero que les acometiera. Ésta fue la causa del gran espanto, de las repentinas fugas y de las sorprendentes pérdidas que empezaron en 1494[47]. De esta suerte, los tres más poderosos Estados que había en Italia han sido repetidas veces saqueados y devastados[48].

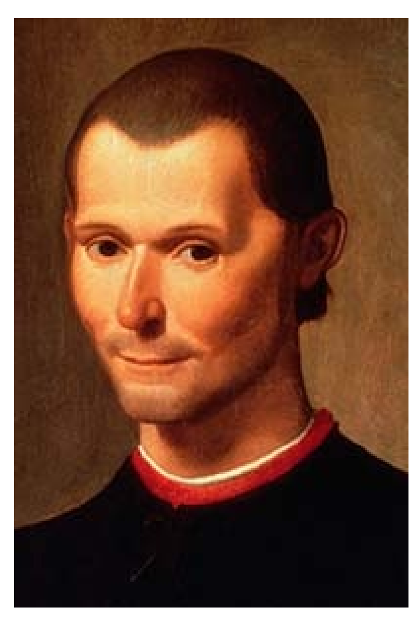
»Pero lo más lamentable es que los príncipes que nos quedan viven con el mismo desorden y persisten en iguales errores, sin tener en cuenta que, en la Antigüedad, los que querían conservar sus Estados practicaban y hacían practicar todas las cosas de que me he ocupado en este diálogo, y educaban su cuerpo para resistir las fatigas, y su ánimo para no temer los peligros. Alejandro, César y todos los grandes hombres y famosos príncipes de pasados tiempos, combatían en las primeras filas, caminaban armados a pie y, si perdían sus Estados, era perdiendo también la vida, viviendo y muriendo dignamente. Podrá censurarse en todos o en algunos de ellos sobrada ambición de dominar, pero no que se entregaran a la molicie ni a cosa alguna de las que enervan y degradan a los hombres. Si nuestros príncipes leyeran y creyeran estas cosas, seguramente cambiarían de vida, y sus Estados, de fortuna[49].

»Al principio de nuestro diálogo os quejabais de vuestra milicia. Si hubiese sido organizada conforme a las reglas que he explicado, y a pesar de ello no diera resultado satisfactorio, tendríais razón para quejaros; pero no estando ordenada y ejercitada como he dicho, vuestra milicia es la que tiene derecho a quejarse de vosotros, que habéis hecho de ella un mal boceto en vez de una figura perfecta[50].

»Los venecianos y el duque de Ferrara empezaron, pero no continuaron, esta reforma por culpa suya y no de sus soldados. Aseguro que el primer príncipe de Italia que la realice, llegará a ser antes que ningún otro señor de toda esta tierra[51], siendo su Estado lo que fue Macedonia en el reinado de Filipo, quien aprendió del tebano Epaminondas la manera de organizar los ejércitos y, formando y disciplinando los suyos, mientras Grecia vivía ociosamente ocupada en recitar comedias, llegó a ser tan poderoso que en pocos años la conquistó completamente, y dejó a su hijo Alejandro el fundamento para dominar todo el mundo.

El que desprecia estas ideas, si es príncipe, desprecia su Estado; si ciudadano, su patria.

»En cuanto a mí, me quejo del destino, que no debió hacerme saber estas importantes máximas sin darme los medios de realizarlas. Viejo ya, no creo tener ocasión de practicarlas, y por ello os las he explicado ampliamente para que, jóvenes como sois y de elevada posición social, podáis, si os parecen útiles, aprovechar mejores tiempos y el favor de vuestros príncipes para recomendárselas y ayudarles a plantearlas. No temáis ni os desalentéis; esta tierra de Italia parece destinada a resucitar las cosas muertas, como lo ha hecho con la poesía, la pintura y la escultura. No puedo alimentar, en lo que a mí atañe, tales esperanzas por mi avanzada edad. De haberme dado la fortuna en tiempo oportuno la posición necesaria para realizar tan grande empresa, creo que en brevísimo tiempo hubiera probado al mundo cuánto valen las instituciones antiguas, y ensanchado mis dominios gloriosamente o sucumbido sin deshonra[52].



NICOLÁS MAQUIAVELO (en italiano Niccolò di Bernardo dei Machiavelli) (Florencia, 3 de mayo de 1469 — ib., 21 de junio de 1527) fue un diplomático, funcionario público, filósofo político y escritor italiano. Fue asimismo una figura relevante del Renacimiento italiano. En 1513 publicó su tratado de doctrina política titulado *El Príncipe*.

Nicolás Maquiavelo nació en el pequeño pueblo de San Casciano in Val di Pesa, a unos quince kilómetros de Florencia el 3 de mayo de 1469, hijo de Bernardo Machiavelli (abogado perteneciente a una empobrecida rama de una antigua familia influyente de Florencia) y de Bartolomea di Stefano Nelli, ambos de familias cultas y de orígenes nobiliarios pero con pocos recursos a causa de las deudas del padre.

Entre 1494 y 1512 Maquiavelo estuvo a cargo de una oficina pública. Viajó a varias cortes en Francia, Alemania y otras ciudades estado italianas en misiones diplomáticas. En 1512 fue encarcelado por un breve periodo en Florencia, y después fue exiliado y despachado a San Casciano. Murió en Florencia en 1527 y fue sepultado en la Santa Cruz.

# NOTAS

[1] Antes de pasar con los comentarios de la obra, se puede hacer una pequeña nota sobre la recepción de este libro en lengua española. Según el recuento de S. Bertelli y P. Innocenti, *Bibliografia machiavelliana*, Valdonega, Verona, 1979, la traducción en 1536 al español del *El arte de la guerra* sería la primera a una lengua vernácula —excluido queda el latino *De regnandi peritia* de A. Nifo— de una obra de Maquiavelo. Habría que esperar a 1546 para la primera traducción francesa y hasta 1560 para la primera inglesa. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la edición española fue «adaptada» por Diego de Salazar y publicada con su nombre y con diferente título: *Tratado de re militari*, Miguel de Eguía, Alcalá de Henares, 1536. Uno de los cambios fundamentales de esta adaptación consiste en poner a Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, como protagonista del diálogo. Esta adaptación conoció una segunda edición en Bruselas en 1590 ya cuando Maquiavelo había sido incluido tanto en el *Index* vaticano como español. Esta precoz recepción se detiene dramáticamente, teniendo que esperar tres siglos, hasta que se publica en 1895 en Madrid, Editorial Viuda de Hernando, la traducción literal de *El arte de la guerra* sin adaptaciones, de Luis Navarro de las *Obras políticas* de Nicolás Maquiavelo. Del tratado de Salazar, que tradicionalmente se ha considerado, más que un plagio, una adaptación, hay reedición reciente de E. Botella (Ministerio de Defensa, Madrid, 2000), quien afirma que la obra no es un

plagio. <<

[2] Lorenzo di Filippo Strozzi (1482-1549) era un rico banquero florentino, perteneciente a la familia Strozzi, quien mantenía una complicada relación con la de los Médicis, pues a pesar de sus enfrentamientos, estaban unidas por lazos económicos y familiares. Frecuentador de los *Orti Oricellari* (era yerno de Bernardo Rucellai), amigo y protector de Maquiavelo, actuó en alguna ocasión como enlace entre los Médicis y Maquiavelo. <<

[3] La imitabilidad de los métodos políticos y bélicos antiguos es uno de los principios que más frecuentemente Maquiavelo reivindica para su doctrina. <<

[4] Se vuelve a defender la unión que existe entre vida militar y vida política. <<

[5] La posibilidad de imitar el pasado descansa, para Maquiavelo, en la idea cosmológica expresada en el prólogo al primer libro de los *Discursos*, donde afirma que el cielo, los elementos y los hombres son siempre los mismos. <<

[6] En cualquier caso, Maquiavelo contaba con una notable experiencia bélica como organizador de la milicia florentina, en la que se combinan, sin embargo, grandes éxitos, como la reconquista definitiva de Pisa, y grandes fracasos, como la nula oposición que esta milicia planteó a las tropas invasoras españolas en Prato en 1512. <<

[7] *Vid*. Nota de los carta dedicatoria a los *Discursos*. <<

[8] Fabrizio Colonna (1450-1520), famoso capitán mercenario, luchó del lado francés contra tropas papales, italianas y españolas y también del lado papal y español contra los franceses. Hay que tener en cuenta que representó un papel muy importante en la invasión de Carlos VIII de la península itálica. Soderini y Maquiavelo trataron muchas veces de contratarlo, aunque jamás lo consiguieron. Tras la vida militar,

se convirtió en feudatario de una región al norte de Nápoles. <<

[9] Se refiere a Fernando el Católico y a la campaña de 1515. <<

[10] El diálogo *El arte de la guerra* se desarrolla narrativamente en los famosos *Orti Oricellari* de Florencia. <<

[11] Se trata de una de las ideas más queridas a Maquiavelo sobre la imitación a los antiguos y que tiene asimismo un lugar metódico en los *Discursos*, en cuyo prólogo también se lamenta que los romanos sólo se hayan imitado en prácticas privadas (la escultura, la medicina, la labor de los juriconsultos) dejando de lado la imitación de su más alta creación, base de toda su civilización: la política. F. Colonna señala que «su» patria (hay continuidad entre la Roma imperial y la Roma contemporánea) pereció por haber dejado de lado precisamente sus prácticas políticas y militares. <<

[12] Se refería a Fabrizio Luscino, cónsul de Roma en el 282 y en el 277 a. C. en la guerra contra Tarento. Adquirió notoriedad por su rectitud y sobriedad. <<

[13] Cosme limita en su argumentación el principio de imitabilidad de los tiempos pasados, punto de vista al que, a través de la teoría de la ocasión, también se sumará Colonna al final de la obra. <<

[14] Los romanos no se dividían en sectas, sino sólo en facciones, que no impedían la vida civil, como, en cambio, ocurría en Florencia. <<

[15] Se trata de una postura muy interesante, pues es un lugar único en el *corpus* maquiaveliano donde une estos dos temas: la posibilidad de la imitación del pasado y la teoría de la ocasión. Hay que señalar que en este texto Maquiavelo, al presentar esta teoría de la ocasión, mantiene una teoría intermedia de la fortuna: la fortuna dispone y, en esa disposición, el hombre hace, y es, por tanto, responsable de lo que hace. Hay que

señalar que aquí se encuentren esa teoría intermedia de la fortuna (a veces Maquiavelo da una imagen más determinista; otras, más «voluntarista») y una teoría de la imitabilidad también intermedia o más bien dependiente de esa teoría de la fortuna, cuando lo habitual es que ofrezca una posibilidad completa de imitabilidad. En este caso, F. Colonna ha hecho todo lo que estaba en su mano para que se volviese a los tiempos pasados, pero, lamentablemente, no ha habido una disposición de la fortuna que le haya dado ocasión de introducir esta reforma. <<

[16] El valor moral de las acciones cambia a tenor de la relación que mantengan con lo público. La vida militar es absolutamente mala si se practica de manera privada; resulta, por el contrario, admisible cuando cae bajo la jurisdicción del Estado. <<

[17] Fachard juzga que, más que a un acontecimiento preciso, Maquiavelo se referiría a los continuos daños que infligieron en el siglo XIV las Compañías de ventura capitaneadas por condotieros extranjeros, como el duque de Urslingen. En cambo, Rinaldi une este pasaje a los saqueos que se produjeron en 1455-1456, tras la paz de Lodi (1454), por las tropas de Jacobo Piccinino. <<

[18] Capital de la región de los Abruzzos, situada en la Italia central, al este de Roma. <<

[19] Marco Atilio Régulo vivió en la primera mitad del siglo III a. C. Fue cónsul en el 267 y en el 256. Cayó prisionero de los cartagineses en la primera guerra púnica. Éstos le dejaron ir a Roma para que negociara su rescate a cambio de prisioneros cartagineses. Al llegar a Roma, convenció a sus compatriotas de que la propuesta no les convenía, pero, como había dado su palabra, regresó a Cartago, donde fue torturado y ajusticiado. <<

[20] Tiberio Sempronio Graco y Cayo Graco Sempronio vivieron entre 151-121 a. C., con lo que Roma estuvo bien organizada

del 509 al 121 a. C. El fracaso de las reformas democráticas de los hermanos Graco significó un primer paso de abandono de la república y camino hacia el imperio. Una opinión similar se encuentra en *Discursos*, I, IV. <<

[21] La postura de F. Colonna sobre la profesión militar resulta paradójica. Se trata de una profesión que resulta del todo irrecomendable como actividad puramente privada. Como actividad pública, reconocida por el Estado, sólo es aprobada en el caso de que no sea permanente, como ocurría en Roma antes de las guerras púnicas, pues si se ejerce de modo permanente, como en los tiempos de César y Pompeyo, parece que siempre se derivarán consecuencias incívicas y de amenaza para la comunidad política. <<

[22] Rinaldi considera que esta frase muestra el carácter nostálgico de este escrito, cuyo idealismo es más intransigente y absoluto que en el resto de su producción. <<

[23] Rinaldi conecta esta frase con la polémica antiutópica de *El príncipe*, XV, caracterizada por la búsqueda de la «verità effettuale». <<

[24] Se trata de los dos primeros emperadores, cuyos gobiernos discurren desde 27 a. C. hasta 14 d. C. (Octavio Augusto) y entre 14 y 37 (Tiberio César Augusto). <<

[25] Termina la exposición de Fabrizio sobre la dificultad de acomodar los métodos militares clásicos a los nuevos tiempos. Su punto final señala un límite muy grande a la posibilidad de la imitación y da en parte la razón al punto de vista sostenido por Cosme Rucellai al justificar a su abuelo al comienzo de este libro I. Este punto de vista se retomará al final de la obra, en el libro VII. <<

[26] Se refiere a la ordenanza militar de 19 de mayo de 1514, que retomaba la propuesta de Maquiavelo de 1506, suprimida en 1512 tras la caída de Prato. Esta ordenanza organiza un ejército

formado por campesinos, directamente al servicio del gobierno, entrenados en tiempos de paz, pero que sólo recibían sueldo en tiempo de guerra. Esta organización ganó gran prestigio tras la definitiva reconquista de Pisa, que perdió por la escasa oposición que presentó a las tropas españolas en Prato. <<

[27] Se trata de Gianfrancesco Gonzaga, quien ayudó a los venecianos en la exitosa conquista de Vicenza, que se produjo en 1404. <<

[28] El Gran Capitán fue asediado por los franceses en 1502 en Barletta. Hay que recordar que el Gran Capitán aparece como el dialogante principal en la mencionada «adaptación» española de Diego Salazar, *Tratado de re militari*. <<

[29] Se trata de Robert Stuart, señor de Aubigny, mariscal de Francia y chambelán de Francisco I. Estuvo presente también en el asedio de Bolonia y Génova, así como en las batallas de Marignano y Pavía. Aquí se alude a la batalla de Seminara, que se libró el 21 de abril de 1503. Rinaldi señala que las fuentes no dicen nada de la nueva estrategia propuesta por Maquiavelo, sino que exclusivamente se refieren a la neta superioridad numérica de los españoles. <<

[30] Nino, figura mítica, al que se atribuye la fundación del imperio asirio. Ciro fundó el primer imperio persa (558-528 a. C.). Artajerjes, sucesor de Jerjes, puso fin en 449 a. C. a las guerras persas. Mitrídates IV, rey del Ponto (111-63 a. C.), luchó contra Roma. <<

[31] Masinisa (238-148 a. C.) y Yugurta (160-104 a. C.), figuras de Numidia. Éste último, que fue derrotado por Mario, murió como prisionero en Roma. <<

[32] La idea de que la república provee de mejores ciudadanos en general y, en este caso, de mejores militares, es una idea típica del republicanismo clásico y se encuentra en *Discursos*, II, II, aunque no referida a cuestiones militares: «Es cosa fácil

comprender de dónde nace la afición de los pueblos a las instituciones libres, porque se ve, por experiencia, que sólo cuando hay libertad aumentan el poder y la riqueza de los ciudadanos». <<

[33] Maquiavelo vuelve a considerar a la religión cristiana como una de las grandes responsables de la decadencia militar (no tanto en *Discursos*, I, XII donde el problema son las influencias «vaticanas» sobre la unidad política de la península Itálica sino en *Discursos*, II, II). La humanización de las costumbres bélicas que esta religión ha producido ha provocado el efecto de que la gente pierda la «necesidad» de defenderse, pues las consecuencias de la derrota no son tan graves como anteriormente, cuando los vencidos eran asesinados o sometidos a esclavitud. Maquiavelo interpreta el cristianismo como una religión casi esencialmente antibélica, idea que contrasta con la gran cantidad de críticas de muchos pensadores modernos a la «belicosidad» cristiana. <<

[34] Se trata de Luis Alamanni (1495-1556). Amigo de Maquiavelo, tomó parte en una conjura política, con lo que tuvo que exiliarse en Francia donde sirvió a Francisco I como diplomático. Es el interlocutor de F. Colonna en este libro III. <<

[35] Se trata de Zanobi Buondelmonti, quien será el interlocutor de F. Colonna en los libros IV y V. A él y a Cosme Rucellai, Maquiavelo dedicó los *Discursos* (*vid*. nota 2 de *Discursos*). <<

[36] Se trata de la batalla de Ceriñola que se libró el 28 de abril de 1503 y supuso una gran victoria para las tropas españolas mandadas por el Gran Capitán. <<

[37] Se refiere a la batalla de Agnadello, que se produjo el 14 de mayo de 1509 y supuso un gran desastre para Venecia, tal que algunos intelectuales, como Maquiavelo, pusieron en cuestión todo su modelo político. <<

[38] Las ventajas políticas y militares de la religión antigua, que se

entendía de un modo más cívico, en contraste con la demasiado espiritual religión cristiana, es uno de los temas más queridos de Maquiavelo, cuyo desarrollo pormenorizado se encuentra en *Discursos*, I, XI-XV. <<

[39] Se trata de Bautista della Palla, el último interlocutor de Fabrizio Colonna en *El arte de la guerra*. <<

[40] Aquí termina el capítulo VII en cuanto se considera el asedio y la expugnación de ciudades y se inicia una parte final en la que Maquiavelo emprenderá reflexiones de carácter más general. <<

[41] Maquiavelo enumera aquí una serie de reglas que provienen de Vegecio, *Compendio de técnica militar* [trad. de David Paniagua Aguilar], Madrid, Cátedra, 2006. Una enumeración similar, aunque extraída de Diógenes Laercio, escribe en los pasajes finales de la *Vida de Castruccio Castracani*. <<

[42] Este tema Maquiavelo lo desarrolla en *Discursos*, II, X, cuyo título es *El dinero no es el nervio de la guerra, como generalmente se cree*. <<

[43] Colonna retoma aquí la cuestión de Cosme acerca de por qué no había sido capaz de imitar la acción de los antiguos. Colonna se había justificado al defender que no había disfrutado de una ocasión benévola que le permitiera introducir esa forma antigua. Por este motivo, se puede considerar todo el tratado como una reflexión sobre la ocasión. Rinaldi considera que este contraste entre la perfección absoluta de los modelos antiguos y la incierta posibilidad de imitarlos es una contradicción que atraviesa todo el discurso de Fabrizio-Maquiavelo. <<

[44] Es decir, Fabrizio no la tenido ocasión. Sin embargo, deja en el aire el motivo exacto por el que no ha podido hacerlo. Hay que tener en cuenta que uno de los principios básicos sobre los que se construye gran parte del pensamiento histórico de Maquiavelo descansa sobre la ilimitada posibilidad de imitar el pasado. <<

[45] Según lo afirmado, parecería que la imposibilidad de reclutar a ese número de jóvenes sería entonces la ocasión de la que Colonna no ha disfrutado para reintroducir los hábitos militares antiguos. <<

[46] Carlos VIII de Francia es el desencadenante de la ruina política de la península italiana, que pasaría a depender durante todo el siglo XVI de los ejércitos de naciones extranjeras. <<

[47] En esta fecha se produce la invasión del mencionado Carlos VIII. <<

[48] Estos tres Estados serían Milán, Venecia y Florencia. <<

[49] Maquiavelo tiene una gran confianza en que la lectura de sus obras, sobre todo si la realizan políticos influyentes, puede facilitar soluciones para problemas políticos, *Discursos,* I, Prólogo: «[…] a fin de que quienes lean estos discursos míos puedan sacar la utilidad que en la lectura de la historia debe buscarse». <<

[50] Cuando el modelo no es ni siquiera apropiado, no se puede culpar a la institución sino a aquel que no ha sido capaz de darle forma adecuada. Una vez adquirida esta forma, ya el problema estribaría en la dificultad de ejecutarla. <<

[51] Rinaldi considera que existe un gran contraste entre el capítulo final del *El príncipe*, glorioso y confiado, y éste, mucho más «amargo» y «tímido». Sin embargo, por mucho que el tono sea diferente, Maquiavelo sigue considerando la posibilidad, cuando verosímilmente ya ha muerto Lorenzo de Médicis, duque de Urbino, de un príncipe panitálico que de hecho es comparado con una figura como la de Filipo de Macedonia. <<

[52] El final de la obra cierra con esta reflexión sobre la ocasión, que se trata del concepto vehicular de este texto. Por fin, aparece la fortuna, que asociada al concepto de ocasión, tiene en la obra de Maquiavelo un papel intermedio. Aunque pudiera

parecer que, por la frustración que muestra Fabrizio Colonna, nos encontraríamos ante un concepto dominador de la fortuna, hay que tener en cuenta que, sin ocasión propicia para reformar el ejército, Colonna ha llegado a ser uno de los grandes militares de su tiempo. La fortuna aquí es la poseedora de los logros más elevados, pero sin ella también se pueden alcanzar éxitos si bien menores. Es interesante cómo la escritura se entiende como una especie de depósito de la virtud: la obra se deja escrita con la virtud preparada para que pueda recogerla aquel que disponga de ocasión. También asociada a los conceptos de fortuna ocasión, una idea parecida sobre la vida intelectual y, en particular, la escritura de libros se encuentra en *Discursos*, II, Prólogo: «[…] para que los jóvenes lectores de mis escritos puedan abominar los actuales y disponerse a imitar los antiguos, si las vicisitudes de la fortuna les dan ocasión a ello». <<

# Índice